

NUEVO VIAJE ALREDEDOR DEL MUNDO

Descripción del istmo de América, varias costas e islas de las Indias Occidentales, las islas de Cabo Verde, el paso de la Tierra del Fuego, las costas de Chile, Perú y México; la isla de Guam una del archipiélago de Las Ladrões; Mindanao y otras de las Islas Filipinas y de las Indias Orientales cerca de Cambodia, China, Formosa, Luconia, las Islas Célebes, Etc. Nueva Holanda, Sumatra, Islas Nicobar; el Cabo de Buena Esperanza, y la isla de Santa Elena.

Suelos, ríos, bahías, plantas, frutas, animales y habitantes de todas esas partes del mundo. Sus usos y costumbres, religiones, gobiernos, comercio, Etc.

VOLUMEN I

Por el Capitán WILLIAM DAMPIER

Mapas y Planos

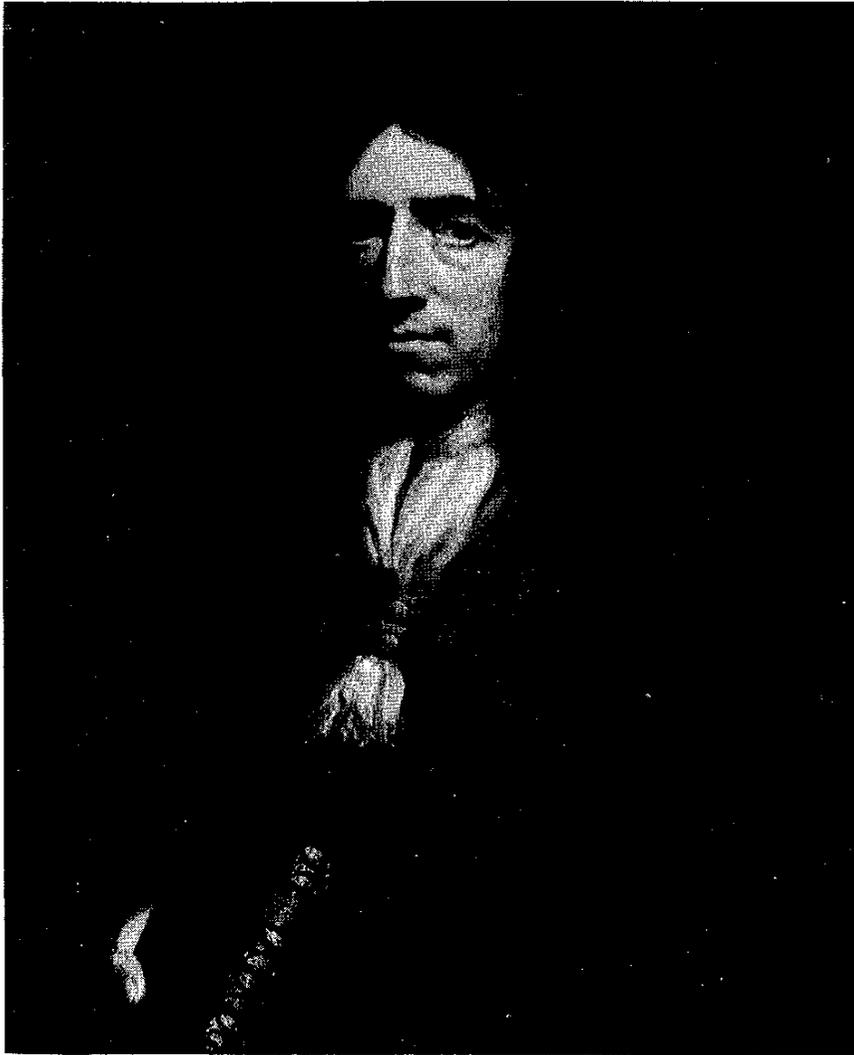
LONDRES:

Impreso por John Knapton

MDCCLXXXIX.

**Nuevo Viaje Alrededor
del Mundo**

POR WILLIAM DAMPIER



**William Dampier (1652-1715). de la
pintura por T. Murray en la Galería
Nacional de Retratos.**

Capítulo I

El autor deja el Mar del Sur; desembarca en las cercanías del Cabo San Lorenzo. (1) Breve descripción de los miskitos.

El 17 de abril de 1681, a eso de las diez de la mañana, estando 12 leguas al noroeste de la Isla de La Plata, dejamos al capitán Sharp y a los que optaron por irse con él en su barco, y nosotros nos fuimos en la lancha y las canoas en busca del río Santa María, en el Golfo de San Miguel, Panamá, distante unas 200 leguas de la Isla de La Plata. Eramos 44 hombres de la raza blanca y de armas tomar, un indio españolizado de armas tomar también, y dos indios miskitos que cuando andan con los piratas van siempre armados, y son muy apreciados por la destreza con que manejan el arpón para coger tortugas y manatíes, y también peces. Llevábamos además cinco esclavos del Mar del Sur que nos tocaron en la repartición.

Ibamos en una lancha, una canoa y otra canoa más que antes la habíamos aserrado por en medio con el fin de hacer de ella barriles para guardar agua dulce. Volvimos a juntar sus partes ajustándolas bien y le pusimos velas. Tres días antes de nuestra partida estuvimos cerniendo la harina que nos íbamos a llevar, y le mezclamos 20 ó 30 libras de chocolate con azúcar para endulzarla. Esto y un perol encajamos en los lomos de los esclavos cuando desembarcamos. Entre nosotros venían unos sujetos deseosos de acompañarnos en el cruce del istmo hacia el Mar del Norte, pero sabíamos que no eran buenos para talonear, y por eso hubiéramos querido dejarlos, ya que si alguno llegaba a rezagarse en la marcha por tierra, sería cogido y muerto por los españoles que seguramente vendrían en nuestro seguimiento, y que antes de matarlos le harían revelar el número de nuestra fuerza y las condiciones en que íbamos, lo cual sería la ruina de todos. Pero tanto insistieron que al fin los aceptamos en la compañía.

Nós separamos del barco de Sharp con viento flojo, pero a las doce comenzaron a soplar tan fuertes ráfagas marinas que llegamos a creer zozobraríamos antes de alcanzar la costa. Para sentirnos más seguros cortamos en tiras un cuero crudo que traíamos y con ellas atrincheramos la lancha no dejando entrar el agua. A las diez de la noche estábamos

(1) En Panamá.

UN NUEVO VIAJE

unas 7 leguas a barlovento del Cabo Pasado, (1) debajo de la línea del ecuador, y luego el mal tiempo calmó. El 18 tuvimos poco viento hasta la tarde, y en seguida costeamos rumbo al norte; el viento soplabá del sur-sureste y el tiempo era agradable.

A las siete de la mañana doblamos el Cabo Pasado y a sotavento de él descubrimos un bote en una ensenada, el cual tomamos, pues los nuestros eran demasiado pequeños. Estábamos justamente en la línea del ecuador. No sólo nos fue de utilizar el bote, sino que al apoderarnos de él nos libramos de ser delatados, pues sus tripulantes lo hubieran utilizado para ir a denunciarnos.

Nuestro plan inmediato era no meternos con nadie, ni siquiera dejarlos ver. El bote venía de la isla del Gallo, e iba con maderas a Guayaquil. (2)

El 19 en la mañana fondeamos unas 12 leguas al sur del cabo San Francisco (3) con el propósito de reparar averías de la lancha. El trabajo fue cuestión de 3 ó 4 horas no más, y nos hicimos de nuevo a la vela costeadando siempre en dirección a la isla de Gorgona (4) con viento sur-sureste.

Al norte del cabo San Francisco tuvimos tiempo borrascoso, pero en la mañana del 24, antes de aclarar el día, llegamos con buen viento a Gorgona. No queríamos acercarnos por allí durante el día por temor de que los españoles estuvieran acechando, ya que en ese mismo lugar habíamos carenado antes los barcos, y bien podían estar esperándonos.

En tierra supimos que los españoles habían estado allí en busca nuestra, porque dejaron construida una casa con cabida para 100 hombres, y frente a la puerta plantaron una cruz. Eso tan solo era prueba de que el enemigo nos buscaba. Interrogamos a los prisioneros que allí hicimos, y nos dijeron que habían oído decir que en el río de tierra firme mantenían una piragua de catorce remos, la que cada 2 ó 3 días venía a la isla de Gorgona en busca nuestra; y que si nos descubrían volarían con la noticia a Panamá, en donde los españoles tenían tres barcos listos para darnos caza.

Pasamos allí todo el día y raspamos por fuera la barca nueva en la que si nos perseguían podíamos escapar más velozmente. Llenamos de agua los barriles, y en la tarde zarpamos con viento vivo del suroeste.

- (1) En Ecuador.
- (2) En Ecuador.
- (3) En Ecuador.
- (4) Perteneciente a Colombia.

El 25 llovió mucho con ventarrones, y perdimos la canoa que habíamos aserrado y vuelto a juntar; teníamos que conservar las canoas para remontar el río, ya que la lancha era inadecuada para eso.

El 27 salimos con viento moderado del sureste. En la tarde llovió a raudales.

Toda la mañana del 28 fue muy húmeda, pero entre 10 y 11 aclaró y vimos dos grandes navíos como a legua y media al oeste de nosotros que nos hallábamos a dos leguas de la costa, y como a 10 al sur de Punta Garachiné. (1) Estos navíos han estado navegando entre Gorgona y el Golfo de San Miguel (2) durante seis meses. No podría decir si los prisioneros lo sabían o no.

Recogimos las velas y remamos hasta cerca de la costa, pues a las claras vimos que eran cruceros; y es que si iban con destino a Panamá el viento que soplabá los llevaría allá, y ningún barco procedente de Panamá singla por este lado de la bahía, sino que mantiene su curso por el norte de la bahía hasta la isla de Quibo; y si es que van rumbo al sur mantienen su curso derecho y pueden tocar en la Isla del Gallo, (3) o bien entre ella y el cabo San Francisco.

No duró mucha la claridad y al poco rato volvió a llover, lo cual evitó que peleáramos con los españoles. Pero si nos hubieran visto y perseguido habríamos tenido que varar la lancha y las canoas, enmontañarnos y comenzar allí mismo el viaje por tierra al Mar del Norte. Pues sabiendo como sabíamos que los indios de esa región nunca se han llevado bien con los españoles, podíamos salvar el pellejo entre ellos.

El 29 a las 9 de la mañana anclamos en Punta Garachiné, a 7 leguas más o menos del Golfo de San Miguel, que fue el lugar por donde habíamos salido al Mar del Sur con procedencia del Mar del Norte, y ese era el camino por donde ahora pensábamos regresar a ese mar.

Aquí permanecimos todo el día, saltamos a tierra y oreamos la ropa, limpiamos las armas, secamos la pólvora y nos pusimos en guardia por si llegaban a atacarnos, pues esperábamos hallar oposición. Mantuvimos atenta vigilancia todo el día por temor a los dos navíos que habíamos visto el día anterior.

A las ocho de la mañana del 30 llegamos a la entrada del Golfo de San Miguel. Salimos de Punta Garachiné en la tarde confiados en poder entrar al golfo antes del amanecer del siguiente día, ya que una vez allí

- (1) En Panamá
- (2) En Panamá
- (3) Queda dentro de la rada de Tumaco, en Colombia.

tendríamos más seguridad de escapar entre el laberinto de sus islas en caso de que el enemigo nos estuviera aguardando para cortarnos el paso.

A las nueve de la mañana fondeamos una milla afuera de una isla grande situada a cuatro millas de la boca del río; veíanse en frente otras islas pequeñas, y pudimos haber entrado al río empujados por la marea, pero no quisimos aventurar hasta no haber reconocido los alrededores.

Mandamos una canoa a la isla en donde —tal como lo temíamos— estaba un barco en la boca del río muy junto a la ribera, y una tienda de campaña grande cerca también. Teníamos que ver cómo salir de aquel brete.

Cuando volvió la canoa con la mala noticia algunos hombres se agallinaron; pero eso ya me lo esperaba

Nuestra preocupación era ahora ver dónde podíamos desembarcar, pues aquí no podía ser. Así que, antes que bajara la marea fuimos en la canoa a la isla a ver si el enemigo se había ido ya. Llegados a tierra nos dispersamos por toda la isla a fin de evitar el ser vistos, y cuando hubo pasado la marea alta vimos salir del barco un botecito en dirección a la isla en donde nos encontrábamos, por lo que corrimos a la canoa a esperarlos. Azagapados los acechamos hasta tenerlos a tiros de piedra; saltamos y los prendimos. Eran un hombre blanco y dos indios que al ser interrogados dijeron que el barco de la boca del río llevaba seis meses de estar allí custodiando la entrada en espera de nosotros; que montaba 12 cañones con dotación de 150 marineros y soldados; que los marineros se mantenían a bordo, pero que los soldados estaban acuartelados en sus tiendas de campaña; que en las minas había 300 hombres, todos con armas de pequeño calibre, y que vendrían a bordo cuando hubiesen pasado dos mareas. Dijéronnos también que dos navíos cruzaban constantemente la bahía, entre este lugar y la isla de Gorgona. El más grande de esos barcos montaba 20 cañones con dotación de 200 hombres, el otro 10 cañones y 150 hombres. Nos informaron asimismo que los indios de este lado del país eran enemigos nuestros; esta fue la peor noticia que nos dieron. Nos llevamos los prisioneros a bordo y levamos anclas llevados por la marea, pues no nos convenía seguir allí.

No pensamos más en lo que debíamos hacer. Desembarcaríamos esa noche o temprano del siguiente día, confiados en ganarnos la buena voluntad de los indios mediante el trueque de las baratijas que llevábamos, o en abrirnos paso a través de sus tierras a despecho de su oposición. No temíamos lo que nos pudieran hacer los españoles en caso de perseguirnos en la montaña. Soplaban un recio viento del sur directamente frente a nosotros, y estando ya muy baja la marea no podíamos volvernos.

WILLIAM DAMPIER

Les aconsejé a los compañeros irnos al río Congo, que es grande y queda a tres leguas de la isla en donde estábamos, lo cual podíamos hacer cuando subiera la marea, y desembarcar allí. Pero de nada valió mi insinuación, pues no logré convencerlos de la existencia de un río grande y cerca de nosotros; se empeñaron en desembarcar en otra parte, para cruzar al Mar del Norte, sin saber exactamente dónde, cómo ni cuándo.

Después de remar toda la noche vigorosamente contra el viento, apenas pudimos doblar el cabo San Lorenzo en la mañana. Luego navegamos a vela cuatro millas hacia el oeste y entramos en un riachuelo entre dos isletas, y remamos hasta su nacimiento que estaba una milla río arriba. Allí desembarcamos el 10. de mayo de 1681.

Sacamos las provisiones y ropas que llevábamos, y hundimos la lancha.

Mientras nos ocupábamos en alifiar las mochilas para el viaje por tierra, los miskitos que andaban con nosotros cogieron muchos peces que inmediatamente cocinamos.

Y ya que menciono a los miskitos no quiero cerrar este capítulo sin antes esbozar su semblanza. Son altos, bien proporcionados, cenceños y nervudos, llenos de vitalidad, y son de ligerísimos pies, astutos, de pelo lacio, mirada fija y penetrante, de facciones duras y de color cobrizo. Constituyen un pequeño clan o familia de menos de 100 hombres que pueblan la ribera norte del continente, cerca del Cabo de Gracias a Dios, en el límite fronterizo de Honduras y Nicaragua. Son diestros arponeros, alanceadores y flecheros, así como también en tirar dardos de toda clase, pues en eso se adiestran desde la infancia. Desde niños imitan a sus padres acompañándoles siempre al monte con una lanza que van tirando en el camino a todo objeto que les parece, hasta que la continua práctica los hace maestros en el arte. Más tarde aprenden a desviar en el aire una lanza, flecha o dardo. Y lo hacen de esta manera: dos muchachos se paran a corta distancia uno del otro; en seguida se tiran ambos a la vez un palo romo, pero como en la mano derecha tienen un palillo, desvían con él el tiro que se les hace. Después, a medida que van creciendo, se vuelven más y más diestros y valientes; entonces ya pueden salir ariosos en una batalla a flechazos desviándolas con el palillo que no es más largo que una baqueta de escopeta. Y cuando ya son hombres se libran de las flechas enemigas, aunque sean muchas, siempre, claro está, que no le lleguen dos a un tiempo. Su vista es extraordinariamente buena; pueden ver en el mar un barco a mucha mayor distancia que cualquiera de nosotros. Su principal ocupación es arponear peces, tortugas y manatíes de la manera que lo describiré en el Capítulo III de esta misma obra. Por ésto es que los piratas los aprecian y les gusta llevarlos en sus viajes, ya que si en un barco van unos o dos miskitos, de seguro le darán de comer a 100 hombres. Por eso es que

para carenar los barcos escogemos lugares en donde abunden las tortugas o manatíes, con miras a que los mískitos los arponeen. Y es muy raro que cuando el capitán es inglés, o que la mayoría de los hombres sean de esa nacionalidad, no vayan uno o dos mískitos con ellos; pero con los franceses no se llevan bien, y a los españoles los detestan. En su asociación con los ingleses aprenden a manejar armas de fuego, y son buenos tiradores. Nunca en la lucha retroceden, y son hasta osados, pues creen que los hombres blancos con quienes andan saben mejor que ellos cuándo conviene pelear, y jamás en desventaja; así que ellos, mientras sus compañeros blancos resistan, no se rendirán ni darán un paso atrás.

Jamás ví que observaran ninguna clase de ceremonias religiosas, ni que fuesen supersticiosos. En este respecto no hacían más que remedar lo que nos veían hacer. Parece que sólo temen al diablo, al que llaman "wallesaw"; y dicen que suele aparecérsese a unos hombres de su raza a quienes nuestros hombres llaman sacerdotes, cuando quieren hablarle de asuntos importantes. Pero la generalidad no sabe nada de él más que aquello que les dicen sus sacerdotes. Sin embargo, todos convienen en que no se le debe enojar, pues puede maltratarlos de obra, y hasta suele llevarse a sus sacerdotes. Esto es todo lo que supe de boca de algunos que hablaban bien inglés.

Son monógamos, y fieles a su mujer. Cuando se juntan, el hombre se dedica a cultivar, donde quiera que se le antoje, una parcelita de la mucha tierra que tienen a su disposición. Prefieren avecindarse cerca del mar o a orillas de un río en donde puedan arponear peces, su predilecta ocupación.

Tierra adentro hay otras tribus de indios con las cuales viven siempre en guerra. Después que el hombre ha desmontado y sembrado su parcelita, son pocas las veces que va a verla, pues deja que la mujer la cultive; él se dedica a pescar. A veces sólo va por pescado, otras por tortuga o manatí, y lo que coge se lo lleva a su mujer. No vuelve por más hasta que se lo han comido todo. Cuando comienza a arañar el hambre, coge su canoa y se va a pescar al mar o se mete al monte en busca de un saíno o un venado; y rara es la vez que vuelve con las manos vacías. Y no regresa al monte mientras en su rancho quede un trocito de carne. Sus huertas son tan pequeñas que no bastan para la manutención de la familia; la más grande no tiene más que 20 ó 30 matas de plátano, un macizo de yame y papas, chile y unas hileras de piñas, fruta de la cual realmente gustan con deleite. De ella hacen una bebida embriagante muy apetecida por ellos, y para beberla en compañía hacen convites con pescado, y carnes también. Cuando hacen este licor invitan a sus vecinos llenando antes una pequeña canoa, pero lo suficientemente grande para emborracharse todos. Y raramente dan una de esas fiestas sin que el anfitrión tenga el propósito de

aprovechar la oportunidad para vengar una ofensa o poner en claro una cuestión surgida entre él y su vecino, y así que quede la cosa en regla. Pero nada de eso sale a luz mientras no estén encandilado por los efectos de la chicha de piña. Y la esposa o mujer —que está enterada del propósito de su hombre— para evitar desgracias esconde antes las lanzas, arpones, arcos y flechas, y cualquier otra arma.

Los miskitos son por lo general muy corteses y amables con los ingleses, quienes los respetan de veras, ya sea que estén a bordo de sus barcos o en tierra, en Jamaica o en cualquier otro lugar. Nosotros siempre los complacemos permitiéndoles ir donde quieran, y los dejamos volver a su tierra en cualquier barco que lleve ese rumbo, si así les place. Tienen su propia manera de arponear y lo hacen desde sus pipantes (botecitos muy angostos y pequeños que nosotros no podemos manejar sin peligro de irnos a pique, y tampoco permiten que ningún blanco se monte en ellos, pues únicamente arponean yendo solos. Nosotros los dejamos hacer, pues si los disgustamos pueden ver cardúmenes de peces o tortugas, y no acertarán un solo arponazo, porque a propósito errarán el tiro. No tienen forma alguna de gobierno propio, pero reconocen como soberano al rey de Inglaterra. Aprenden el inglés y tienen al gobernador de Jamaica por uno de los más grandes príncipes de la tierra.

Cuando están entre ingleses visten buena ropa y se esmeran en lucir elegantes, pero apenas regresan a su tierra se la quitan para volver a ponerse un trapo ceñido a la cintura que les cuelga hasta las rodillas.

Capítulo II

Cruce del istmo de Darién ⁽¹⁾ desde el Mar del Sur al Mar del Norte.

Desembarcamos el 10. de mayo y a las 3 de la tarde comenzamos a caminar en dirección noreste, guiándonos por la brújula de bolsillo que llevábamos. Dos millas adelante paramos al pie de un cerro en donde levantamos un cobertizo para pasar la noche. Llovió a torrentes hasta las 12.

Al día siguiente por la mañana, con buen tiempo, subimos hasta la cumbre de un cerro en donde tomamos un caminito, pero nos dimos cuenta de que nos iba llevando demasiado hacia el este. Temiendo salirnos de nuestra ruta, trepamos a unos árboles tan altos como jamás había visto. Desde sus ramas cimeras descubrimos unas casas en un valle al norte del cerro, mas siendo por ese lado sumamente escarpado, cogimos un senderito que nos llevó cuesta abajo por el este. Al pie de él hallamos varios ranchos habitados por indios. En el primero había sólo mujeres que no hablaban español, pero a todos nos dieron sendos huacales de pinol. En los otros ranchos sí había algunos hombres, pero en cuanto al habla, la misma cosa; sin embargo, nos las ingeniamos para comprarles todo lo que tenían de comer en sus ranchos y en sus huertas; lo cocinamos y allí mismo lo comimos. Todo lo compartimos por parejo, porque ninguno de nosotros debía vivir ni comer mejor que los otros, ni tampoco debía pagar más caro de lo que fuese su justo precio. Ese día caminamos 6 millas.

En la tarde llegaron los hombres de las mujeres y nos dijeron en mal español que habían estado a bordo del guardacostas del cual habíamos huído dos días antes; nos dijeron también que no estábamos a más de 3 millas de la boca del río Congo, y que se podía ir de sus casas al guardacostas en la mitad del tiempo que dura una marea.

La cena fue una abundante comida de gallina y carne de saíno que compramos a esos indios; yames, papas y plátanos sustituyeron al pan. Después contratamos a uno de ellos para que nos guiara durante todo un día con rumbo al norte; en pago le daríamos una hachuela hasta dejarnos

(1) Istmo de Panamá

en casa de un indio que hablara español. De éste esperábamos sacar más provecho en el viaje.

El 3, con buen tiempo, nos levantamos temprano y partimos entre las 6 y 7 de la mañana caminando en medio de plantíos abandonados. Esa mañana uno de los hombres, que iba muy cansado, se nos zafó en el camino. A eso de las 12, tras una caminata de 8 millas, llegamos al rancho del indio que vivía en la orilla del Congo; hablaba muy bien el español y le explicamos el motivo de nuestra visita

Al principio parecía renuente a entablar conversación, contestándonos sólo babiecadas. Nos dijo que no conocía ningún camino que llevara al norte del país, pero que podía encaminarnos a Chepo, o a Santa María, lugares que sabíamos eran fortines españoles situados uno al este y el otro al oeste de nosotros. Ambos quedaban por lo menos a 20 millas fuera de nuestra ruta. Era ese un hombre a quien no le podíamos sacar nada, y todo lo que decía era en tono tan áspero que bien podíamos ver que no quería acompañarnos. La necesidad, no obstante, en ese trance tenía que amansarnos, pues no era hora de enemistades con los indios; nuestras vidas dependían de ellos.

Estábamos perplejos sin saber qué hacer, pues ya le habríamos ofrecido dijese de vidrio, dinero, hachas, hachuelas, cuchillos, Etc., y nada le halagaba, hasta que uno de los hombres sacó de su mochila una enagua celeste y se la dio a la mujer del indio; y fue tanto lo que el regalo le gustó a ella que inmediatamente comenzó a parlotear con su marido que desde ese momento se humanizó. Entonces nos dijo que conocía un camino que conducía al norte, y que de buena iría con nosotros si no fuera porque dos días antes se había cortado un pie, lo cual le impedía caminar, pero que de todas maneras se encargaría de conseguirnos un guía. Acto seguido habló con el mismo indio que nos había llevado allí para que por otra hachuela nos encaminara dos días más allá. El nos invitó a quedarnos todo el día en su casa, porque llovía mucho, pero nuestros asuntos exigían gran movimiento y rapidez. El enemigo estaba muy cerca, y tanto así que el indio nos había dicho que podía ir de su casa al guardacostas en el tiempo que dura una marea; y hacía 4 días que nos habían visto desde él. Caminamos, pues, 3 millas más y levantamos unos cobertizos para vivaquear. Llovió toda la tarde y la mayor parte de la noche.

El 4 comenzamos a caminar temprano, pues las mañanas son por lo común agradables, en las tardes, en cambio, llueve mucho. Sin embargo, lloviera o no era lo mismo para nosotros; creo que ese día cruzamos y recruzamos 30 veces el mismo río. Los indios no tienen caminos permanentes para ir de un lugar a otro, los ríos les sirven de guías. Hoy caminamos 12 millas y levantamos bajareques para dormir; mas siempre de-

jamos dos hombres de guardia por temor a que los esclavos nos rompieran la crisma en nuestro sueño. Durante la tarde y parte de la noche llovió con furia. Mucho nos costó encender una fogata; los bajareques eran pequeñísimos y el fuego raquíto, de suerte que no pudimos secar la ropa y apenas si calentamos un poco el cuerpo. No comimos nada; todo se juntó para que la pasáramos mal. Debo decir que tales tribulaciones ahuyentaron de nuestra mente al enemigo; cuatro días en una selva desconocida y cerrada eran más que suficientes para hacernos pensar en otra cosa que en conseguir baqueanos y comida. Los españoles eran cosa secundaria.

El 5 de mayo partimos al amanecer, y habiendo caminado siete millas en esa selva sin caminos, a las diez llegamos al rancho de un indio joven que había vivido en casa del obispo de Panamá. Era un tipo listo que hablaba muy bien el español y nos recibió con gentileza. Allí encontramos una buena provisión de yames y de papas, pero nada de carne, como no fuera la de dos monos gordos que tiramos, parte de la cual dimos a algunos que iban muy débiles y enfermos; para otros conseguimos huevos y unas pocas cosas de comer que suelen encontrarse en los ranchos de los indios. Nunca olvidamos a los débiles y enfermos. Con nosotros venía un indio que hablaba español y que se nos agregó desde la muerte del capitán Sawkins, a cuyo lado había peleado. El dueño del rancho lo persuadió a quedarse con él prometiéndole dar a una su hermana a cambio de que le ayudara en sus trabajos del campo; pero no quisimos soltarlo aquí por temor de que nos traicionara. Le prometimos si dejarlo en completa libertad en dos o tres días más cuando estuviéramos lejos del enemigo. Allí pasamos toda la tarde y secamos ropa y municiones, limpiamos las armas y nos dispusimos a partir a la mañana siguiente.

Nuestro médico Mr Wafer sufrió aquí un grave percance. Mientras asoleaba su pólvora pasó cerca de él un hombre con la pipa encendida, y una chispa prendió la pólvora quemándole una rodilla. Quedó que no podía caminar. Le dimos un esclavo para que le llevara sus cosas. Todos lo sentimos mucho porque, expuestos como íbamos a sufrir en cualquier momento un accidente, ya no tendríamos quien nos curara. La finca de este indio estaba a orillas del Congo, en tierra muy fértil, y hasta allí pudimos haber llegado en la canoa si hubiera podido persuadir a los compañeros cuando días antes les insinué en vano mi plan de marcha.

El 6 seguimos viaje con otro baqueano que habíamos contratado. Por primera vez cruzamos en canoa el Congo, y luego caminamos dos millas hacia el este; llegamos a otro río muy hondo que vadeamos varias veces. Dos de los hombres no podían seguirnos a la par, pero caminaban como mejor podían. La última vez que vadeamos ese río fue por un punto tan profundo que los más altos se pararon en lo más hondo para darle la mano a los más bajos y enfermos. Así pudimos pasar a salvo, excepto los reza-

gados. Yo, previendo que tendríamos que vadear muchos ríos, me hice antes de dejar el barco de un trozo grande de bambú cuyos extremos sellé muy bien con cera, a fin de guardar en él mi diario y otros escritos para que al meternos al agua no se mojaran. Una vez cruzado el río nos sentamos al otro lado a esperar a los rezagados; llegaron media hora después, pero en el interín había crecido tanto el río que no pudieron pasar, ni nosotros podíamos ayudarles. Tuvimos que dejarlos diciéndoles que nos siguieran cuando bajara el nivel del agua. Caminamos dos millas a lo largo de la ribera y levantamos los consabidos cobertizos, habiendo avanzado ese día seis millas. Acabábamos de levantarlos cuando el río creció mucho más, y saliéndose de madre nos obligó a buscar un sitio más alto. Pero la noche cerró antes de que pudiéramos terminar los bajareques, así que nos la pasamos a la intemperie, bajo los árboles, y la cosa no habría sido tan mala si hubiera hecho buen tiempo; pero la mayor parte de la noche fue de lluvia recia con truenos, rayos y relámpagos. Estas penalidades nos hicieron olvidar toda precaución, y no pusimos centinelas (aunque creo que nadie dormió). De eso se aprovecharon los esclavos para fugarse; todos menos uno que se había metido en un hoyo, quien tal vez no sabía nada del plan, o fue que se durmió. Los fugitivos se llevaron el mosquete del médico y todo su dinero.

Esta mañana, 8 de mayo, bajamos a la orilla del río y vimos que había menguado bastante. El baqueano quería que lo vadeáramos otra vez, pero no quisimos por temor a su hondura y la fuerza de la corriente. Entonces resolvimos a cruzarlo a nado; pensamos que los que sabíamos nadar podríamos ayudar a los que no podían. Pero esto no resultaba tan fácil porque ¿cómo íbamos a pasar todo lo que llevábamos? Por último decidimos mandar un hombre al otro lado con una cuerda para que con ella halara primero el equipaje y después a los hombres. Resuelto ya esto, el compañero George Gayny se ató un cabo de la cuerda al cuello dejando el otro cabo en manos de otro hombre. Pero cuando Gayny iba por medio río, la cuerda que se desenrollaba mientras él avanzaba se enortijó o se enredó y el Gayny no pudo seguir nadando. Con la fuerza de la corriente y la cuerda trabada, el nadador quedó de espaldas en el agua; entonces el que sostenía la cuerda la soltó dejándola ir en el río pensando que ahora Gayny, con más libertad de movimiento, podría salvarse. Pero la fuerza de la corriente lo arastró llevándoselo con trescientos dólares que tenía; nunca lo volvimos a ver. Los dos hombres que el día antes habíamos dejado atrás, nos dijeron posteriormente que lo hallaron muerto en un recodo a donde lo había arrojado un remolino, y que aún llevaba los trescientos dólares, pero que ellos no los tocaron, estando como estaban ocupados sólo en ver cómo se las arreglaban para salir de esa intrincada selva. Esto puso fin al caso. Era el cuarto hombre que perdíamos en la jornada, porque a los dos que habíamos dejado el día antes no los volvimos a ver tampoco hasta que los encontramos en el Mar del Norte; a éstos ya los habíamos dado también por perdidos. No pudiendo pues cruzar de esa

manera el río, buscamos un árbol que tumbándolo a través de la corriente pudiera servirnos de puente. Y lo encontramos; lo derribamos y pudimos pasar sobre él al otro lado donde hallamos un platanar que arrasamos en el acto.

Mientras lo saqueábamos el baqueano se evaporó, pero a las dos horas reapareció con un indio viejo a quien entregó su cargo; le dimos la hachuela prometida y tomamos al viejo como nuevo guía. Este se puso inmediatamente a la cabeza de la tropa, nos hizo cruzar otro río y nos llevó a un valle de la tierra más fecunda que jamás había contemplado yo. Los árboles no eran muy gruesos, pero sí los más altos que he visto en todos mis viajes. Miramos numerosas huellas de saínos, pero nunca vimos uno solo de ellos. Anduvimos en ese ameno valle hasta las 3 de la tarde haciendo un recorrido de 4 millas, y al fin llegamos a la casa campestre del viejo, que no era sino su habitación de caza; tenía un platanar, algo de yames y de papas. Allí nos quedamos a pasar el día, y comimos lo que pudimos encontrar; secamos ropas y municiones. Allí también el indio joven decidió separarse de nosotros, pues ya estábamos fuera de peligro. A éste lo había persuadido aquel de la última casa que le ofreció a su hermana en casorio, y, tal como se lo habíamos prometido, lo dejamos ir.

El 9 nos llevó el viejo a su residencia. Fue primero una caminata de 5 millas sobre ese valle; luego subimos una cuesta y anduvimos otras 5 millas sobre dos o tres lomas antes de llegar al caserío. Media milla antes tomamos un caminito que nos llevó a los ranchos de los indios. En el trayecto vimos muchas cruces de madera, lo que nos hizo pensar si no habría españoles allí. Así, pues, preparamos las armas para en caso de encontrar enemigos, pero no había más que indios que nos estaban esperando en una casa grande; y sucedió así porque el viejo, que andaba con un muchacho, lo había despachado antes con la noticia de nuestra próxima llegada.

Nos dieron de comer lo poco que tenían, pues ésta era una finca nueva; el maíz estaba aún sumamente tierno. De papas, plátanos y yames no tenían más que lo traído de otros lugares. No había nadie allí que hablara bien español; con dos jóvenes que lo medio enhebraban nos hicimos más amigos, y les dimos un regalo a cada uno pidiéndoles que nos consiguieran un baqueano para llevarnos hasta el Mar del Norte, o parte del camino, lo cual se ofrecieron hacer ellos mismos a cambio de una recompensa, con la condición de que no nos moviéramos de allí hasta el día siguiente. Pero nosotros, creyendo estar más cerca del mar de lo que en realidad estábamos, preferimos irnos sin guía antes de seguir un día más allí. No obstante, algunos hombres que se sentían muy cansados, dispusieron quedarse. El Doctor Wafer, que venía caminando con grandes dolores en la rodilla quemada, decidió también quedarse.

UN NUEVO VIAJE

El 10 nos levantamos temprano resueltos a salir, pero los indios hacían cuanto les era posible por demorar el viaje; mas viendo que no podían abrir brecha en nuestra determinación, se vinieron al fin con nosotros. Nos despedimos de nuestros camaradas y partimos rumbo al mar.

Dejamos, pues, al médico y a dos más, y marchamos hacia el este detrás de los baqueanos; con frecuencia mirábamos la brújula y se las enseñábamos diciéndoles en qué dirección queríamos ir. A ésto movían la cabeza y decían que el chunche era bonito, pero que no convenía. Tras de haber bajado la loma sobre la cual se asentaba el caserío, entramos a un valle y seguimos el curso de un río que tuvimos que cruzar 22 veces; y habiendo caminado 9 millas levantamos un cobertizo bajo el cual pasamos la noche. En la tarde matamos un "quaum", ave tan grande como un pavo; de eso le dimos a los baqueanos, pues nadie había traído provisiones de boca. En la noche se fugó el último esclavo que nos quedaba.

El 11 de mayo caminamos 100 millas más y levantamos el cobertizo, pero nos acostamos sin cenar.

El 12 por la mañana cruzamos un río profundo teniendo de puente un árbol caído, y continuamos la marcha sobre terreno pantanoso, más adelante llegamos a la orilla de un río grande y hondo que no pudimos vadear. Hicimos allí bajareques para pasar la noche sobre tapescos altos tres pies del suelo.

El 13 nos retiramos un poco porque el río se había salido de madre inundando las riberas, y tanto así que bajo los tapescos en que dormíamos había dos pies de agua. Los baqueanos nos dejaron sin decir a dónde iban, lo cual nos hizo temer que se hubieran vuelto a sus casas. Ahí comenzamos a arrepentirnos de haber dejado el poblado tan apresuradamente; y desde entonces no habíamos probado bocado. Pero nos echamos al buche unas frutitas que comen las loras, y con eso engañamos el estómago.

Temprano del 14 volvieron los baqueanos. Las aguas habían bajado a su cauce natural, y los dos indios jóvenes nos llevaron por la ribera hasta un árbol grande diciéndonos que si podíamos tumbarlo y hacer que cayera atravesado sobre el río, entonces sí podríamos cruzarlo, pues que de otro modo sería imposible. Pusimos a dos de los mejores hacheros a hacer el trabajo, y lo hicieron lindamente. Sobre él pasamos sin peligro. Más adelante cruzamos otro río tres veces con mucha dificultad, y a las 3 de la tarde llegamos al rancho de un indio en donde vimos una bandada de monos de los cuales matamos 4 para cenar. Allí pasamos la noche. Habíamos caminado seis millas ese día. El indio, que vivía solo con un muchacho hijo suyo, nos recibió muy bien y nos dio bastantes plátanos.

WILLIAM DAMPIER

El 15 de mayo que reemprendimos la marcha se vinieron con nosotros el buen indio y su muchacho que en su canoa nos fueron a dejar hasta más allá de donde no hubiéramos podido vadear el río. Y para llevarnos a todos hicieron otro viaje de por lo menos 2 millas. Caminamos 5 millas más y llegamos a un extenso platanar; allí dormimos esa noche. Comimos muchos plátanos verdes y maduros, y tuvimos buen tiempo de noche y de día. Este me parece que fue el platanar más grande y los plátanos de mayor tamaño que he visto en mi vida, pero no vimos ninguna casa en las cercanías; cogimos cuantos quisimos con permiso de los guías.

El 16 caminamos 3 millas y llegamos a un caserío en donde pasamos el día. No hay ya uno solo de nosotros que no quiera ver terminado este viaje; tenemos los pies llagados y las piernas hechas trizas de caminar y vadear tantos ríos. El camino es casi de sólo ríos y montañas cerradas. Cinco hombres salieron a cazar esta tarde y volvieron con 3 monos que fueron nuestra cena. El tiempo comenzó a mejorar hoy y así siguió hasta llegar a la costa del Mar del Norte.

El 18 dejamos el lugar a las 10 de la mañana, y en 5 canoas los indios nos llevaron una legua río arriba; cuando pisamos tierra esos abnegados amigos se echaron nuestro equipaje a cuestras. Anduvimos 3 millas más y levantamos los cobertizos de rigor; habíamos caminado 6 millas desde el lugar de donde últimamente salimos.

El 19 se extraviaron los baqueanos y no pudimos avanzar más de 2 millas.

A las doce del día del 20 de mayo llegamos al río Chepo. Todos los ríos que hasta hoy hemos cruzado desaguan en el Mar del Sur; éste es el último de ellos. Un viejo que venía con nosotros desde el último caserío repartió su ración de plátanos entre nosotros y se regresó a su casa. Vadeamos después el río y caminamos hasta el pie de una alta montaña; allí vivaqueamos. Habíamos hecho una jornada de más o menos 9 millas.

El 21 se fueron de vuelta varios indios y nosotros subimos a una montaña muy alta. Llegados a la cumbre seguimos caminando algunas millas sobre un filete con precipicios por ambos lados; bajamos después un poco y llegamos a una hermosa fuente en donde acampamos de noche; habíamos caminado más o menos 9 millas. El tiempo seguía fresco y despejado.

El 22 subimos otra alta montaña sobre cuyo lomo anduvimos 5 millas. Al final de ella, por el norte, contemplamos jubilosos el Mar del Norte. Bajamos y nos dividimos en 3 compañías; descansamos junto a un río que era el primero que veíamos corriendo hacia el Mar del Norte.

UN NUEVO VIAJE

El 23 hallamos unos platanares, y a las 10 de la mañana llegamos al rancho de un indio, no lejos ya del mar. Nos embarcamos en canoas y bajando sobre el río Concepción llegamos a la costa después de haber hecho 7 millas ese día. Había en su desembocadura muchos indios establecidos allí para comerciar con los piratas; tenían yames, papas, caña de azúcar, gallinas y huevos.

Nos dijeron que allí habían llegado muchos barcos grandes de ingleses y de franceses, pero que de todos ellos ahora sólo quedaba uno —un barcolongo de los piratas franceses— anclado en la isleta nombrada La Sounds. Queda ésta a unas 3 leguas de la desembocadura del Concepción, y es una de las del archipiélago de San Blás, rosario de islas que se alarga unas 20 leguas, desde Punta San Blás hasta la Isla del Oro, en el extremo este. Estas isletas fueron lugar de cita de los piratas en 1679, a donde llegaban a carenar sus barcos; tenían nombres puestos por los mismos piratas, y particularmente esta que llamamos La Sounds.

Y aquí terminó nuestra jornada del Mar del Sur al Mar del Norte que hicimos en 23 días, en cuyo lapso, según mis cálculos, caminamos 110 millas cruzando algunas montañas altísimas; pero nuestra marcha fue por lo común sobre llanuras bañadas por profundos y peligrosos ríos. Cuando por primera vez desembarcamos en esta tierras nos dijeron que los indios eran enemigos nuestros; sabíamos que los ríos eran hondos y que ya iba a entrar la estación lluviosa; y, sin embargo, sólo un hombre perdimos, aquel que se ahogó según queda dicho. El punto del Mar del Sur en donde desembarcamos para comenzar el cruce del istmo era el menos indicado, pues debido a eso tuvimos que caminar innecesariamente por lo menos cincuenta millas más, ya que de haber tomado el rumbo del río Chepo, o el del Santa María, pudimos haber hecho el cruce de mar a mar, en sólo 3 días. Los indios lo hacen en día y medio. Ya podrá verse pues cuán fácil resultaría hacer tal cosa. Quiero manifestar aquí que sin la ayuda de los indios quién sabe si hubiéramos podido llegar a nuestra meta, ya que ellos nos encaminaron por lugares en donde siempre encontramos que comer ¡y qué otra cosa mejor hubiéramos querido! Pero si 500 ó 600 hombres, o más, quisieran hacer la jornada de ir del Mar del Norte al Mar del Sur, podrían hacerlo sin tener que pedir permiso a los indios, aunque siempre es mejor hacerse amigo de ellos.

El 24 de mayo, habiendo vivaqueado la noche antes junto a la boca del río, nos fuimos todos al barco pirata fondeado en La Sounds. Era un corsario francés, y su capitán se llamaba Tristián. Lo primero que hicimos fue buscar qué de bueno darles a los baqueanos; queríamos recompensarlos bien. Les regalamos cuentas de colores, cuchillos, tijeras y espejitos que compramos a los piratas del barco. Y además medio dólar de parte de cada uno de nosotros. Esto último hubiéramos preferido dárselos en mer-

WILLIAM DAMPIER

cancías también, pero los piratas ya no tenían más. Todos quedaron muy satisfechos y se regresaron felices a sus casas. Y fueron además muy buenos con nuestros compañeros que habíamos dejado atrás con ellos; así nos lo dijeron Mr. Wafer, el médico, y los otros, cuando algunos meses después se nos juntaron en la desembocadura del río, como se dirá más adelante.

Pude haber dicho otras cosas referentes a este país, es decir a estas tierras tan poco conocidas de los europeos. Pero eso quiero dejarlo a la mano y la cabeza de Mr. Wafer que estuvo allá más tiempo que yo, y también porque no creo que haya otro que pueda hacerlo mejor que él. Sé que está preparando su narración para publicarla

Capítulo III

Piraterías en las costas del Caribe. Llegan a la isla de San Andrés. El cedro de allí. Las islas de Corn Island y sus habitantes. El río Bluefields, ⁽¹⁾ y cómo es el manatí; cómo lo matan los miskitos, y cómo cogen las tortugas, Etc. El árbol de “maho”. Los caribes de Bocas del Toro. Vuelve el autor a Panamá San Blás y a sus islas. El árbol de sepadilla; el insecto “soldado”; el árbol de manzanilla. El río Darién y los indios de los contornos.

Terminado el trabajo de limpieza y reparación del barco pirata francés, y habiendo remunerado satisfactoriamente a los baqueanos, levamos anclas dos días después con destino al cayo Springer, otra de las isletas del archipiélago de San Blás, situada a unas 7 u 8 leguas de La Sounds. Allí encontramos 8 barcos piratas cuyos capitanes, cañones y tripulantes, eran:

| | | |
|---|---|---|
| Cap. Coxon, 10 cañones y 100 hombres | } | Capitanes y tripulantes ingleses |
| Cap. Payne, con 10 cañones y 100 hombres | | |
| Cap. Wrigth, un barcolongo con 4 cañones y 40 hombres | | |
| Cap. Williams, un barcolongo pequeño | } | Capitanes y tripulantes franceses |
| Cap. Yanques, un barcolongo con 4 cañones y unos 60 hombres entre ingleses, holandeses y franceses; él era holandés. | | |
| Cap. Archemboe, con 8 cañones y 40 hombres | | |
| Cap. Tucker, con 6 cañones y 70 hombres | | |
| Cap Rose, un barcolongo | | |

(1) Es el Escondido de hoy.

Una hora antes de unirnos a la flota, el capitán Wright, que había sido enviado al río Chagres, (1) llegó al cayo Springer con una canoa grande, o piragua, fletada de harina que tomó allá. Algunos de los prisioneros de la piragua habían llegado de Panamá no más de seis días antes de haber sido capturados, y dieron cuenta de nuestro viaje por tierra, y también del estado de defensa en que se encontraba aquella ciudad, que era lo que principalmente querían saber, pues el capitán Wright había sido enviado al Chagres con el encargo de apresar a alguien capaz de informar acerca de las fuerzas con que contaba Panamá, porque los piratas querían aunar sus fuerzas, y con la colaboración de los indios, que habían prometido guiarlos, ir a tomarse esa ciudad; y no hay otro modo de hacer prisioneros más que ocultándose en acecho entre el Chagres y Portobelo, porque por esa ruta pasan muchos barcos con pasajeros procedentes de Panamá, especialmente cuando la armada española está anclada en Portobelo. Todos los comandantes se hallaban a bordo del barco del capitán Wright cuando llegamos, y se mostraron muy interesados en saber, interrogando a los prisioneros, todo lo referente a nosotros. Pero en cuanto supieron que habíamos llegado, todos se vinieron a bordo del barco del capitán Tristán alegrándose de vernos, pues el capitán Coxon, junto con muchos otros, doce meses antes no había dejado en el Mar del Sur y desde entonces no había vuelto a saber de nosotros. Nos preguntaron qué habíamos hecho allá, cómo habíamos vivido; hasta dónde habíamos llegado; y qué descubrimientos habíamos hecho en el Mar del Sur. Después de haberles respondido satisfactoriamente, comenzaron a interrogarnos prolijamente respecto a la jornada que hicimos a través del istmo. Les contamos todo; de las fatigosas marchas, y de los impedimentos de los ríos y las lluvias. Esto los desalentó haciéndoles desistir de su intento.

Entonces se discutieron planes para asaltar otros lugares que pudiéramos tomar con el número de hombres que éramos. Las objeciones de unos desbarataban los planes de otros. Porque los piratas tienen conocimiento de la mayor parte de las ciudades situadas hasta 20 leguas de las costas, desde la isla de Trinidad, de las Antillas Menores hasta el puerto de Veracruz, en México; y más o menos saben cuáles son sus defensas y cuánta es su riqueza. Para averiguar eso interrogan a quienes caen en sus manos, y les hacen decir todo lo referente al país, pueblo o ciudad de donde vienen: si son nativos de allí, o cuánto tiempo han vivido en tal o cual lugar; cuántas familias españolas, negros, mulatos, mestizos o indios lo habitan, si son ricos o no, y en qué consiste su caudal; qué es lo que más producen; si se trata de una plaza fortificada, cuántos cañones grandes, y cuántas armas de pequeño calibre tienen; también les preguntan si es posible llegar hasta allí sin ser vistos. Y cuántos centinelas ponen, y si están allí permanentemente, y en qué lugar están las atalayas o garitas, y si es posible burlar los centinelas o capturarlos. Y se informan además de si

(1) En Panamá

cerca del pueblo o ciudad hay algún río o riachuelo, y si tal es el caso dónde es mejor desembarcar. Y, en fin, les hacen miles de preguntas más. Y si ya han obtenido informes de otros prisioneros acerca del mismo lugar, confrontan unos datos con los otros; luego vuelven a interrogarlos y les preguntan si podrían servirles de guías para ir allá. Si no pueden, les piden entonces que les digan dónde y cómo podrían hacer algún prisionero que quisiera llevarlos. Una vez que lo han conseguido trazan sus planes para llevarlos a cabo.

Siete u ocho días habían pasado sin que se hubiera tomado ninguna decisión a pesar de que a diario había consultas. Los franceses parecían inclinados a marchar sobre cualquier ciudad que los ingleses pudieran o quisieran proponer, porque el gobernador de Petit Goaves, (1) de quien los piratas obedecen órdenes, había recomendado como jefe de la expedición a un caballero recién llegado de Francia, y mandó decir al capitán Tucker que de serle posible asaltara una ciudad antes de que el caballero se regresara. Los ingleses, mientras estuvieron en compañía de los franceses, parecían dispuestos a avenirse a lo que los franceses dijese, pero nunca creyeron que el tal jefe sirviera para nada.

Decidióse al fin marchar sobre una ciudad cuyo nombre he olvidado. Pero recuerdo que quedaba muy tierra adentro, aunque el viaje para allá no sería tan tedioso como el de ir desde donde estábamos a la ciudad de Panamá. Era bastante arriba del río Carpintero, unas 60 leguas al oeste de Portobelo. Nuestro mayor impedimento para ese viaje era la falta de embarcaciones, así que se resolvió salir con toda la flota para San Andrés, pequeña isla deshabitada cercana a la isla de Providencia, situada ésta en 13° 15' de latitud norte, y a unas 70 leguas al norte-noreste de Portobelo, de donde estaríamos a corta distancia del río Carpintero. Y además, en esa isla, abundante en cedro, podríamos labrar canoas; por tal razón es que de Jamaica llegan allí a menudo carpinteros de ribera a construir goletas. El cedro es madera ideal para eso, y en esa isla se obtiene de balde, a más de que también hay otras clases de madera. Jamaica también tiene cedro, principalmente en la Montaña Rocosa. En San Andrés se da asimismo en terreno pedregoso, y alcanza alturas que yo jamás había visto ni oído decir. Sus troncos miden de 40 a 50 pies de longitud, y muchos hasta más de 60 ó 70, y tienen grosor proporcionado. También se encuentra bastante cedro en las Islas Bermudas; e igualmente en Virginia, cuyo suelo es por lo común arenoso. No ví cedros en las Indias Orientales, ni en las costas del Mar del Sur, salvo en el istmo de Panamá cuando lo cruzamos. Las canoas y piraguas de cedro son las mejores de todas; las hacen ahuecando el tronco del árbol. La canoa tiene generalmente ambos extremos puntiagudos, la piragua sólo uno; el otro es chato. Ahora bien, el dicho común de que el

(1) En la Isla de Tortuga situada al norte de La Española

cedro es inmune a la broma, es falso, pues yo he visto tales embarcaciones muy averiadas por ese molusco.

Al fin acordamos zarpar para San Andrés Navegamos en convoy el primer día, pero en la noche sopló fuerte viento del noreste y algunos barcos se dispersaron. Al día siguiente otros más se separaron también, y en la segunda noche acabaron por desparramarse todos. Yo me embarqué con el capitán Archemboe, porque los demás barcos llevaban gente de sobra; este capitán, en cambio, los necesitaba, y los que habíamos llegado del Mar del Sur teníamos que irnos con él o quedarnos en tierra con los indios. Por otra parte, no teníamos por qué quererle mal; pero los franceses que iban con él sí que eran la gente más desgraciada con que jamás topé en mi vida. Porque cuando hacía mal tiempo y se necesitaban los esfuerzos de todos para gobernar el barco, esos tipos, o la mayor parte de ellos, nunca se apearon de sus hamacas, como no fuera para ir a comer o a divertirse. Al cuarto día de navegación llegamos a la isla, en donde encontramos al capitán Wrigth que había llegado el día anterior con la presa de una tartana española (embarcación menor) con 30 hombres, bien armados todos. Montaba 4 pedreros y unos cañoncitos giratorios. Pelearon una hora antes de rendirse, y declararon que venían de Cartagena junto con otros 11 barcos de la armadilla (pequeños barcos de guerra españoles) en busca de la flota pirata fondeada en las islas del archipiélago de San Blás; que dos días antes se habían separado de la armadilla; que se les había ordenado buscarnos entre esas islas, y que de no encontrarnos allí se fuesen a Portobelo en donde debían esperar órdenes. Añadieron que suponían que el resto de la armadilla debía encontrarse en ese puerto.

Habíamos llegado por tierra desde la costa del Mar del Sur y ya estábamos cansados de andar con los franceses, de modo que le pedimos al capitán Wright nos armase en guerra la tartana y nos la diera. Al principio se negó porque se había establecido, dijo, con los franceses en La Española y era muy apreciado por el gobernador de Petit Goaves y por la clase adinerada. Temía, pues, resentirlos. Y es que en verdad era ingratitud del capitán Wright quitarle hombres al capitán Archemboe que con su marinería francesa apenas si podía gobernar el barco. Le dijimos que nosotros no queríamos seguir con aquel capitán, y que si él no nos ayudaba entonces nos quedaríamos allí para construir embarcaciones e irnos a la costa de la Mosquitia, puesto que ningún pirata tenía forzosamente que andar en determinado barco; que éramos libres para irnos a tierra en cualquier momento, o para cambiar de barco cuando quisiéramos, pagando antes lo que debiéramos por nuestra manutención a bordo.

En vista de nuestra firme resolución, el capitán Wright accedió bajo la condición de que debíamos operar bajo su mando como barco de la compañía; esto lo aceptamos por unanimidad.

Estuvimos aquí unos 10 días en espera de ver si aparecía algún otro barco de la flota, pero en total sólo tres llegamos; el capitán Archemboe, el capitán Wright, y el capitán Tucker. Pensamos entonces que los demás habían enfilado para Bocas del Toro o el río Escondido, en tierra de Nicaragua; y nos dispusimos a irlos a buscar. Tuvimos buen tiempo mientras permanecimos allí, con la excepción de unos pocos temporales; pero en esta isla de San Andrés no hay peces, volatería ni venados, y siendo un lugar que no ofrecía más que madera, partimos en busca del resto de la flota en dirección a unas islas cercanas a la costa que los piratas llaman Corn Islands, con la esperanza de encontrar allí maíz, pues que de provisiones de boca andábamos muy escasos. Estas islas son, creo yo, las mismas que en los mapas figuran con el nombre de Pearl Islands, situadas en 12° 10' de latitud norte. Arribamos al día siguiente, y bajamos a una de ellas, pero no pudimos ver un solo ser viviente. Habítanla unos pocos indios pobres y desnudos tan de ordinario saqueados de sus escasas provisiones por los piratas, que apenas ven una vela corren a esconderse, sabedores como son de que si los piratas los cogen los hacen esclavos. Yo he visto esclavos cornisleños. Son gente de baja estatura, pero tienen miembros fuertes; de color cobrizo oscuro, pelo negro, anchos rostros redondos, pequeños ojos negros, cejas cuyos pelos les caen sobre los ojos, de frente estrecha, nariz ancha, corta y chata; labios carnosos y mandíbula huidiza. Tienen por costumbre horadar a los niños el labio inferior, y mantienen el agujero abierto introduciéndoles una pequeña clavija hasta que llegan a los 14 ó 15 años; de allí mismo se cuelgan unas como barbas hechas de carey, tal como puede verse en la ilustración adjunta. La pequeña muesca o escotadura



de arriba la introducen en el labio perforado; la parte inferior cae sobre la barbilla. La llevan puesta durante el día y se la quitan para dormir. Muchachas y muchachos se perforan también el lóbulo de las orejas que de tanto estirárselos con las rodajas se hacen tan grandes como una moneda de cinco chelines. Dentro de esas perforaciones se colocan rodajas de madera pulida, de suerte que las orejas parecen como si fueran todas de madera, con sólo un ribete de piel en derredor. Las mujeres lucen en las piernas

un adorno muy curioso: Desde muy tiernas la madre les liga fuertemente una tira de algodón desde el tobillo hasta debajo de la pantorrilla, a fuerza de lo cual ésta se engorda mucho; y así viven hasta la muerte. Hombres y mujeres van siempre desnudos, con sólo un mandil que les cuelga de la cintura. Y aunque andan descalzos sus pies son pequeñitos. Ahora bien, no habiendo hallado allí ninguna clase de bastimento, salimos para el río Escondido en donde carenamos la tartana. Allí los capitanes Archemboe y Tucker se separaron de nosotros yéndose a Bocas del Toro.

El Escondido corre entre los ríos Nicaragua (1) y San Juan. Tiene en su desembocadura una playa arenosa adecuada para carenar. Su boca es profunda, pero su barra no pueden pasarla barcos de más de 70 toneladas. Deriva su nombre (cuando era llamado Blewfield) del apellido de un famoso capitán pirata que tenía su guarida en la isla de Providencia mucho antes de la toma de Jamaica por los ingleses. La isla de Providencia fue colonizada por los ingleses, y perteneció a los condes de Warwick.

Vimos en este río una canoa que venía bajándolo, y aunque fuimos en las nuestras a toparla no hallamos a nadie en ella, pero en la ribera del río descubrimos huellas de pies. Notamos que la canoa estaba rústicamente hecha por falta de herramientas, lo cual nos hizo pensar que estos indios no tienen contacto con los españoles ni tampoco con otros que sí lo tienen.

Mientras estábamos allí, los miskitos que andaban con nosotros arponearon un manatí. Fuera de este río he visto manatíes en la bahía de Campeche, México, en la costa de Bocas del Drago, y en Bocas del Toro, en el río del Darién y en los cayos meridionales de Cuba. He oído decir que también los hay, aunque pocos, en la costa septentrional de Jamaica, y en muy grandes cantidades en las tierras bajas del río de Surinán. (2) Los he visto asimismo en Mindanao, una de las Islas Filipinas; y en la costa de Nueva Holanda. Este mamífero es tan grande como un caballo y mide de 10 a 12 pies de longitud. Su boca parece de vaca, con grandes belfos abultados. Sus ojos no son más grandes que un guisante; las orejas son dos pequeños agujeros en los lados de la cabeza. El cuello es corto y grueso, más grande que la cabeza. Su tórax es la parte más gruesa del cuerpo, y allí tiene dos aletas grandes, una a cada lado. Bajo ellas sostiene y amamanta la hembra a sus críos. La parte más gruesa de su cuerpo, que es como de doce pulgadas de largo, está entre los hombros y la cola, hacia la cual se adelgaza gradualmente hasta la propia cola, que es plana y mide unas 14 pulgadas de ancho por 20 de largo, y en el medio tiene 4 ó 5 pulgadas de espesor, pero sus bordes no pasan de 2 pulgadas de espesor. De la cabeza a la cola es rollizo y liso sin otra aleta que las mencionadas. Me han dicho que algunos manatíes llegan a pesar más de 1 200 libras, pero en verdad yo nunca ví uno así de corpulento. El manatí vive a sus anchas en las aguas salobres de los ríos y riachuelos cercanos a las costas marítimas. Es posiblemente por esta razón que en el Mar del Sur no se le ve (yo, por lo meons, nunca ví ninguno). Allá la costa es por lo general de playas peladas, esto es, tierras altas y aguas profundas en las proximidades, y fuerte oleaje, salvo en la bahía de Panamá; pero ni aun allí hay manatíes. Mientras que en las Antillas, que forman una gran bahía compuesta de muchas otras más pequeñas, sus costas son en su mayor parte de tierras bajas y aguas de poco fondo, y en ellas hay el pasto (si se me

(1) Es el río Coco de hoy.

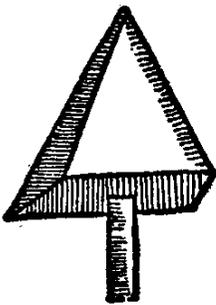
(2) En la Guayana Holandesa

permite darle ese nombre) de que se nutre el manatí. A veces lo encontramos en agua salada, y otras en agua dulce; pero nunca en alta mar. Y los que viven en el mar en lugares en donde no hay ríos ni riachuelos a los que puedan entrar, suelen ir una o dos veces en 24 horas a la boca de cualquier vena de agua dulce inmediata al lugar de su habitat. Comen una yerba subacuática delgada de unas 7 u 8 pulgadas de longitud que crece en muchos lugares del mar, especialmente en islas cercanas a tierra firme. Hay de esta yerba también en riachuelos y en ríos grandes, en donde la marea o la corriente son mínimas. Jamás salen a tierra, ni se les ve en aguas que de tan poco profundas no les permita nadar. Su carne es blanca, sea gorda o magra, sumamente dulce, y muy sana. La cola del manatí joven es un bocado exquisito, pero si el animal es viejo cabeza y cola son incomibles de tan duras. La carne del manatí lactante es un manjar delicioso; los piratas suelen asarla. Y lo mismo hacen con grandes trozos de carne que cortan de la panza de los manatíes viejos.

El cuero de este animal es de mucha utilidad a los piratas que lo cortan en tiras para hacer chumaceras que atan a la regala de sus canoas para meter en ellas los remos. El del manatí macho, o del lomo de la hembra es demasiado grueso para tal cosa; pero de éste hacen látigos de 2 ó 3 pies de largo. Para el mango dejan la substancia entera del cuero, y de ahí lo cortan adelgazándolo parejamente hasta el final, y en forma que quede con cuatro aristas filosas. Mientras la correa está aún verde la salan y la ponen a secar; al cabo de una semana está tan dura como madera. Los miskitos tienen siempre un botecito pequeño que utilizan para ir en él a arponear peces, tortugas y manatíes; llámanle pipante y lo mantienen muy nítido, y por regla general para su uso personal, y de nadie más. En vez de remos usan canaletes, cuya parte ancha no se adelgaza hacia el asta, como es el remo nuestro; ni lo manejan de la misma manera, apoyándolo sobre la borda del bote. Los miskitos hunden perpendicularmente la paleta de su canaleta en el agua, agarrándolo firmemente con ambas manos, y echan el agua hacia atrás a pura fuerza y con golpes rápidos. Uno de los hombres —pues son dos los que manejan el pipante se sienta en la popa, el otro se arrodilla en la proa, y ambos canaletean hasta llegar al punto donde piensan pescar. Allí se están quietos o canaletean muy quedo, vigilando atentamente a todos lados, y el de la proa deja el canaleta y se incorpora, arpón en mano. El asta de este arpón mide unos 8 pies de largo, y su extremo más abultado es casi tan grueso como el brazo de un hombre. Y es allí donde le incrustan el garfio. El otro extremo del asta lleva un trozo de madera porosa con un agujero en medio por entre el cual penetra la punta delgada del asta; alrededor de este trozo de madera se enrolla con esmero una cuerda de 10 ó 12 brazadas de largo; un cabo de la cuerda se amarra a esta madera. El otro se amarra al garfio que está en el extremo grueso del asta, y los miskitos se quedan con algo así como una brazada de la cuerda desenrollada en la mano. Cuando el hombre clava el arpón al manatí, el garfio se desprende del asta, y mientras el

manatí huye, la cuerda se desenrolla del trozo de madera; y si bien al principio el asta y el trozo de madera porosa desaparecen bajo el agua, cuando la cuerda se haya desenrollado toda volverá a la superficie. Entonces los miskitos canaletean con todas sus fuerzas para recuperar el trozo de madera, tarea que les lleva unos quince minutos. Cuando el manatí comienza a cansarse se queda quieto, y los miskitos se dirigen a recobrar el dicho trozo, a la vez que empiezan a tirar de la cuerda. Al sentirlos llegar el manatí vuelve a huir remolcando el pipante; y el que timonea con el canaleta debe estar siempre listo a dirigir el pipante hacia donde apunte su compañero que, yendo en la proa y con la cuerda en la mano, ve y siente en qué dirección huye el manatí. Y mientras éste no pierda sus fuerzas, el pipante seguirá siendo remolcado con violencia. A menudo los hombres recogen la cuerda y la vuelven a largar, y así hasta el final cuando el manatí, sin fuerzas ya del todo, es halado a un costado del pipante en donde lo rematan de un golpe en la cabeza para llevarlo al punto más cercano de la ribera; allí lo amarran para ir en busca de otro; y una vez cogido éste lo llevan también a la orilla para meterlo en el pipante. Pero es tan pesado el animal que no pueden levantarlo en vilo; así pues, lo llevan hasta donde el agua no es honda y le arriman el pipante cuanto más pueden para ladearlo muy junto al manatí. Luego hacen rodar al animal dentro del pipante que entonces se endereza, y le achican el agua que ha cogido. En seguida le atan una cuerda al últimamente arponeado para llevarlo remolcado al barco. De esta manera ví durante una semana llevar diariamente dos manatíes a bordo, obra de dos miskitos. El liviano no pesaba menos de 600 libras, y fue llevado dentro de un botecito en el que tres ingleses no se atreverían a meterse al agua. Cuando cogen a una hembra con su crío, es raro que éste se escape, pues ella no lo suelta debajo de una de sus aletas. Pero si el crío es tan grande ya que la madre no pueda sostenerlo, o que ella se asuste tanto que sólo piense en salvar su propia vida, el hijo nunca la deja hasta que los miskitos lo matan a él también.

La manera de arponear manatíes y tortugas es muy similar; sólo que cuando se trata del manatí los miskitos canaletean muy sordamente para no hacer ningún ruido, y nunca rozan el costado de pipante con el canaleta, pues ese animal es todo oídos. Pero no se extreman tanto en la pesca de la tortuga, cuya vista es mejor que su oído. A la tortuga la arponean con una como peonza o más bien puyón cuadrado de hierro; al manatí con el



garfio común y corriente. Los miskitos hacen sus propios arpones, garfios y puyones para arponear tortugas. Los puyones tienen cuatro aristas o cantos filosos y una punta muy aguda, de no más de pulgada y media de largo, tal como se ve al margen de esta página. Al espingoncito que sale de la parte ancha se le ata una cuerda, y está también se mete en un agujero del extremo del asta del arpón, que se desprende cuando se arponea a la tortuga, penetrándole tan hondo el hierro que a ella no le queda posibilidad de escape.

Sacan sus cuerdas los mískitos para pescar y arponear de la corteza del "maho"; árbol o arbusto que abunda en las Antillas, y cuya corteza es de fibras o hebras muy fuertes. De eso suelen los piratas hacer el cordaje de sus barcos. Y hasta aquí la digresión.

Terminada la carenadura y limpieza de la tartana zarpamos del Escondido con rumbo a Bocas del Toro, que es una abertura entre dos islas situada en 10° 10' de latitud norte, que a su vez queda entre los ríos Veraguas y Chagres. Allí encontramos al capitán Yanky, quien nos dijo que la armadilla española andaba buscándonos; que el capitán Tristián, yendo por sotavento, venía a Bocas del Toro cuando repentinamente se vio frente a los barcos de la armadilla creyendo que éramos nosotros. Que los españoles lo persiguieron a cañonazo limpio, pero que se salvó a fuerza de vela y remos. Y que igual suerte corrieron los capitanes Pain y Williams. De ellos nos dijeron que no los habían vuelto a ver desde cuando estuvieron entre las islas. Que los españoles nunca dieron con él; y que el capitán Coxon se hallaba en el lugar en donde los piratas suelen carenar.

Bocas del Toro es un lugar que los piratas frecuentan porque, además de ser buen sitio para carenar, allí hallan mucha tortuga verde. Los aborígenes del lugar no quieren a los españoles; pero son tan salvajes que es mejor no meterse con ellos. Han matado a muchos piratas, y poco después de esos días dieron muerte a unos hombres del capitán Pain, quien habiendo levantado una tienda de campaña en la costa para guardar en ella sus mercancías mientras carenaban el barco, y estando la tienda resguardada por varios hombres, los indios entraron sigilosamente en la noche y decapitaron a tres o cuatro, logrando escapar. Y no era esa la primera vez que hacían tal cosa con los piratas. En esta costa se da la vainilla en grandes cantidades; sirve para aromar el chocolate. La describiré más adelante.

Desperdigada así la flota perdimos toda esperanza de volver a reunirnos. Por tanto, cada cual cogió por su lado en busca de lo que creía más le convenía. El capitán Wright, con quien yo andaba ahora, resolvió irse a piratear en aguas de Cartagena; y siendo por ese tiempo la temporada de los vientos del oeste, zarpamos junto con el capitán Yanky; éste se asoció a nosotros porque no teniendo patente de corso, temía que los franceses le quitaran el barco. Rebasamos la isleta de Escuda (donde se dice están enterradas las tripas de Sir Francis Drake) y llegamos a un riachuelo del oeste del Chagres, en donde nos apoderamos de dos botes que llevamos a las islas de San Blás. Sopló viento del oeste, con mucha lluvia; eso nos empujó a Punta San Blás. Aquí los capitanes Wright y Yanky nos dejaron en la tartana con el encargo de reparar las canoas, mientras ellos se iban a la costa de Cartagena en busca de provisiones. Nosotros nos dedicamos a merodear entre el laberinto de las islas mientras los mískitos que llevábamos se fueron a buscar tortugas, y nos trajeron algunas de tamaño regular. Por nuestra parte, tiramos en el monte al-

gunos saínos y venados; otras veces topamos partidas de monos grandes y gordos, y también muchas loras, tórtolas y palomas. De todo eso comimos bastante. Vimos además en las islas muchos sapadillos, fruta muy semejante a la pera, pero más jugosa; y bajo esos árboles hallamos muchísimos "soldados", que son pequeños crustáceos con dos grandes pinzas como de cangrejo, muy buenos de comer. Cierta vez algunos de nuestros hombres hallaron unos grandísimos, y como tenían mucha hambre se los comieron después de cocinarlos; en seguida se sintieron muy mal, como envenenados. Y es que en estas islas hay muchos árboles de manzanilla, cuya ruta parece un cangrejo pequeño, y huele muy bien, pero son malsanos; nosotros no comemos animales que comen esa fruta. Porque tenemos por regla que si encontramos frutas que no conocemos y las vemos picadas por pájaros, las comemos, si no, no las probamos; y esta fruta jamás la pican los pájaros. En muchas islas de aquellas tierras hay árboles de manzanilla.

Cruzando en aguas de esas islas llegamos por fin al cayó de La Sound. El día anterior nos encontramos con una goleta procedente de Jamaica que andaba viendo qué tapiscaba por esos rumbos, y se vino con nosotros. Por la tarde llegamos al fondeadero y disparamos dos cañonazos, que era la forma de invitar a los indios a venir a bordo, pues pensábamos que podrían darnos cuenta de los 5 hombres que dejamos en el interior del país bajo el cuidado de esos mismos indios; era ya a fines de agosto, y nos habíamos separado de ellos desde principios de mayo. Y tal como esperábamos vinieron los indios con nuestros amigos. El Doctor Wafer llevaba por vestido un mandil y tenía la cara pintarrajeada igual que los indios; pasó un buen rato antes de que pudiéramos reconocerlo. Uno de los hombres, Richard Cobson, había muerto tres o cuatro días después de nuestra partida, y sus restos quedaron en el cayó La Sound.

De allí zarparamos hacia otros cayos del este a juntarnos con los capitanes Wright y Yanky que habían capturado dos piraguas cargadas de maíz, puercos y gallinas, destinado todo ello al mercado de Cartagena; convoyaba la flotilla un pequeño barco español de dos cañones y seis pedreros. El barco y la mayoría de las piraguas huyeron hacia la costa, pero pudieron capturar las dos ya dichas.

Aquí los capitanes Wright y Yanky carenaron sus barcos, y nosotros nos pertréchamos de maíz; luego rumbeamos hacia la costa de Cartagena. En nuestro camino pasamos por el río Darién, cuya boca es muy ancha, pero en aguas vivas su profundidad no pasa de seis pies, pues la marea no sube mucho. Unos seis meses antes de que llegáramos del Mar del Sur, el capitán Coxon había remontado este río con una partida de gente suya. Todos llevaban un zurroncito bien cosido con el propósito de guardar en él el oro que estaban seguros de hallar allí; pero de sus grandes riquezas

WILLIAM DAMPIER

soñadas sólo encontraron un poquito, o casi nada. Bogaron río arriba unas 100 leguas (sic) antes de hallar un poblado con algunos españoles que vivían allí comprando oro a los indios; en todas las casas había balanzas para pesarlo. Los españoles se maravillaron de ver cómo unos piratas habían podido llegar hasta ese lugar desde la boca del río, ya que en el trayecto hay indios temerosos, y que no quieren comerciar con ellos, ni con nadie de la raza blanca. Usan cerbatanas de 8 pies de largo que lanzan dardos envenenados; y se acercan a atacar tan calladamente, y se retiran con tal velocidad, que los españoles nunca han podido capturarlos. Sus dardos son de madera durísima, del tamaño de una aguja de tejer; uno de sus extremos lo envuelven en algodón, y el otro es extraordinariamente puntiagudo y pequeño. Y tiene melladuras y escopleaduras como los arpones. De modo que cuando se clava en la carne, la parte más delgada de la madera se quiebra por el peso que hace la parte gruesa del dardo. El dolor que produce es intensísimo, y resulta muy difícil extraerlo debido a las escopleaduras que tiene la punta. Estos indios viven en guerra con nuestros amistosos indios del Darién. Pueblan ambas márgenes del río, a 50 ó 60 leguas de su desembocadura. Aquí, y en algunos meandros del río, abunda el manatí. Obtuve estos informes de boca de algunos que acompañaron al capitán Coxon en su viaje; y especialmente de parte de Mr. Cook que iba con ellos, y que es persona muy inteligente. En la actualidad es jefe de pilotos de un barco negrero que hace viajes a Guinea.

Capítulo IV

(NOTA: De todo este capítulo sólo los dos párrafos siguientes se refieren a cosas que incumben a los centroamericanos).

Del miskito que vivió solo durante más de tres años en la isla de Juan Fernández; (1) su habilidad y astucia.

El 22 de marzo de 1684 llegamos a la vista de la isla de Juan Fernández, y al día siguiente entramos en la bahía en cuyo extremo sur fondeamos en 25 brazas de profundidad, a menos de dos cables de la playa. (2) Echamos al agua la canoa y pisamos tierra con la esperanza de hallar a un miskito que habíamos dejado allí cuando en 1681 logramos escapar de tres barcos de guerra españoles que nos persiguieron; teníamos como jefe entonces al capitán Watlin por haber sido depuesto el capitán Sharp.

El miskito vivió solo en esa isla durante más de tres años, y aunque los españoles, que sabían que él se encontraba allí, trataron varias veces de prenderlo, nunca pudieron. Resulta que andaba él cazando cabras monteses cuando el capitán Watlin se vio obligado a salir en fuga precipitada de la isla, y ya el barco se había ido cuando el miskito volvió a la playa. Quedó ingrmo con su mosquete y un cuchillo, un pequeño cuerno con pólvora más unos cuantos perdigones. Cuando esto se le terminó se las ingenió para hacerle melladuras al cuchillo que así convirtió en sierra; y con ella aserró el cañón de su mosquete cortándolo en trocitos de los que sacó arpones, puntas de lanzas y anzuelos, y además un cuchillo grande. Hizo todo esto poniendo los trozos al fuego que había escendido con su piedra de chispa, y un pedazo del cañón de su mosquete, que endureció. De los ingleses había aprendido esas artes. Cuando tenía el hierro al rojo vivo lo martillaba a golpes de piedra, y lo aserraba; luego lo afilaba o le sacaba puntas dándole el temple adecuado, pero, eso sí, a fuerza de largas horas de trabajo. Todo esto parecerá extraño a quienes no conozcan la habilidad del miskito. Pero nada de eso es más de lo que están acostumbrados a hacer en su país, en donde forjan sus anzuelos y arpones sin necesidad de yunques ni de fraguas. Pero es claro que hacerlo a su manera les lleva mucho tiempo.

(1) Frente a la costa de Chile

(2) Medida marítima de ciento veinte brazas, o sea que el cable mide 180 metros más o menos.

Capítulo V

El autor está de vuelta en el Mar del Sur, habiendo llegado por el Estrecho de Magallanes. Se dirige a la isla del Coco; ⁽¹⁾ al Cabo Blanco ⁽²⁾ y a la Bahía de Caldera; ⁽³⁾ las sabanas de allí. Muerte del capitán Cook. De Nicoya, de las maderas de tinte y otros productos. Grandísimo peligro en que se vieron 12 piratas. El palo de lanza. Volcán de El Viejo, ⁽⁴⁾ visto desde la costa de El Realejo. Un temporal. Isla y bahía de El Realejo. El Golfo de Amapala ⁽⁵⁾ y punta Cosigüina. Islas de Manguera y Amapala. Sus aborígenes. El jocote. Otras islas del Golfo de Fonseca. Los capitanes Eaton y Davis carenan sus barcos antes de partir. Salida de Amapala.

..... ..Doce días estuvimos en las Islas Galápagos. ⁽⁶⁾ Allí dejamos 5 000 bultos de harina, para en caso de que pudiéramos necesitarlas antes de dejar el Mar del Sur. Uno de los indios prisioneros que llevábamos nos dijo que era nativo de El Realejo, en Nicaragua, y que podía llevarnos allá. Las respuestas al interrogatorio que se le hizo respecto de las defensas del puerto y de sus riquezas, satisficieron tanto a los nuestros que se resolvió asaltar ese lugar.

Convenido en ello, el 12 de junio de 1684 zarpamos directamente a la Isla del Coco en donde dejaríamos algo de la harina que llevábamos; la isla está en la ruta que conduce a El Realejo.

Los españoles la bautizaron así en razón de sus muchos cocoteros. Está deshabitada y tiene una circunferencia de 7 ó 8 leguas; con una altura en el centro despoblada de árboles pero muy verde, ya que en ella crece una yerba que los españoles llaman grama. Sus costas son bajas.

- (1) Perteneciente a Costa Rica
- (2) En Costa Rica
- (3) En el Golfo de Nicoya, Costa Rica.
- (4) En Nicaragua.
- (5) Llámase ahora Golfo de Fonseca
- (6) Frente a Ecuador.

UN NUEVO VIAJE

Queda la isla en los 5° 15' de latitud norte; su carácter rocoso la hace casi inaccesible. Sólo tiene una pequeña bahía en su extremo noroeste en donde hay buen fondeadero al abrigo de los vientos. Hay en esta bahía un hermoso riachuelo que desagua en el mar. Esto es lo que dicen los españoles, y me lo confirmó el capitán Eaton que estuvo allí después

Tuvimos buen tiempo y vientos frescos en este viaje desde las Galápagos, y a principios de julio rebasamos el Cabo Blanco. Llámasele así por dos peñones de ese color que tiene en frente. Cuando desde alta mar se divisa el cabo, pareciera que los peñones fueran parte integrante suyas, pero al acercarse uno a la costa, sea por el este o el oeste, semejan a primera vista dos barcos con sus velas desplegadas, y de más cerca parecen dos altas torres. Son muy pequeños, pero altos y escarpados por todos sus lados, y quedan como a media milla del cabo. El cabo está en los 9° 58' de latitud norte. Tiene más o menos la elevación de Beachy-head, en la costa de Sussex. (1) Es una perfecta punta con rocas empinadas contra cuya base revientan las olas. En su cima tiene una planicie de algo así como una milla que declina por ambos lados. Parece un lugar agradable para estar, y lo pueblan árboles de gran porte. Al noroeste del cabo la tierra corre por unas cuatro leguas en dirección noreste, formando la pequeña bahía de Caldera. A una legua del interior del cabo, por el noroeste, y en la entrada de esta bahía, hay un pequeño río con agua de muy buena calidad que desemboca en el mar. La tierra es aquí baja con un enjorobamiento que forman dos lomas. Es tierra de gran feracidad poblada de árboles enormes; el suelo es negro y profundo, y por supuesto fértil. La montaña termina una milla al noreste del riachuelo; y aquí comienza la sabana que se prolonga algunas leguas tierra adentro, con muchas lomas y valles. La sabana no está desprovista de árboles; pues se ven en ella algunos parches montuosos que la hermosean. La yerba que allí crece es tupida, de buen espesor y larga; no la ví mejor en las Antillas. Junto a la bahía la tierra es baja y cundida de manglares, pero hacia el interior se eleva. Estas alturas son en parte montañosas y en parte llanas. Los árboles son allí delgados y bajos, y la sabana se cubre de yerba común. Desde lo más profundo de la curva de este golfo hay de 14 ó 15 leguas hasta la ribera del Lago de Nicaragua. El camino hacia ese país es bastante montañoso, pero más que todo llano.

El capitán Cook que venía enfermo desde la isla de Juan Fernández, murió repentinamente 2 ó 3 leguas antes de llegar al Cabo Blanco. La mañana de su muerte parecía rebosante de vida; pero es cosa bien sabida que quienes vienen enfermos en un viaje marítimo, en el que sólo han respirado la brisa más pura, mueren apenas llegan a la vista de tierra. Unas cuatro horas antes fondeamos a una legua del cabo, justamente en frente del riachuelo ya dicho, y en 14 brazas de profundidad. Apenas

(1) En Inglaterra.

hubimos echado anclas fue llevado a tierra el cadáver del capitán Cook para ser sepultado allí; doce hombres armados se fueron con los enterradores, porque aun cuando no vimos alma viviente en los contornos, no podíamos asegurar que toda la zona estuviese también despoblada. Y antes de que los sepulteros terminaran su labor se aparecieron tres indios que hablaban español preguntándoles qué estaban haciendo allí, quiénes eran y de dónde venían. Los hombres respondieron que venían de Lima, con destino a El Realejo, y que en el viaje se había muerto el capitán de uno de los barcos, lo que les había obligado a echar anclas allí para darle cristiana sepultura. Los tres indios que al principio se mostraron recelosos, fueron poco a poco entrando en confianza y al irse acercando comenzaron a hacer preguntas tontas. Los hombres trataron de hablarles con familiaridad para que se les acercaran y así poder echarles mano. Los hombres, en tanto, se reían por dentro de la imprudencia de los indios, y les preguntaron si nunca habían visto un español. La respuesta fue que ellos eran indios españolizados, que vivían entre españoles puros, y que aun cuando habían nacido allí jamás en su vida habían visto 3 barcos juntos. Los hombres manifestaron que, en efecto, de no haber sido que les ocurre tal desgracia, nunca los hubieran visto. Y así estuvieron hablándoles hasta que de pronto se les fueron encima apercollándolos a los tres; pero antes de que terminaran el enterramiento del capitán, uno de los indios logró zafárseles, y no pudieron llevarse más que dos a bordo. Estos fueron interrogados por el capitán Eaton. Confesaron que la única razón de haberse presentado en el lugar del entierro había sido para ver los barcos y averiguar quiénes éramos, pues que poco tiempo antes el gobernador de Panamá había enviado aviso a las autoridades de Nicoya informándoles que barcos piratas merodeaban en las costas, por lo que debían tener mucho cuidado. Nicoya es un pueblo de mulatos situado unas 12 ó 14 leguas al este de allí, y sobre la ribera del río de ese mismo nombre. Es lugar apropiado para la construcción de barcos, de suerte que casi todos sus habitantes son carpinteros de ribera, y se dedican a construirlos y a repararlos. Fue aquí en donde el capitán Sharp, cuando en 1681 me separé de él, consiguió carpinteros para transformar su barco antes de regresarse a Inglaterra. Y fue por eso mismo que el gobernador de Panamá mandó prevenir a los españoles de Nicoya, no fuera que llegaran otros piratas a querer servirle de ellos. Los indios nos dijeron además que los habían enviado al lugar donde fueron capturados para averiguar qué barcos eran, pue se temía que fuesen de los que hablaba el gobernador de Panamá. A las preguntas que se les hicieron referentes a la situación y riquezas del país, manifestaron que la gente era casi toda agricultora, dedicada a sembrar y cultivar maíz, y a criar ganado; que las tierras eran extensas sabanas en las que pastaban numerosos novillos, vacas y caballos; que en la costa había maderas de tinte, pero que esto último les dejaba muy poca utilidad porque se les obligaba a enviar ese producto al Lago de Nicaragua, de donde pasaba al Mar del Norte por la vía del Río San Juan. Que ellos enviaban allá también grandes cantidades de cueros de res, a cambio de

lo cual reciben mercancías europeas como decir sombreros y géneros de algodón y de lana para hacerse sus ropas; que de la carne de res no sacan otro provecho que el comérsela; que de queso y mantequilla hacen muy poco. Luego nos dijeron que si queríamos abastecernos de carne fuéramos a una hacienda de ganado distante una legua de allí, en donde podríamos sacrificar cuantas reses quisiéramos. Esta noticia fue muy bien recibida, pues desde el día que salimos de las Islas Galápagos (1) no habíamos vuelto a probar ninguna clase de carne. Veinticuatro hombres fuimos inmediatamente despachados en dos botes llevando como guías a uno de los indios capturados, y saltamos a tierra como a una legua del barco. Varamos los botes y marchamos tierra adentro detrás del guía que nos llevé a una casa que tenía un corral. Quedaba este lugar en una planicie distante unas dos millas de donde habíamos dejado los botes. En los potreros abundaban las reses gordas: algunos surgieron matar ahí no más tres o cuatro y llevar la carne a bordo, pero otros dijeron que mejor sería dormir allí y esperar a que amaneciera para arrear el ganado al corral sacrificar allí mismo unas veinte o treinta reses. Mi opinión fue de que regresáramos a bordo, y traté de persuadirlos a que se fueran conmigo allá, pero como algunos se opusieron me regresé con doce, que era la mitad, y los otros se quedaron. En este lugar ví tres o cuatro toneladas de madera de tinte, que creo es la misma que en Jamaica llaman madera de sangre, o simplemente madera de Nicaragua. Regresamos al barco sin ningún tropiezo, y al día siguiente esperamos que volvieran los que se habían quedado en tierra; pero nadie apareció. Entonces, a eso de las cuatro de la tarde 10 hombres se fueron en una canoa a ver qué les había ocurrido. Al llegar a la ensenada en donde habíamos desembarcado para ir a la hacienda, los divisaron encaramados en un peñón a media milla de la playa, con el agua a la cintura. Los hombres habían dormido en la hacienda y se levantaron temprano para arrear el ganado al corral; dos o tres cogieron en camino mientras otros tomaron distinto rumbo, pero con el mismo propósito de encorralar el ganado; los restantes se quedaron en la casa para ayudar cuando llegaran las reses. Estando todos ellos separados se aparecieron 40 ó 50 españoles armados. Nuestros hombres se llamaron a gritos unos a otros y se juntaron antes que los españoles pudieran atacarlos; y así agrupados se fueron en dirección al bote que habían dejado varado en la playa. Pero cuando llegaron allá lo encontraron prendido en llamas. Se afligieron al ver aquello, pues ya no podrían volver a bordo, a menos que caminaran hasta donde estaba enterrado el capitán Cook, a casi una legua de allí. La mayor parte de ese trayecto era monte espeso donde los españoles podrían emboscarlos, arte en que son muy duchos. Por otra parte, creyendo ya tenerlos en sus manos, los invitaban con fingida cortesía a volverse con ellos a la hacienda. Los piratas no respondían palabra. La marea estaba en su media menguante cuando uno de los piratas vio un peñón en el mar a regular distancia de la playa, que apenas sobresalía del

(1) Islas pertenecientes a Ecuador.

agua; se lo enseñó a sus compañeros diciéndoles que sería un buen reducto si pudieran llegar a él. Y todos, naturalmente, ansiaban ya encontrarse allí, pues los españoles desde prudente distancia dentro del monte —seguros ya de su presa— les volaban de rato en rato un tiro — Viendo pues la oportunidad que tenían de salvarse del peligro en que se encontraban, mandaron al hombre más alto del grupo a tantear si el paso al peñón era vadeable, y habiendo él llegado bien se fueron todos allá; y todavía se hallaba allí cuando los vimos, que eran ya las siete de la noche. Cuando se fueron al peñón la marea baja estaba en su última etapa, y el peñón seco; pero cuando subió la marea lo cubrió por entero, y el agua seguía subiendo De suerte que si la canoa hubiera tardado una hora más, tal vez el mar los hubiera puesto en tan gran peligro como habían estado antes frente a los españoles, pues la marea sube allí unos ocho pies. Los españoles se quedaron en la playa esperando ver que el mar se los tragara, pero sin salirse del monte. No tenían más que tres o cuatro armas de fuego, los demás portaban lanzas. Los españoles de allí son expertos flecheros y alanceadores; y cuando se les presenta la ocasión realizan verdaderas hazañas con esas armas, especialmente en emboscadas. Y a esa gente no le gusta pelear de otra manera; prefieren estarse quietos amenazando y lanzando improprios, en lo que también son tan versados como en lo otro. De modo que cuando su lengua calla, sabemos de por cierto que han armado una trampa. Al anochecer volvió al barco la canoa con todos los hombres, sanos y salvos. Al otro día enviamos una canoa a lo más profundo de la curva del golfo a caza de una canoa grande que nos dijeron se hallaba allí. Los españoles no tienen navíos ni lanchas aquí, sino unas cuantas canoas que poco utilizan; ni tampoco hay allí pescadores porque escasean los peces, y la verdad es que yo nunca ví uno, ni los hombres pudieron pescar nada. No obstante, en cualquier lugar que ancláramos, mandábamos a los arponeadores a buscar algo, y desde los barcos echábamos los anzuelos con la esperanza de pescar. Al día siguiente regresaron los de la canoa con la que habían ido a buscar, y 3 ó 4 días después fueron las dos canoas por otra más, que también se trajeron. Pusimosles bancos y chumaceras para los remos y remeros; el capitán Eaton se quedó con una de ellas y nosotros con la otra que aparejamos para efectuar desembarcos. Nos surtimos allí de agua y cortamos madera apropiada para pértigas y remos; esta clase de madera abunda en ese lugar. Pero jamás ví de ella en otras partes del Mar del Sur, sólo allí. En Jamaica sí hay bastante, especialmente en un lugar llamado Blewfield (que no hay que confundir con el Blewfields de Nicaragua) cerca del extremo occidental de la isla. El palo que sirve para hacer lanzas crece recto como el fresno tierno nuestro, y es durísimo, pesado y fino; de ahí que para los piratas sea de mucha utilidad, pues de él hacen astas para remos y escobillones de cañones Siempre llevan muchos de ellos para reponer los que se quiebran, y son mucho mejores que los de fresno.

UN NUEVO VIAJE

El día antes de zarpar de allí Mr. Edward Davis, el comisario ordenador de la compañía, fue unánimemente aceptado como capitán, ya que ese puesto le correspondía por derecho de sucesión, o más bien de transmisión. El 20 de julio salimos de esta bahía de Caldera, en el Golfo de Nicoya, con el capitán Eaton y nuestra presa traída desde las Islas Galápagos, enfilando derechamente hacia El Realejo. Soplabla viento norte, que aunque de fuerza común y corriente, en tres días nos llevó a la altura del puerto nicaragüense.

El Realejo presenta el paisaje más extraordinario de toda esta costa, ya que tiene un elevado volcán humeante que los españoles llaman El Viejo. Con el volcán al noroeste debe uno dirigir el barco directamente a él para entrar derecho en la bahía. Es fácil reconocer el volcán, pues no hay en sus cercanías otro tan alto, ni tampoco otro que tenga forma parecida en toda la costa; y además humea todo el día y en la noche lanza a veces llamaradas. Puede vérselo desde 20 leguas; estando a 3 millas de la bahía se ve la entrada. Tiene una isla pequeña y baja que da forma a la embocadura y mide algo así como una milla de longitud, por un cuarto de anchura; dista más o menos milla y media de tierra firme. La isla tiene un canal a cada lado; el del oeste es el más ancho y seguro. Sin embargo, por la punta del noroeste tiene un bajío que hace peligrosa la entrada. Pasado ese punto debe uno mantenerse junto a la isla, pues una punta arenosa se adentra desde tierra firme hasta casi la mitad del canal. El canal del este no es tan ancho, y encima de eso la marea es fuerte allí; por tal razón casi nunca lo usan los barcos. Esta bahía puede abrigar hasta 200 embarcaciones; lo mejor de ella está cerca de tierra firme, pues allí tiene el agua siete u ocho brazas de profundidad, y el fondo es de arena fina y dura.

El pueblo de El Realejo queda a dos millas del mar, y dos pequeños ríos discurren hasta él; el de más al oeste llega cerca de la parte posterior del pueblo, el otro hasta la propia población, pero ni navíos ni barcas pueden entrar hasta allá. Estos riachuelos son muy angostos, y los manglares tupen sus márgenes. Como a milla y media abajo del poblado, en las márgenes del estero del este, los españoles habían levantado una fuerte empalizada; y otra igual, según informes, en el del oeste, y tan estratégicamente emplazadas que 10 hombres podrían impedir el desembarque de 200. Cuando hable de mi regreso al pueblo lo describiré; por ahora quiero seguir con mi narración. Estábamos, pues, a la vista del volcán que, según mis cálculos, queda a 7 u 8 leguas del mar, y teniéndolo al noroeste recogimos la gavia y nos quedamos esperando la noche para entrar en la bahía en las canoas. En la tarde aguantamos un violento temporal, con ventarrones del noreste y muchos truenos, relámpagos y lluvia. Aunque la violencia del viento no duró mucho, no fue sino hasta las 11 de la noche que pudimos echar las canoas al agua; y entró la calma. Remamos hacia la

playa a donde creímos que podríamos llegar antes de ananecer, pero no fue sino hasta las 9 de la mañana que entramos a la bahía. Cuando estábamos a una legua de la islita de El Realejo que ya dijimos da forma a la bahía, divisamos una casa en ella, y al aproximarnos vimos a dos o tres hombres que nos quedaron viendo hasta que estuvimos a media milla de la isla. En seguida se fueron y embarcaron en su bote remando hacia la costa, pero logramos alcanzarlos y traerlos de vuelta a la isla. Un hombre de a caballo que estaba en tierra firme frente a nosotros cuando cogimos el bote salió a galope tendido en dirección al pueblo. Las otras canoas que venían detrás remaron con toda el alma, pero no pudieron llegar a la islita sino hasta las 12 del día, de manera que tuvimos que esperarlos. Antes de que llegasen nos dedicamos a interrogar a los prisioneros, quienes nos dijeron que tenían allí el puesto de vigías, pues las autoridades de El Realejo habían recibido el mes anterior una carta en que se les avisaba que en el Mar del Sur merodeaban los piratas, por lo que debían mantenerse alerta; que las autoridades mandaron a edificar una casa en esta isla, y apostaron allí cuatro hombres que debían vigilar noche y día con orden de avisar cuando vieran aparecer un barco. Dijeron además que no esperaban ver botes ni canoas, sino navíos. Primero pensaron que, por vernos llegar en la canoa delantera, seríamos náufragos de algún barco; pero que al descubrir 3 ó 4 canoas más, empezaron a sospechar. Nos dijeron también que el jinete que vimos correr llegaba allí todas las mañanas para llevar noticias al pueblo, a donde podía llegar en menos de una hora. Cuando el capitán Eaton desembarcó le contamos lo que había ocurrido. Hacía tres horas que el jinete había partido, y no podríamos llegar al pueblo en menos de dos horas; calculamos que las autoridades ya tendrían noticias de nuestro arribo, y estarían esperándonos al amparo de sus empalizadas, de modo que pensamos sería mejor dejar nuestro plan para otro día.

La islita tiene un buen manantial. Hay también en ella algunos árboles, pero su mayor parte es de potreros en los que el zacate crece libremente porque en toda la isla no hay reses ni caballos. Queda esta isla en 12° y 10' de latitud norte. Allí estuvimos hasta las 4 de la tarde, y habiéndose acercado los barcos a una legua de la costa, nos fuimos todos allá y enfilamos hacia el Golfo de Fonseca en donde queríamos carenar los barcos.

El 26 de julio vino a bordo el capitán Eaton a consultar con el capitán Davis cómo podría conseguir algunos indios que nos ayudaran en la carenadura. Se convino en que cuando estuviéramos cerca del golfo, Davis tomaría dos canoas con suficiente gente y se iría él primero, mientras Eaton se quedaría a bordo. Y, conforme a lo acordado, al día siguiente Davis enderezó hacia el golfo.

El Golfo de Fonseca es un gran brazo del océano que se interna 8 ó 10 leguas en el continente. Al sur de su entrada está la península del volcán Cosigüina, y por el norte tiene al volcán de San Miguel. (1) Cosigüina (2) queda en 10° y 40' de latitud norte. Es una punta alta y redonda que vista desde el mar parece una isla; y es así porque las tierras de su alrededor son muy bajas. El San Miguel es un pico muy alto, aunque no muy empinado; por el sureste la tierra de su base es baja y pareja en una extensión de por lo menos una milla. Entre esta tierra y el Cosigüina hay dos islas de bastante altura; la de más al sur se llama Manguera, la otra Amapala. Están a dos millas una de otra.

La isla de Manguera tiene forma redonda, de 2 leguas en contorno, y de lejos parece una elevada arboleda. Está toda circundada de rocás, a excepción de un boquete arenoso por el noreste. El humus de su tierra es negro, pero no profundo; el terreno es pedregoso, y hay en él árboles altos. En el centro de la isla se asienta un pueblo de indios que tiene una bonita iglesia. Sus habitantes siembran maíz y plátanos. Crían unos pocos pollos, pero ninguna otra ave de corral; y de cuadrúpedos tienen sólo perros y gatos. Del pueblo al boquete hay un caminito rocoso y empinado. En la playita se ven siempre unas 10 ó 12 canoas varadas, salvo cuando las están utilizando.

La isla de Amapala es más grande que la de Manguera. Su suelo más o menos igual. Hay en ella dos pueblos distantes dos millas uno del otro; uno está en el norte, y en el oeste el otro. Este último no dista más de una milla del mar; se asienta sobre la explanada de la cima de una loma. El caminito que conduce allá es tan empinado y rocoso que, a solo pedradas, unos pocos hombres podrían mantener a raya a una multitud. En el centro del pueblo se levanta una bellísima iglesia. El otro pueblo no es tan grande, pero cuenta con una hermosa iglesia. Una cosa que noté en todas las poblaciones bajo dominio español (en estas tierras, en la bahía de Campeche y otras más) fue que las imágenes de la Virgen María y de otros santos tienen pintada la cara del color cobrizo de los indios, y las visten de manera bastante parecida a la moda del lugar; mientras que en pueblos habitados principalmente por españoles, los santos tienen la piel blanca y llevan ropas a la española. Las casas son todas malas; los indios de las dos planicies tienen buenas milpas bastante lejos de los pueblos. Tienen pocos platanares, pero alrededor de sus casas hay sembrados innumerables jocotes. El árbol que da esta fruta es tan grande como nuestros más grandes ciruelos. Su hoja es de color verde oscuro, y tan ancha como la del ciruelo; pero su forma es la misma del espino. La madera del árbol es quebradiza; la fruta es ovalada. De tierna es muy verde, pero al madurar se torna amarilla por un lado y roja por el otro. La semilla es muy

(1) En El Salvador.

(2) En Nicaragua

grande y poca la pulpa que la envuelve; es de sabor agradable, mas no recuerdo haber visto nunca una sola que no tuviera uno o dos gusanos por lo menos. Tampoco recuerdo haber visto esa fruta en ningún otro lugar del Mar del Sur, sólo aquí. En la bahía de Campeche abunda, y en Jamaica lo siembran como setos vivos. Los indios de aquí, y los de Manguera tienen algunas gallinas. Allí no vive ningún español, sólo un padre que atiende los tres pueblos, dos en Amapala y uno en Manguera. Están bajo la jurisdicción del gobernador de San Miguel, ciudad situada al pie del volcán del mismo nombre; a él pagan tributo en maíz. Son pobrísimos, pero viven muy contentos. No tienen ningún otro ingreso más que el derivado del maíz y las gallinas. El padre recauda el diezmo de los frutos, y sabe al dedillo cuánto siembra cada individuo, y cuántas gallinas tienen, y no las pueden matar, ni aun estando enfermas, sin su perm'iso. En estas islas, como queda dicho, nunca ha vivido ningún hombre de la raza blanca, fuera del padre. Él habla la lengua de los indios, y así también los otros padres que en otras partes de estas tierras viven entre ellos. En estas vastas regiones americanas hay varias parcialidades indígenas que tienen lenguas diferentes; de modo que los padres que se vienen a vivir con ellos deben aprender la lengua para poder catequizarlos. Aunque los indios de aquí son pobres, en muchos otros lugares de América poseen grandes riquezas que los españoles les van quitando por bagatelas; allí también recaudan los padres diezmos y tributos. Igual pasa, por ejemplo, en la bahía de Campeche en donde los indios son dueños de cacaotales; y de la misma manera en otros lugares en donde siembran añil o vainilla. ¿Y qué decir de donde hay oro? En lugares como éstos los padres sacan platales. En las dos islas no había más que un indio que hablaba español; y también podía escribirlo, pues se le había enseñado eso para llevar la contabilidad. Era el secretario de ambas islas. Tenían allí también un cacique, pero no sabía hablar ni escribir español.

Hay en el golfo muchas islas, pero ninguna tan poblada como éstas de que me he ocupado. Hay una bastante grande perteneciente a un convento de monjas —según nos dijeron los indios— en la que abunda el ganado. La cuidan 3 ó 4 indios, y a ella fuimos varias veces para abastecernos de carne. Todas estas islas son bajas, con excepción de las de Amapala y Manguera. A este golfo se entra por dos canales: uno es el de Cosigüina y Manguera, el otro lo forman Manguera y Amapala; de los dos este último es el mejor. Se pasa por el lado este de Amapala, justamente enfrente de un paraje bajo, pues debo hacer saber que toda la isla, salvo ese lugar, es de tierra alta. Una vez adentro, los barcos pueden fondear cerca de tierra firme, al noreste de Amapala. Este es el punto más frecuentado por los españoles, y se llama Puerto de Martín López. Este golfo se prolonga unas cuantas leguas más allá de las islas, pero es poco profundo, no adecuado para navíos de alto bordo.

A este golfo entró el capitán Davis en dos canoas con intención de coger un prisionero para obtener informes antes de que arribaran nuestros barcos. La primera noche llegó a Manguera, pero por falta de guía no dio con el poblado. En la mañana vio muchos bongos y canoas varados en la playa, en donde desembarcó y tomó con su gente un caminito que lo llevó al poblado. Los indios habían visto en la tarde a los barcos dirigirse a la isla, y teniendo conocimiento ya de que buques enemigos espumaban esas aguas, habían puesto vigía de día y de noche. Luego, cuando vieron al capitán Davis encaminarse al pueblo, corrieron a dar la voz de alarma. Cuando Davis entró en las calles todo mundo estaba ya en el monte. Sólo el fraile se quedó y fue capturado, junto con dos muchachos. El pirata, que iba sólo por un prisionero, quedó más que satisfecho con el cura y los dos inditos, a quienes se llevó a la isla de Amapala. Estos le sirvieron de prácticos para llegar al fondeadero, en donde anclaron a eso de medio día. No se quedaron allí, sólo dejaron 3 ó 4 hombres de resguardo en los bongos y canoas. Davis y los demás siguieron hacia el pueblo llevando consigo al fraile. El pueblo dista como una milla del desembarcadero y se asienta sobre la planicie de una loma que tiene una cuesta muy empinada. Todos los indios estaban en la cima esperando a Davis.

El secretario no estaba antes muy de buenas con los españoles. Fue él quien persuadió a los indios a esperar a Davis, pues todos querían huir al monte; les dijo que si los que llegaban eran enemigos de los españoles no sería para hacerles daño, que eso sólo se lo hacían los españoles de quienes eran esclavos; y que su misma pobreza los ponía a salvo. Este hombre y el cacique, a la cabeza de los vecinos, esperaron arriba a Davis y a su gente. En español preguntaron a los extranjeros quiénes eran y qué querían. Davis les respondió que eran vizcaínos, y que los enviaba el rey de España a limpiar de piratas el mar; que buscaban en la isla un lugar apropiado para carenar sus barcos, y también querían que les ayudaran en eso los isleños. El secretario, que como ya dije era el único que allí hablaba español, les dio la bienvenida manifestando su gran respeto por los varones de la vieja España, y en especial por los vizcaínos, de quienes había oído decir sólo cosas buenas. Y acto seguido los invitó a entrar al poblado. Davis y sus hombres comenzaron a trepar llevando al fraile por delante. La recepción fue muy afectuosa. El cacique y el secretario abrazaron a Davis, y los demás indios recibieron de igual modo a los otros. Terminados los saludos, se fueron todos a la iglesia, que hace de cabildo en pueblos como ese; allí se realizan las funciones y actos públicos. A eso se debe que en las iglesias de las poblaciones indígenas haya toda suerte de máscaras y disfraces para hombres y mujeres, y un sinnúmero de pitos y guitarrillas. Estas tienen cierta semejanza con la cítara; y la mayoría de las que tocan los indios consisten en una vara larga con un agujero en medio, y sobre éste una tablita delgada que se ata a los lados; esta es la caja de resonancia sobre la que van las cuerdas. La víspera de los días de fiesta, o la noche siguiente, es cuando se reúnen para celebrar.

Se divierten cantando, bailando y haciendo mil muecas y visajes. Si hay luna llena usan pocas antorchas, si no, alumbran la iglesia como el día. En tales ocasiones se juntan para divertirse las personas de ambos sexos. Todos los indios que he conocido bajo el dominio español tienen aspecto más melancólico que los que viven libres, y en estas reuniones públicas, aun cuando más regocijados están, se nota que su alegría es más postiza que espontánea. Sus tonadas son muy tristonas y quejumbrosas. Pero no estoy seguro de si esta tristeza es connatural en ellos, o efecto de su estado actual de esclavitud. En todo caso, siempre me he inclinado a creer que es simplemente reflejo de su desgracia, de la pérdida de su tierra y de libertad. Y si bien los que ahora viven no saben ni recuerdan cómo es ser libre, parece sin embargo que tienen una recóndita impresión de la esclavitud en que viven, mantenida viva quizá por tradiciones de su antigua libertad.

El capitán Davis llevaba en mente el plan de hacer que todos fueran a la iglesia, y una vez adentro cerrar las puertas y decirles sin embargo quién era él. En seguida les hablaría por las buenas pidiéndoles su cooperación. El padre estaba con él y le había prometido apoyo; pero antes de que todos hubiesen entrado en la iglesia, uno de los piratas quiso meter en ella a la fuerza a un indio. Este pegó la carrera y luego todos los demás al verlo salieron de estampida; imposible sería decir quién fue el primero. El capitán, que no se dio cuenta de nada, estaba solo en la sacristía con el bueno del padre. Cuando ya todos habían huido, el capitán Davis y sus hombres mataron a tiros al secretario. Así fue como por la indiscreción de un zopenco perdimos toda esperanza de ayuda allí.

En la tarde entraron los barcos al golfo pasando entre el Cosigüina y la isla de Manguera, y anclaron cerca de la isla de Amapala, por su lado este, en 10 brazas de profundidad con fondo de arena dura. Más tarde subió a bordo el capitán Davis con su gente, llevando al padre. Este dijo a Davis que si no hubieran matado al secretario; él le habría mandado una carta con cualquiera de los indios capturados en Manguera induciéndolo a solidarizarse con nosotros; pero ahora lo único que podría hacerse era mandar con uno de esos indios a traer al cacique, pues estaba seguro de que vendría. Al día siguiente mandamos a tierra a uno de los indios que antes de anoecer regresó con el cacique y seis indios más, los cuales se quedaron con nosotros todo el tiempo que estuvimos allí. Los indios nos prestaron muchos servicios, sobre todo en lo de enseñarnos por dónde debíamos ir a una isla en bote a traer carne de res que necesitábamos; servicios que pagamos con largueza. Fue a esta isla de Amapala que años más tarde llegaron unos piratas ingleses y franceses, quedándose allí mucho tiempo, para después desembarcar en tierra firme y marchar hasta el río Coco que desemboca en el Mar del Norte, cerca de Cabo de Gracias a Dios, razón por la cual le llaman también río Cabo. En las márgenes de este

UN NUEVO VIAJE

río hicieron balsas en las que llegaron al mar. Esta misma ruta la propuso el capitán Sharp para ir allá, pues ya era parcialmente conocida por piratas cuando unos 30 años antes una partida de ingleses remontó el río en pipantes hasta el lugar donde aquellos franceses hicieron sus balsas. Desde allí marcharon sobre una ciudad nombrada Segovia. (1) Casi un mes les llevó bajar el río, pues se encontraron con que tenía muchas cascadas y raudales que se veían obligados a soslayar alzando en vilo los pipantes para meterse con ellos en el monte haciendo un rodeo y volverlos a echar al agua. He dicho que algunos hombres hicieron ese recorrido, y, si no estoy equivocado, el capitán Sharp fue uno de ellos. Pero, volviendo a nuestro viaje, cuando hubimos carenado los dos barcos y llenado los barriles de agua, los capitanes Davis y Eaton rompieron su asociación, aunque sin pelearse. El capitán Eaton se llevó 400 bultos de harina, y salió del golfo el 2 de septiembre.

El 3 de septiembre de 1684 mandamos el fraile a tierra, y les dejamos a los indios un barco que habíamos capturado, medio lleno de harina todavía, y zarpamos con viento terral, entre las islas de Amapala y Manguera. Ibamos una legua mar afuera cuando notamos que un bongo con vela y remos venía en seguimiento nuestro; replegamos las velas para esperarlo. El bongo lo enviaba el comandante de la ciudad de San Miguel pidiéndonos que por favor no nos lleváramos al fraile. Al ser informado el mensajero de que lo habíamos dejado en Amapala lo vimos brincar de alegría, y se volvió a dar la buena nueva; izamos de nuevo las velas con viento del nor-noroeste, y pusimos proa hacia el Perú.

(1) Ciudad Antigua de hoy

Capítulo VII

Zarpan de la Isla de la Plata. Cabo Pasado. La costa entre ese cabo y el de San Francisco; de allí a Panamá. El río Santiago. Árboles de ceiba roja y ceiba negra. El palmito. Los indios del río Santiago. Isla del Gallo. Río y pueblo de Tomaca. Isla de Gorgona. Pesca de perlas allí y en otros lugares. Cabo Corrientes. Punta Garachiné. Isla de la Gallera. Archipiélago de las Perlas. Lavelia. Natá. Otras. Bella vista de la bahía de Panamá. La nueva ciudad. Gran comercio con Lima y Portobelo, etc., a la llegada de la flota española. La ruta de la flota, y relato de cierto incidente ocurrido la primera vez que los piratas cruzaron el istmo de Darién hacia el Mar del Sur, y del comienzo de sus relaciones con los aborígenes del istmo. Las islas de Perico. Taboga, isla agradable. El mamey. Población de Taboga. La ignorancia de los españoles de estos lugares en cuestiones de mar. Llega por tierra una partida de piratas franceses. De las patentes de corso que extiende el gobernador francés de Petit Goaves. Del golfo de San Miguel, y de los ríos Congo, Zambo y Santa María, y un error de los mapas respecto de la correcta ubicación de Punta Garachiné y del cabo San Lorenzo. Del pueblo y de las minas de oro de Santa María. Del pueblo de Escuchaderos, y de la llegada por tierra del capitán Townley con una banda de piratas ingleses. Jarras de vino de Pisco. Se les junta una barca del capitán Knight. Punta Garachiné otra vez. Puerto Piñas. Isla de Otoque. Abordaje del barco correo procedente de Lima. Llegada de más piratas ingleses y franceses. Chepelio, una de las islas más bellas del mundo. El aguacate, el zapote y el mamey silvestre. Pueblo y río de Chepo. Travesías en la bahía de Panamá; recuento de las fuerzas de la flota española, y de los piratas. Acción naval.

UN NUEVO VIAJE

El 23 de diciembre de 1684 zarpamos de la Isla de la Plata con rumbo a la bahía de Panamá. Tuvimos vientos del sur-sureste y un chubasco; buen tiempo después. A la mañana siguiente pasamos frente al Cabo Pasado, (1) cuya posición es: $008^{\circ} 08'$, al sur de la línea ecuatorial. Se adentra en el mar con espigón alto y redondeado, que por cierto parece dividido en dos. Su lado que da al mar es calvo, pero sus costados y la parte de la tierra de donde arranca están poblados de árboles pequeños. Toda la tierra del fondo y los contornos es alta y montañosa. La costa entre los cabos Pasado y San Francisco (2) es zigzagueante, por lo cual se forman muchas pequeñas puntas y boquetes arenosos. El terreno no es ni muy alto ni muy bajo, y la variedad de árboles es grande; de suerte que navegando a la vista de la costa se ve una sola montaña; esto hace ameno el paisaje, pues los árboles son de diferente color, tamaño y forma.

Nuestro propósito era encontrar bongos y canoas en algún río en donde los españoles no tuvieran poblados ni tampoco comercio con los aborígenes. Llevábamos pilotos españoles, y también indios españolizados que podían llevarnos a bahías y ríos pertenecientes a los españoles, pero no conocían ríos no visitados por éstos; y son muchos los que hay entre La Plata y Panamá. La verdad es que desde la línea ecuatorial hasta el golfo de San Miguel, o aún hasta la propia ciudad de Panamá, en toda la costa no hay españoles, ni tampoco indios que estén bajo su dominio, salvo cerca de la Isla del Gallo, en donde en las riberas de uno o dos ríos se encuentran algunos españoles ocupados en zarandear las arenas auríferas.

En vista de que los pilotos no conocían esas costas poco exploradas, suplimos esa falta consultando las cartas de marear de que nos habíamos incautado en la captura de sus barcos; y resultaron magníficas guías. Sin embargo, siendo en muchas partes del litoral esa región muy baja, y llena de recovecos, ríos y esteros, resulta difícil, para una persona no familiarizada con la región hallar el río que se busca.

Pero eso no iba a desanimarnos, ya que en cualquier río podía haber canoas, y, después de todo, no importaba en cuál las encontraríamos. Mas si escogimos el río Snatiago, no fue porque no hubiera otros tan grandes como él que fuesen igualmente desiertos, sino porque ese no estaba lejos de la Isla del Gallo, en la cual podían los barcos anclar perfectamente. Rebasamos el cabo San Francisco bajo un grande y continuo temporal. La tierra que da al mar por el lado norte es baja y extraordinariamente montañosa. Los árboles son robustos y altísimos. Del cabo San Francisco la tierra corre buscando al este para entrar a la bahía de Panamá. Entre

(1) En Ecuador

(2) En Ecuador

este cabo y la Isla del Gallo hay muchos ríos navegables. Los pasamos todos hasta dar con el río Santiago.

Este río queda cerca del 2º de latitud norte. Se pueden navegar muchas leguas de él, y a varias leguas del mar se bifurca, dando forma a una isla con anchura de 4 leguas frente al mar. El brazo más ancho del río es el que va por el lado suroeste de la isla. Ambos brazos son hondos, pero la boca del más angosto está tan atorada de arena que debido a su poco fondo no pueden pasar las canoas. Más arriba tiene una legua de anchura, y la corriente corre derecha y rápidamente. El flujo de la marea llega unas 3 leguas río arriba, pero no puedo decir qué altura alcanza. El río quizá tenga su fuente en alguna montaña cercana a la ciudad de Quibo, y discurre sobre una tierra tan fecunda que tal vez sea la mejor del mundo; y lo es especialmente así a unas 10 ó 12 leguas de la costa. Los terrenos de ambos lados de la isla, y los de las riberas de los ríos, son de un suelo negro y profundo en el que hay enormes árboles de toda clase, típicamente tropicales. Describiré sólo la ceiba, que abunda allá; y es de tan fenomenal altura que jamás he visto otros árboles así de grandes.

Hay dos clases de ceiba: la blanca y la roja. La primera se parece al roble nuestro, sólo que aquélla es más grande. El tronco es derecho y liso desde sus nudos y ramas hasta la copa, y allí se expande en innumerables ramas igual que el roble nuestro. La corteza es limpia y de color ceniciento; las hojas tienen el tamaño de las del ciruelo, con sus bordes serrados; son ovaladas, pulidas y de color verde oscuro. Algunos de estos árboles tienen troncos de hasta 18 y 20 pies de circunferencia, y son bombáceos. Producen un algodón finísimo que suelen llamar algodón de seda. Cuando este algodón está en sazón, el árbol se parece mucho a los manzanos de Inglaterra en floración. Si no estoy equivocado ese algodón cae en noviembre o diciembre. El suelo entonces parece cubierto de nieve. Este no es resistente y cultivado como el de los arbustos de algodón, sino más bien como el plumón. Yo no supe que se le usara en aquellas regiones en otra cosa que para relleno de almohadas. Tiene semillitas negras. Este árbol bota sus hojas a principios de abril; y mientras las viejas comienzan a caer, brotan las nuevas. En sólo una semana el árbol se reviste de hojas tiernas. La ceiba roja, o colorada, es como la otra, pero no tan hinchada. No produce algodón, pero su madera es más dura; no obstante, ambas clases son esponjosas, y gracias a que su tronco es recto y largo, es el árbol ideal para ahuecarlo y hacer de él bongos y canoas. Pero estas embarcaciones no son durables, sobre todo si no se calafatean, pues de otro modo la broma y el agua acaban pronto con ellas. La ceiba es el árbol más majestuoso de Las Indias Occidentales. Es común también en las tierras fértiles de las Indias Orientales.

El "cabbage-tree" no tiene tronco muy corpulento, pero sí es muy alto y vertical. En la bahía de Campeche medí en el suelo uno que tenía

120 pies de largo, y los hay aún más altos. No tiene ramas, pero de su copa se desprenden muchas palmas más gruesas que el brazo de un hombre. Estas palmas son planas y de bordes afilados, miden de 12 a 14 pies de largo. Como a 2 pies del tronco, las palmas tienen hojas delgadas y largas que están tan juntas unas de otras a lo largo de ambos lados de la palma que toda ella parece una sola hoja, hecha de muchas pequeñas. La fruta brota en medio de estas palmas, en la copa del árbol; la cubren hojas de renuevo que están listas a expandirse tan pronto caigan las que boten las palmas viejas. La propia fruta, cuando se la desprende de las hojas en que está arropada, es tan gruesa como el tobillo de un hombre y mide unas doce pulgadas de largo; es blanca como la leche y sabrosa como la avellana, si se la come cruda, y cocida es dulcísima y nutritiva. Además de la propia fruta, crecen entre ella y las palmas grandes, pequeños vástagos de más o menos un pie de largo medidos desde su tronco. De los extremos de esos vástagos (que crecen muy juntos) cuelgan bayas, o granos, duros y redondos, y tan grandes como la cereza. Esta fruta es anual y la comen los cerdos. Las autoridades españolas multan a quienes cortan los árboles. La corteza del tronco del árbol tiene, desde su base a la cumbre, anillos que la rodean separados más o menos seis pulgadas unos de otros. La corteza es delgada y quebradiza; su madera es negra y muy dura, la medula del árbol es blanca. De la madera de este árbol los hacendados de Jamaica hacen las paredes de sus casas rajándola en cuatro partes, y de esa manera obtienen otros tantos tablones. Es un árbol que, extendidas sus palmas sobre las copas de todos los demás, embellecen la selva o la montaña.

En toda esta tierra llueve mucho, de suerte que la región tiene un clima contrario al de Lima y toda la costa peruana. Me figuro que esta es una razón por la cual los españoles han explorado tan poco éste y otros ríos de la costa. Otra razón pudiera ser que no queda directamente en su ruta de navegación, pues los barcos no costean yendo de Panamá a Lima, sino que primero van por el oeste hasta los cayos o islas de Cobaya, y de allí enfilan rumbo al cabo de San Francisco, sin tocar en otra parte, hasta que arriban a Manta, cerca de la Punta de San Lorenzo. De regreso de Lima a Panamá puede que sí costeen por ahí, pero sus barcos van siempre cargados; mientras que aquellos que van sin carga procedentes de Panamá, sí pueden dedicarse a efectuar exploraciones. Y una tercera razón sería la salvajez y hostilidad de todos los nativos de esta costa, que están naturalmente defendidos por sus ríos y montañas, desde donde a flechazos pueden fácilmente hostigar a todo aquel que desembarque allí. En este río no viven indios en todo un sector de seis leguas distante de la costa, y toda esa región es de montañas impenetrables. De modo que, para llegar hasta donde ellos viven, o a las minas de las montañas, no queda otro camino que remontar el río a puro remo; y cualquier enemigo de los aborígenes que lo intente (como por ejemplo los españoles a quienes odian) irá siempre expuesto a un flechazo. Estos salvajes tienen sembrados de maíz,

y buenos platanares, pues este último comestible es su alimento básico. Tienen también unos cuantos puercos y gallinas

A ese río, el Santiago, era que íbamos en busca de canoas, así que el 26 en la mañana, imaginándonos que habíamos llegado a él, bajamos del barco en 4 canoas. En la mañana del 27 entramos con la media creciente sobre el brazo más pequeño del río, y remamos unas 6 leguas hasta un lugar habitado por indios. Eran dos ranchitos de palma. Sus moradores, viéndonos ir hacia ellos, tomaron a sus mujeres y a los niños, con sus enseres domésticos, y se metieron en sus canoas canaleteando río arriba más rápidamente que nosotros, puesto que nosotros teníamos que ir por en medio del río —en donde es naturalmente más fuerte la corriente— a causa de lo largo de nuestros remos, ellos, en cambio, con sus canaletes cortos orillando el río, no tenían que luchar contra la corriente. Los ranchitos estaban en la margen oriental del río. Al otro lado, y como a una legua de distancia, vimos muchos otros ranchos. En los ranchitos sólo hallamos un cerdo, algunas gallinas y plátanos. Matamos y cocinamos los animales. Supongo que sería por azar que obtuvieron el cerdo de los españoles o de algunos indios vecinos amigos de los españoles, pues este que cogimos era del mismo género europeo traído a la América por los españoles, especialmente a las islas de Jamaica, La Española y Cuba, en donde abundan. Estos animales pasan el día en el monte y por la noche se recogen al sonido de una concha para entrar en el chiquero que los indios tienen junto al rancho; pero siempre hay algunos que se vuelven monteses, y si aparece uno que no tenga la marca de ellos, lo matan. Chiqueros como estos no los hay en otras partes del continente, en donde los españoles los guardan en sus propias casas. Estos puercos no los tienen los indios salvajes, ni los hay en sus montañas, en donde sólo se ven saínos.

Después de haber comido nos fuimos en la tarde de vuelta a la boca del río, a donde llegamos antes de amanecer del día siguiente. Los barcos tenían orden, cuando salimos río arriba, de partir para la Isla del Gallo, donde debían esperarnos. Esta es una isleta deshabitada que está entre los 2º y 3º de latitud norte. Yace en una amplia bahía a unas 3 leguas de la desembocadura del río Tomaco, y a 4 leguas y media de un caserío llamado también Tomaco. La Isla del Gallo tiene mediana altura. Hay en ella excelentes maderas de construcción, razón por la cual suelen visitarla embarcaciones de Guayaquil y otros lugares; lo más de la madera que de Guayaquil llega a Lima, sale de las montañas de la Isla del Gallo. En su extremo noreste tiene un buen manantial, y allí mismo hay una hermosa ensenada arenosa, con buen fondeadero. La bahía tiene 6 ó 7 brazas de profundidad, y allí mismo se pueden carenar los barcos. Alrededor de la isla el agua es de poco fondo, pero tiene un canal de entrada con no menos de 4 brazas de profundidad. Debe entrarse a él con el flujo de la marea y salir con el reflujó, sondeando todo el tiempo.

UN NUEVO VIAJE

Este río de Tomaco es grande y toma su nombre del pueblo que así se llama, y se dice que nace en las montañas de Quito. Está bastante poblado de indios, y en sus riberas viven algunos españoles que les compran oro. Aunque su desembocadura tiene poco fondo, los botes pueden entrar a él.

El pueblo de Tomaco es pequeño, y no está lejos del río. Los españoles llegan a él a cargar madera de la Isla del Gallo, y también a comprar oro a los indios. En este lugar un tal Doleman junto con 7 u 8 hombres más que en un tiempo pertenecieron a la tripulación del capitán Sharp, fueron asesinados por los indios en 1680. Del brazo del río Santiago, en donde nos hallábamos, a Tomaco, hay unas 5 leguas; el terreno es bajo y lo riegan venas de agua, de modo que las canoas pueden navegar en los riachuelos del interior y por allí entrar al río Tomaco.

El 28 salimos del Santiago y navegamos sobre, algunos riachuelos hasta llegar a un rancho de indios en donde agarramos al jefe de familia y a los suyos. Estuvimos allí hasta en la tarde y luego remamos hacia Tomaco, llevando al hombre como guía. Llegamos a Tomaco a las doce de la noche. Nos apoderamos de todos sus habitantes y de un caballero español que dijo llamarse don Diego de Piñas. Este hombre había llegado en barco procedente de Lima a cargar madera. El barco se encontraba en un riachuelo distante de allí una milla, y en él sólo había un español y 8 indios. Fuimos allá en una canoa y lo abordamos; no llevaba mercaderías, pero sí 12 ó 13 jarras de buen vino, del que nos incautamos, y al día siguiente dejamos ir el barco. Aquí llegó una canoa con 3 indios que no sabían hablar español, ni tampoco podían diferenciar entre los españoles y nosotros; los indios salvajes toman a todos los blancos por españoles. Les dimos 3 ó 4 calabazas de vino que se bebieron ahí no más. Tienen estos hombres el cuerpo esbelto, los miembros bien proporcionados, y son bajos; su pelo es negro, el rostro alargado, la nariz y los ojos son pequeños, su mirada es fiera, y su color cobrizo oscuro. Poco antes de anochecer volvimos a Tomaco con el capitán Swan, dejando el barco en poder de los marineros. El 31 volvieron al pueblo 2 canoas que andaban en el río Tomaco. Hicieron un recorrido de 7 u 8 millas río arriba y no encontraron más que una casa española, que supieron pertenecía a una señora residente en Lima; en esta su otra casa tenía sirvientes que compraban oro a los indios, pero apenas vieron a los nuestros salieron huyendo. Los hombres hallaron varias onzas de oro en unas calabazas.

El 10. de enero de 1685 partimos de Tomaco para la Isla del Gallo. Nos llevamos a don Diego y 2 canoas pequeñas, y mientras íbamos hacia allá los de una canoa se apoderaron de un barco correo que iba de Panamá a Lima. Sus tripulantes españoles tiraron al agua un paquete de cartas atado a una cuerda y una boya que los nuestros recobraron; lo trajeron

con todos los prisioneros a bordo del barco que estaba anclado en la isla. Allí estuvimos hasta el 6 leyendo las cartas, por las cuales supimos que la flota procedente de España estaba en camino a Portobelo, y que el gobernador de Panamá enviaba esas cartas con el fin de que estuviera lista la flota de Lima con su cargamento de plata y oro destinado a España.

La noticia nos alegró muchísimo, y dejamos ir el barco con toda la correspondencia. En vista de lo anterior desechamos el plan de ir a Lavelia (1) Terminamos rápidamente de carenar los barcos para estar listos a interceptar la flota del tesoro del rey de España. El punto escogido para ello fue la Isla del Rey, en el archipiélago de Las Perlas, porque está cerca de Panamá y por allí pasan forzosamente todos los barcos del Perú que van allá. Pensábamos que apostados allí no podríamos dejar de ver la flota. De acuerdo pues con tal resolución zarpamos a la mañana siguiente dispuestos a ejecutar el plan. Componíase nuestra flota de dos barcos y tres botes, que eran: Los barcos de los capitanes Davis y Swan, un bote cargado de materias combustibles e inflamables llamado brulote que se lanza sobre los buques enemigos para incendiarlos, y dos botes pequeños, con guardacostas; uno iba en el barco del capitán Davis, y el otro en el del capitán Swan. Levamos anclas antes de que aclarara el día, con la excepción del capitán Swan que nunca se movió porque sus hombres estaban todos dormidos a la hora de partir, y habiendo subido la marea antes de que despertaran, tuvimos que esperarlos hasta el día siguiente.

El 8 en la mañana avistamos por el oeste una vela. El viento soplaba del sur y nos lanzamos a darle caza; antes de medio día estaba en nuestro poder. Tratábase de un barco de unas noventa toneladas cargado de harina; venía de Trujillo e iba rumbo a Panamá. La captura fue una bendición pues empezaba a escasearnos la harina. Los hombres del capitán Davis protestaron por lo mucho que se le dio al capitán Swan.

Nos movimos con un vivo vientecito en dirección a la isla de Gorgona, situada en unas 25 leguas de la Isla del Gallo. El 19 de enero anclamos al costado oeste de Gorgona (2) en 38 brazas de profundidad, y a menos de dos cables de distancia de la playa. Gorgona es una isla deshabitada que yace en 3° de latitud norte. Es elevada y muy notable por su perfil jorobado. Tiene 2 leguas de longitud por una de anchura; y está a 4 leguas de tierra firme. Frente a su extremo oeste hay una islita. La tierra frente al fondeadero es baja, y tiene una ensenada con buen desembarcadro. El suelo es negro y hondo, en terreno bajo, pero en las faldas de las lomas es de barro rojizo. Crecen aquí árboles corpulentos de varias clases y de perenne verdor. De las tierras altas bajan manantiales que mantienen bien regada

- (1) En Panamá
(2) Perteneciente a Colombia

la tierra. Pueblan sus montes una infinidad de monitos negros, algunos indios cuni, y también hay culebras, aunque no muchas. Y eso es todo lo que ví allí. Dicese que en esta isla llueve casi todos los días del año; pero a mí no me consta. Pero sí puedo decir que el clima es muy húmedo y que llueve muchísimo. Son pocos los días despejados, y la diferencia entre la estación lluviosa y la seca es mínima, sólo que en la estación que se supone ser la seca, las lluvias son poco frecuentes, y más moderadas que en la estación lluviosa, cuando caen cantaradas de agua. Fuera del fondeadero de su lado occidental no hay otro en la isla, y las aguas que la rodean son profundas. La marea sube y baja unos 7 u 8 pies. Cuando baja se cogen almejas en grandes cantidades; los monos vienen entonces a la playa y separan las valvas con las uñas.

Aquí se recogen carretadas de ostras que producen perlas. Se las encuentra en rocas sueltas a 4, 5 ó 6 brazas de profundidad. Estas ostras son más lisas y delgadas que las otras; mas de idéntica forma. Su carne no es dulce, pero sí nutritiva; es tan viscosa como la babosa. Tienen sabor cunífero, si se las come crudas, y cocidas son más sabrosas. Los indios que las pescan por encargo de los españoles las cuelgan en ristras para comerlas secas. La perla se halla en la cabeza de la ostra, entre la carne y la concha. Algunas contienen de 20 a 30 perlititas, que también llaman aljófares, otras ninguna, y en otras más se encuentran una o dos perlas grandes. El interior de la valva es más iridiscente aún que la propia perla. En ninguna otra parte del Mar del Sur las ví, sólo aquí. Se dice que también hay perlas en las Antillas y en Rancho Reyes, o Ranchería. Otros afirman que igualmente las hay en la isla Margarita, cerca de San Agustín, ciudad ésta del Golfo de La Florida. (1) En las Indias Orientales se las halla en la isla de Ainam, cerca del extremo sur de China, y es fama que esas ostras producen perlas más grandes y redondas que las de otras partes. Pescan perlas asimismo en otros lugares de las Indias Orientales, y en el Golfo Pérsico.

En la isla de Gorgona revolvimos la bodega del barco capturado y encontramos unas cuantas cajas de mermelada y tres o cuatro jarras de aguardiente. Todo fue repartido por iguales partes entre los hombres de los capitanes Swan y Davis. Allí llenamos los barriles de agua, y el capitán Swan se pertrechó de harina. En seguida abandonamos en tierra a muchos prisioneros, pero nos quedamos con los principales para dejarlos en un lugar mejor.

El 13 pusimos proa rumbo al archipiélago de Las Perlas. Formábamos ahora una flota de seis embarcaciones: dos barcos de guerra, dos botes, un brulote, y el de la última captura. El viento soplaba muy flojamente, pero era el corriente alisio del sur. La costa frente a la cual cruzábamos es muy baja, pero veíanse en el interior montañas de gran altura.

(1) Golfo de México

WILLIAM DAMPIER

El 16 rebasamos el Cabo Corrientes. (1) Este cabo está en los 5° y 10' de latitud norte; es un acantilado alto con tres o cuatro pequeñas lomas en la cima. Arrostramos allí una fuerte corriente que fluía hacia el norte, pero no sé si esto es siempre así. Un día después de haber pasado el cabo avistamos una pequeña isla blanca hacia la cual enfilamos creyéndola una vela; hasta que nos acercamos vimos nuestro error

El 21 tuvimos a la vista el Cabo Garanchiné. Esta punta está situada en 7° 20' de latitud norte; es tierra alta, pequeña y sin árboles; pero adentro es montuosa. Contra sus rocas rompen las olas. En la propia punta hay bancos de ostras y de almejas.

El archipiélago de Las Perlas queda a 12 millas del cabo. Entre sus islas y el Cabo Garanchiné hay una isla baja y pelada que llaman Gallera, en donde cierta vez el capitán Harris se encontraba repartiendo entre sus hombres el oro saqueado en Santa María, cuando de pronto cinco barcas españolas, aparejadas a propósito en Panamá, le cayeron encima; pero les peleó tan fieramente con sólo una pequeña lancha y unas pocas canoas, que los atacantes se retiraron dejándolo en paz. Allí anclamos y enviamos los barcos a carenarlos en el archipiélago

Estas islas del archipiélago son bajas y montañosas. Quedan a unas 7 leguas de tierra firme, y se extienden a lo largo de 14 leguas; de la ciudad de Panamá distan unas 12 leguas. No sé por qué las llaman también Islas del Rey. En la mayoría de los mapas las nombran a veces Islas de las Perlas. No comprendo el porqué de tal nombre, pues jamás ví una sola ostra allí, ni una madreperla siquiera. La que queda más al norte de todas se llama Pachea, o Pacheque. Esta, que es pequeña, dista 11 ó 12 leguas de Panamá. La de más al sur se llama San Pablo. (2) Fuera de estas dos no sé que las otras tengan nombre todavía, aunque varias son mucho más grandes que aquellas dos. En algunas hay platanares, y en otras arrozales. Los ricachos de Panamá mantienen en ellas negros que atienden los sembrados. Muchas de ellas, sobre todo las más grandes, no están cultivadas a pesar de que su tierra es de exuberante fertilidad, y está poblada de árboles colosales. En estas islas se refugian muchos negros fugitivos que durante el día viven escondidos y en la noche salen a arrasar los platanares. Entre estas islas y tierra firme hay un canal de 7 u 8 leguas de ancho, las aguas son profundas, y el anclaje en todas partes bueno. Las islas están bastante juntas, y los canales intermedios, que son de poca profundidad, forman un laberinto que sólo surcan botes pequeños. En el extremo sudeste de ellas, a una legua de la de San José, hay un excelente lugar para carenar, o para varar embarcaciones. Por su lado norte tiene un buen canal para llegar a ella. La marea sube allí unos diez pies.

(1) En Colombia

(2) San José de hoy.

UN NUEVO VIAJE

Llegamos a este lugar el 25, pero tuvimos que esperar la marea viva para poder reparar los barcos; así que primero hicimos el trabajo de las canoas para que fueran, mientras permanecíamos allí, a piratear por el lado de Panamá. El 27, listas ya, las despachamos con 20 hombres cada una. Al cuarto día regresamos con una presa cargada de maíz, carne en cecina y gallinas. Iba de Lavelia para la ciudad de Panamá. Lavelia es un pueblo que en cierta ocasión quisimos asaltar. Es bastante grande y queda en la margen de un río por el norte de la bahía de Panamá, a seis o siete leguas del mar.

Natá es otra población como aquélla, pero situada en una llanura cerca de un brazo del mismo río. En estos pueblos, y también en otros de la misma costa, crían cerdos, aves de corral y ganado para abastecer a Panamá, que consume la producción agrícola de otros pueblos e islas comarcanas.

La carne y las gallinas de que se incautaron nuestros hombres nos llegaron en momentos muy oportunos, pues desde que partimos de la Isla de la Plata no habíamos comido mucho de eso. La bahía en donde carenamos contiene tres islas por en medio de las cuales entran los barcos; la isla en donde los varamos es una chiquita situada al lado norte de la bahía. Tiene una pequeña playa arenosa, pero las otras son peñascosas; cuando baja la marea se recogen ostras, almejas, lapas y otros mariscos. La lapa es un molusco que vive asido fuertemente a las rocas, y es tan difícil arrancarlas que nosotros las abríamos allí mismo con un cuchillo y sólo le sacábamos la carne, que es por cierto gorda, jugosa, y dulce. Aquí encontramos unas ostras de las comunes en Inglaterra, y de la cual no hay en otra parte de este océano más que aquí, en Punta Garachiné, en Puna y en la costa mexicana de los 23° de latitud norte. Yo conservo un manuscrito de Mr. Teat, primer oficial del capitán Swan, en el cual se habla de la abundancia de ostras que se hallan en el puerto de San Julián, al este y tirando al norte del estrecho de Magallanes; pero no dice qué clase de ostras sean. Aquí hay algunas aves marinas, y no pudimos ver ningún otro animal terrestre. Vimos también palomas. En el resto de las islas de la bahía sí hay toda clase de animales. De manera que nuestra gente iba todos los días en canoa a pescar y a cazar en ellas; pero cierto día fue un hombre sorprendido por españoles emboscados, y llevado preso a Panamá. Desde entonces fuimos más cautos.

El 14 de febrero de 1685 terminamos de carenar los barcos y nos abastecimos de agua y leña. El 15 salimos de las islas y anclamos en el canal que forman ellas y tierra firme, en 25 brazas. La flota española que conduce la plata y el oro no había llegado aún; por tal razón pensamos merodear entre tanto frente a Panamá, que está a unas 25 leguas de donde nos encontrábamos. Al siguiente día zarpamos en dirección a Panamá.

pasando por el canal que forman el archipiélago de Las Perlas y tierra firme. Las diversas formas que toma la costa por aquí hace que la travesía sea muy interesante. Tiene muchas lomas tapizadas de bosques con gran variedad de árboles perennemente verdes. Hay como a una legua de distancia de la costa varias pequeñas islas altas en parte arboladas y en parte áridas que, al igual que el paisaje de tierra firme, da gusto ver. El archipiélago de Las Perlas está al otro lado del canal, y es asimismo un bello panorama. Estas islas, como queda dicho, son llanas y bajas, y su variada configuración se debe a que son formadas por numerosos riachuelos y brazos de mar. El 16 anclamos frente a la isla de Pacheque, en 17 brazas, como a una legua de su costa; al día siguiente nos hicimos a la vela con viento norte-noreste y siempre con rumbo a Panamá.

Cuando estábamos a la altura de la ciudad del viejo Panamá, fondeamos y enviamos una canoa a tierra con aquel nuestro prisionero don Diego de Piñas portador de una carta para el gobernador ofreciéndole canje por el hombre que no había apresado en la isla, según ya dije; y por otro del capitán Harris cogido el año pasado en el río Santa María, cuando venía cruzando el istmo. Don Diego se ofreció a desempeñar la misión en su propio nombre, con la venida del resto de los prisioneros españoles que teníamos en nuestro poder; pero, por un accidente ignorado por nosotros hasta hoy, fue muerto antes de llegar a tierra, según se nos dijo después.

La vieja ciudad de Panamá fue antes floreciente, pero alrededor de 1673 (1) la tomó Sir Henry Morgan, y la redujo en gran parte a cenizas. No ha sido reedificada todavía.

La nueva Panamá es muy bonita. Se asienta junto al mar, a unas cuatro millas de las ruinas de la vieja. Da su nombre a una ancha bahía notable por los grandes ríos navegables que desembocan en ella, algunos de los cuales son muy ricos en arenas auríferas; tiene además varias islas en frente que no sólo rinden pingües beneficios a sus dueños, sino que son un regalo a la vista de los pasajeros y marineros que pasan por allí; ya he descrito algunas. Detrás de la ciudad la selva la ciñe con pequeñas lomas y valles a menos pringados de gran variedad de árboles que en parches dispersos en la llanura parecen isletas. Circunda la ciudad una alta muralla de piedra; dicese que las casas son de ladrillo. Sus techos sobresalen del borde de la muralla. Es una bella ciudad con sus numerosas iglesias y conventos, además de la casa del gobernador y otros edificios de nota. La ciudad, en su conjunto, ofrece una de las más agradables vistas que jamás he contemplado, en América especialmente. Sobre sus murallas han emplazado muchos grandes cañones, la mayor parte de los cuales apuntan hacia el interior del país. Ninguno apuntaba al mar cuando yo estuve allí con los capitanes Sawkins, Sharp y otros, pues para aquel entonces no

(1) En realidad fue en 1671

UN NUEVO VIAJE

temían que llegasen enemigos por el mar. Pero ahora han acordonado la ciudad con piezas de artillería. Debe ella su riqueza a que es emporio de importación y exportación de todas las mercaderías, y a la plata y el oro que pasan por allí cuando lo uno y lo otro van o vienen del Perú, Chile y otras partes del continente; por eso sus bodegas nunca están vacías. En la bahía también nunca faltan barcos. Además, cada tres años, cuando los galeones españoles llegan a Portobelo, de Lima entra a Panamá la flota con la plata y el oro del rey, así como muchos barcos mercantes fletados con toda clase de mercancías, y plata y oro. En esos días la ciudad bulle de comerciantes y caballeros; los marineros se ocupan en descargar los barcos, y las recuas de mulas en transportar todo eso por tierra a Portobelo, y en traer las mercaderías que llegan de España. Pues aun estando así la ciudad de gente y de animales, en ese tiempo no se consigue un solo esclavo ni por ocho reales al día; casa, comida y cama suben de precio hasta las nubes.

Y ya que toco este tema, creo que no estará demás dar al lector cuenta de la flota de galeones españoles que cada tres años llega a las Indias Occidentales. El primer puerto a que entran es Cartagena, de donde, según se me ha dicho, se envía inmediatamente un expreso por tierra a Lima y otro por agua a Portobelo, con dos paquetes de cartas; uno para el virrey de Lima y el otro para el de México. No sé qué camino toma el que va a México después de llegar a Portobelo, si va por agua o por tierra; me parece, sin embargo, que ha de ir primero por agua a Veracruz y de allí por tierra a la ciudad de México. El destinado a Lima cruza primero el istmo de Panamá, y de allí continúa por agua a Lima.

Al mencionar estos paquetes ruego se me permita adelantarme, y hacer saber al lector que antes de mi primer viaje al Mar del Sur con el capitán Sharp (y que fue antes que cualquier otro pirata excepto el francés La Sound que por orden del capitán Wright había llegado hasta la población de Chepo donde fue rechazado), yendo el capitán Coxon y otros tres o cuatro piratas más, a unas cuatro leguas al este de Portobelo, nos apoderamos de los paquetes de cartas que iban destinadas a Cartagena. Abrimos muchas de ellas dirigidas a los comerciantes. Decían algunas enviadas por negociantes de varios lugares de España a sus corresponsales de Panamá y otras ciudades que conforme a una profecía rodante entonces en España, “ese año los piratas ingleses harían grandes exploraciones en las Indias Occidentales, que abrirían una puerta al Mar del Sur”, puerta que en aquel entonces se suponía inexistente. Esas cartas, pues, alertaban a sus amigos contra nosotros.

La puerta aludida debe ser el paso a través de esta tierra de los naturales de Darién que de cierto tiempo acá se han hecho amigos nuestros, y enemigos de los españoles, con quienes antes estaban de buenas. Y en consideración a las frecuentes invitaciones que desde hacía algún tiempo

nos venían haciendo estos indios a fin de que usáramos su territorio para atacar a los españoles en el Mar del Sur, comenzamos a estudiar el ofrecimiento, resolviendo realizar el intento en compañía de los capitanes Sharp, Coxon y otros. De modo pues que, habiendo leído las cartas, dimos vida a tales planes aprovechándonos del temor supersticioso de los españoles a esas profecías, o conjeturas, o lo que fueren. En fin, resellamos casi todas las cartas y les dimos curso a Portobelo.

La ocasión en que hicimos por primera vez amistad con estos indios fue esta: Hará unos 15 años, navegaba el capitán Wright aquellas costas e iba en aguas del archipiélago de San Blás en busca de tortugas y pescado, cuando capturó a un joven indio que canaleteaba su canoa. Lo llevó a bordo de su barco poniéndole por nombre John Gret, y lo vistió a la usanza europea para criarlo entre ingleses. Pero los arponeadores miskitos, a quienes el muchacho cayó bien, se lo pidieron al capitán para llevárselo a su tierra en donde le enseñaron el oficio de ellos, y se casó con una miskita. Aprendió a hablar el miskito como también había mal aprendido el inglés con los hombres del capitán Wright, idioma que mejoró con los miskitos que por su relación con nosotros más o menos lo dominan; y así casi fue olvidando su propia lengua. Vivió con ellos durante muchos años, hasta que unos seis u ocho meses antes de habernos apoderado de las benditas cartas, el capitán Wright que pirateaba entre las islas de San Blás capturó a un indito de unos 10 ó 12 años, hijo de un hombre de cierta prominencia entre los indios de allí, y teniendo el capitán necesidad de un arponeador partió a la costa de la Mosquitia en busca de John Gret que ya era muy experto en ese arte. Gret se alegró mucho de ver a su paisanito y se le ocurrió decirle al capitán que tratara de hacerse amigo de esos indios, cosa que nuestros piratas habían anhelado siempre, pero que no se atrevían a intentar por temor a su gran número y a su notoria ferocidad. Pero John Gret se ofreció al capitán ir él mismo a aquella tierra y negociar un arreglo, y aceptada la propuesta lo envió allá en su canoa. Estando ya cerca de la playa vio una multitud de indios que con el arco tendido le apuntaban. En esto John Gret, que vestía sólo un mandil —como es de uso entre los miskitos— se lanzó de la canoa al agua y nadó hasta la playa. Los indios entonces, oyendo que les hablaba en su propia lengua (que había vuelto a aprender conversando con el muchacho) lo dejaron pisar tierra y lo rodearon para oír lo que tuviera que decirles. Les contó su historia diciéndoles que era paisano de ellos, que años antes se lo habían llevado los ingleses, y que lo habían tratado muy bien; que era un error temer y odiar a esa gente que no eran enemigos suyos, pero sí de los españoles. Para confirmar su historia les dijo que los ingleses estaban tratando muy bien al chico que se habían llevado últimamente, que lo veían como si fuera hijo de ellos. El padre de ese jovenito era uno de los que estaban allí en la playa. Hablándoles así les indujo a ligarse con gente tan amigable, y que con su ayuda podrían vencer a los españoles. Le garantizó al padre del niño que si se iba con él al barco,

anclado entonces junto a una isla (que desde allí podían verlo pues se trataba de la Isla del Tesoro, la más oriental del grupo de las San Blás) recobraría a su hijo, y que todos serían muy bien recibidos a bordo. Convencidos de su sinceridad, 20 ó 30 indios se fueron al barco en dos o tres canoas llevando plátanos, gallinas, Etc. El capitán Wright los recibió espléndidamente; luego bajaron a tierra y cambiaron regalos de amistad. El capitán devolvió al padre su muchacho trajeado elegantemente a la inglesa en vestido hecho exprofesamente para él. Allí mismo pactaron los ingleses con los indios, que los invitaron a cruzar su territorio con rumbo al Mar del Sur.

Conforme a lo convenido, cuando los ingleses quisieran penetrar en ese territorio a realizar cualquier plan contra los españoles, o simplemente a comerciar con los indios, debían hacerles desde el barco una señal determinada. Pero sucedió que Monsieur La Sound, el capitán francés que era entonces uno de los hombres de Wright, cogió la clave, y cuando se encontraba en Petit Goaves, a donde el capitán Wright había llegado poco después de la celebración del pacto con los indios, se la dio a otro pirata francés. Este, a la cabeza de 120 hombres penetró en el territorio y atacó sin éxito el pueblo de Chepo. Los indios no sabían distinguir todavía entre ingleses y franceses.

De tan mínimos acontecimientos como fueron la interceptación de aquella correspondencia y del pacto de amistad concertado con indios por mediación de John Gret, surgió el rebullicio que ha causado el paso de los piratas a las costas del Mar del Sur. Sin embargo, esta amistad pudo haber muerto en su infancia, porque pocos meses después llegó a esas costas un velero inglés procedente de Jamaica, y John Gret, que para entonces había pasado a ser uno de los prohombres de aquellos indios, junto con cinco o seis de su misma jerarquía, subió a bordo del velero trajeado con su manto de nobleza, vestidura que usan ellos en tales ocasiones. Habiendo sido recibidos a bordo, esperaban encontrar a todos amigables, y John Gret les habló en inglés; pero estos ingleses, que no sabían nada de lo ocurrido, los apresaron para llevárselos a Jamaica y venderlos como esclavos a 10 ó 12 libras esterlinas (precio corriente). Pero John Gret y compañeros, dándose cuenta de esto, se lanzaron al agua y allí fueron todos muertos a tiros por los de a bordo. Los indios de tierra nunca supieron del caso, pues que de haberse enterado, nuestra amistad con ellos hubiera peligrado. Algún tiempo después, en conversación con esa pobre gente, nos preguntaron por el paradero de sus paisanos. Les dijimos no saber nada; y ya había pasado mucho tiempo de eso. Terminaron creyendo que habían muerto en algún combate con los españoles.

Pero volvamos a los movimientos de la flota que dejamos en Cartagena. Después de una permanencia allí de más o menos 60 días, según mis cuentas,

zarpa para Portobelo en donde se queda unos 30 días, no más. Al recibir el virrey de Lima el aviso de que la flota está en Cartagena, envía inmediatamente el tesoro del rey a Panamá, en donde se le lleva a tierra para ser transportado a Portobelo apenas se sepa que la flota ya está allí. Esta es en parte la razón de por qué despachan tan pronto a Lima el expreso; para que cuando la flota llegue a Portobelo, el tesoro y las otras mercaderías estén listas en Panamá a fin de enviarlo todo en recuas de mulas, y lleva algún tiempo descargar la flota de Lima, pues esos buques no entran hasta Panamá, sino que a las Perico, que son tres islitas distantes dos leguas de aquella ciudad. Dícese que el tesoro del rey asciende por lo general a 24 000 000 de piezas de a ocho, y esos mismos barcos llevan las grandes cantidades de dinero que envían los comerciantes de Lima y Panamá. Todo ese tesoro se transporta a través del istmo a lomo de mulas, como ya se dijo; para esos animales hay grandes establos en Panamá y Portobelo. A veces los comerciantes, para evadir el justo aforo de la aduana envuelven el dinero en fardos de mercancías baratas y así lo envían a la villa de Venta de las Cruces, sobre el río Chagres, y de allí va todo en bongos río abajo hasta Portobelo; en esta operación se emplea una numerosa flotilla de bongos y piraguas. Los comerciantes que no están listos para partir treinta días después de la llegada de la flota corren el peligro de quedarse, pues los galeones levantan anclas al mes completo de haber llegado. Mas algunas veces, a muchos ruegos, se queda la flota una semana más, ya que es imposible, por falta de brazos, que los comerciantes estén todos listos para la primera fecha señalada. Cuando la flota de galeones zarpa al fin de Portobelo, va de vuelta a Cartagena, y ya para entonces tienen allí listo las rentas del rey. Aquí vuelve a encontrarse con los otros un barco grande que llaman Patache, que es uno de los galeones españoles, el cual antes de la primera llegada de los otros a Cartagena se separa de ellos con el fin de ir a recaudar tributos en la costa, recalando en la isla de Margarita y otros lugares en su viaje a Cartagena, como son La Guaira, Maracaibo, Riohacha y Santa Marta; poblaciones todas en las cuales colecta lo que pertenece al tesoro del rey. De Cartagena parte la flota para La Habana en donde se une a la flotilla de unos pocos barcos que van a Veracruz a recoger los productos de ese puerto y del resto de México, así como también lo que por mar ha llegado durante el año precedente de las Islas Filipinas; y una vez reunidos con el resto de los navíos en La Habana, zarpa toda la flota para España por el derrotero del Golfo de México. Los barcos del Mar del Sur se quedan mucho tiempo más en Panamá antes de regresarse a Lima. Los comerciantes y caballeros llegados de Lima, se están el menos tiempo posible en Portobelo, que es un lugar muy insalubre, y que para entonces se llena de hombres de todas partes. En Panamá, en cambio, no hay nunca tanta aglomeración de gente y se disfruta de una brisa marina agradable que generalmente se levanta entre 10 y 11 de la mañana y continúa hasta las 8 ó 9 de la noche; en seguida comienza a soplar el viento terral que dura hasta las 8 ó 9 de la mañana.

En las inmediaciones de Panamá no hay selvas ni pantanos, sólo tierras secas y de primera calidad, sin brumas ni nieblas. La estación lluviosa —que allá es el invierno— comienza a fines de mayo y se prolonga hasta noviembre. Durante ese tiempo la brisa marina sopla del sur-suroeste, y el viento terral entra del norte. En el verano, —que es allá la estación seca— los vientos son más comunes del este-noreste y del norte. Pero en la bahía a menudo soplan del sur. En la propia ciudad de Panamá no llueve tan fuertemente como a los lados de la bahía, salvo en los meses de junio, julio y agosto que sí caen recios aguaceros. Los caballeros que llegan a Panamá, en esos meses especialmente, se pelan muy corto para librarse de las fiebres, pues el lugar es, para ellos sobre todo, muy malsano, ya que llegan de un país en donde nunca llueve ni se nubla durante el día; allá se mantiene el cielo siempre despejado; pero yo sostengo que esta ciudad de Panamá es tan salubre como la más de cualquier país. Y hasta aquí lo que tengo que decir de ella.

El 20 zarpamos y fuimos a fondear a una legua de las islas Perico (las tres islitas rocosas ya mencionadas) a esperar allí la respuesta del gobernador de Panamá a una carta que, como dije antes, le enviamos con don Diego, referente al canje de prisioneros. Este día fue el fijado para que regresara con la respuesta, según palabras que nos dio. El 21 tomamos otra barca fletada de puercos, gallinas y carne en cecina; venía de Lavelia con destino a Panamá. En la tarde enviamos con un joven mestizo otra carta al gobernador, y 3 ó 4 copias más para ser distribuidas entre gente del pueblo. Esta carta, plena de amenazas, junto con lo que le habíamos mandado a decir con don Diego, produjo tanta conmoción que la alarma cundió en toda la ciudad. El gobernador mandó inmediatamente a un caballero que vino a bordo con la propuesta de canjear el barco cargado de harina que habíamos tomado en la isla del Gallo, más todos los prisioneros españoles que teníamos, por dos hombres nuestros que ellos tenían en su poder. La respuesta de nuestro capitán fue que el canje tendría que ser hombre por hombre. El comisionado dijo que no tenía autorización para convenir en eso, y que si esperábamos un día más nos traería la respuesta del gobernador. Al día siguiente volvió con nuestros dos hombres, y le dimos como 40 prisioneros.

El 24 partimos rumbo a la isla de Taboga. Esta está en la bahía, y queda unas seis leguas al sur de Panamá. Mide alrededor de tres millas de longitud por 2 de ancho; es una isla de montañas altas. Por el norte declina gradualmente hacia el mar. El suelo de sus riberas es negro y hondo, pero en lo alto de la montaña es duro y seco. Por el norte es hermosamente amena, parece un huerto de frutas enclaustrado entre árboles elevados; abundan allí los plátanos y bananos. Estos se dan mejor al pie de las montañas y en sus faldas, pues más arriba son pequeños, como si fueran así por falta de humedad del suelo. Junto al mar hay muchos cocoteros

que son un regalo a la vista En los cocales crece también el mamey, árbol de gran porte y muy derecho; no tiene nudos, y pasa su altura de 60 y 70 pies. Su copa se expande en muchas pequeñas ramas gruesas. Su corteza es de un gris oscuro, rugosa y gruesa, con muchos cortes naturales Su fruta es más grande que el membrillo, redonda y de gruesa cáscara color plumizo. Cuando la fruta está madura, la cáscara es amarilla y dura, y se pela como si fuera cuero; pero antes de madurar es quebradiza Su jugo es entonces blanco y viscoso. Pero no es así cuando la fruta está madura; su pulpa es en tal momento amarilla como la zanahoria, y en medio tiene dos semillas grandes, rugosas y ahovadas, pero chatas de un lado, y tan grandes como una almendra. La fruta es muy olorosa, y su sabor corre a la par de su fragancia El suroeste de la isla no ha sido nunca desmontado; tiene mucha madera para leñas, y gran diversidad de árboles. En la falda de la montaña nace un manantial que fluye por entre los frutales y va a morir al mar, por el norte Hubo un pueblo pequeño a la orilla del mar, con una iglesita, pero ahora está casi todo en ruinas, obra de los piratas. Frente al pueblo hay un buen fondeadero, como a una milla de la playa y con 16 brazas de profundidad; por el noroeste está la islita llamada Taboguilla, con un canalito entre ella y el pueblo. Como a una milla del noroeste de Taboga hay otra islita boscosa con un pequeño canal entre ellas Esta isla no tiene, que yo sepa, ningún nombre todavía.

Anclados en Taboga estábamos cuando se nos presentó un supuesto comerciante de Panamá que quiso jugar nos una treta muy sucia so pretexto de entrar secretamente en negocios con nosotros; cosa esta última muy usual en los comerciantes españoles del Mar del Norte y del Sur también, a pesar de la severa prohibición de los gobernadores, los que suelen hacerse de la vista gorda y hasta entrar en convivencia con los mismos piratas Pues bien, este comerciante convino en traer de noche una barca cargada de mercancías, y nosotros en ir a fondear al sur de las Perico. Y se apareció en un brulote (barco cargado de combustibles y materias inflamables) en vez de la barca que había dicho, poniéndose de largo al habla con nosotros y dando el santo y seña convenido. Pero nosotros, sospechando de él, le dijimos que se acercara más a fondear, y al no hacerlo así, le dejamos ir un tiro. Inmediatamente sus marineros se lanzaron al agua en botes prendiendo fuego al brulote que estalló cerca de nosotros. Rompimos entonces el cable del ancla y escapamos del peligro

El español no fue tan astuto para adivinar que a nosotros nos convenía la cita en las Perico, porque disponiendo allí de todo el mar podíamos en caso necesario maniobrar a nuestro antojo y conveniencia; y, en cambio, de haber sido la cita en aguas de la isla de Taboga, el viento terral, soplando fuerte como sopla allí, nos hubiera hecho presa de las llamas del brulote, o al romper los cables del ancla habríamos sido empujados a los arrecifes de la costa. Pero yo creo que escogieron las aguas de las Perico como

escenario de su pretendida hazaña, en parte porque podían escurrirse entre las islas, y en parte también porque, si el plan les fallaba, podían librarse mejor de nuestras canoas huyendo a Panamá, a sólo dos leguas de allí.

Durante el desarrollo de este suceso, el capitán Swan, cuyo barco era más pequeño que el nuestro, y por supuesto no interesaba tanto a los españoles, fondeó una milla más allá con una canoa en la boya de su ancla, como temiendo una añagaza del supuesto comerciante; y poco antes que el brulote estallara vio una pequeña balsa en el mar con un hombre en ella —según pareció— dirigirse hacia su barco; pero el hombre de repente se echó al agua como temeroso de haber sido visto.

Supusimos que ese hombre llevaba algún material inflamable para colocarlo en el timón. Eso le habían hecho al capitán Sharp anclado a la sazón en la bahía de Coquimbo, (1) y de no haber sido descubierto por pura casualidad, le hubieran incendiado el barco. Yo andaba entonces con aquel capitán. Al ver el capitán Swan las llamas cerca de nosotros, él también cortó sus amarras y lo mismo hicieron los de la canoa de la boya; y así pasamos navegando toda la noche, más asustados que malferidos. El brulote incendiado derivó hacia Taboga, sin quemarse del todo pero sí envuelto en una espesa humareda, pues el trabajo de pegaile fuego no había sido bien hecho, aunque era obra del capitán Bond. Este inglés, después de piratear con los capitanes Eaton, Morton y Sharp, se pasó a los españoles por cierto disgusto con aquéllos.

Los españoles de Panamá no hubieran podido ellos solos acondicionar el brulote con el fin deseado sin la ayuda de Bond, pues aunque parezca extraño decirlo, esa gente es completamente ignorante en materia de marinería. Construyen, sin lugar a dudas, buenos barcos, pero esto es secundario, pues cualquier embarcación bien hecha navega bien en estos mares. Aparejan sus barcos desmañadamente; los que surcan esas aguas meridionales no llevan más de 3 ó 4 cañones, y sus pertrechos son escasos. Son incapaces de hacer un buen brulote ni otro artefacto semejante. Más aún, no pueden hacer que sus cañones, al ser disparados, se deslicen o retrocedan, pues los colocan en plataformas fijas en donde los artilleros los cargan; de suerte que cuando en las batallas logramos aproximarnos a ellos los despachamos con armas de corto alcance desde los botes y canoas. Y la razón principal de todo esto es que los españoles son muy orgullosos para hacer de simples marineros, oficio que dejan a los indios. Puede que sea un español quien capitanea el barco tan sólo porque sabe un poco más que aquellas pobres criaturas ignorantes. Tampoco son muy expertos en cosas de mar porque son contadas las veces que se atreven a internarse en los océanos; se limitan a bordear las costas.

(1) En Chile

Pero sigamos. En la mañana cuando aclaró volvimos a fondear cerca de nuestras boyas, y tratamos de recuperar las anclas, pero los cables, que estaban en mal estado, se habían roto. Mientras escudriñábamos en el fondo del mar en busca de las anclas, avistamos muchas canoas llenas de hombres que navegaban entre Taboga y la otra isla. Nuestra sorpresa fue grande. Nos quedamos quietos por un rato, hasta que los vimos venir hacia nosotros; entonces pusimos proa a toparlos, y cuando llegamos a distancia de poder oírlos descubrimos que eran piratas ingleses y franceses que procedentes del Mar del Norte habían cruzado el istmo de Darién. Eran 280 hombres en 28 canoas; 200 franceses y el resto ingleses. Traían por capitanes a Gronet y a Lequie. Volvimos a fondear y subimos todas las canoas a bordo. Nos dijeron que en tierras de Darién habían quedado 180 ingleses más al mando del capitán Townley construyendo canoas para venirse al Mar del Sur. Todos los ingleses fueron inmediatamente acogidos en los barcos de los capitanes Davis y Swan, y a los franceses se les dio el barco que teníamos cargado de harina, con Gronet, que era el mayor de todos ellos, como capitán, y así todos quedaron contentos. El capitán Gronet, en retorno de tanta benevolencia, les ofreció a los capitanes Davis y Swan una patente de corso a cada uno extendida por el gobernador de la isla de Petit Goaves. Desde muchos años antes el tal gobernador venía extendiendo esas patentes en blanco a muchos de sus capitanes con facultad para disponer de ellas a su arbitrio. En esa forma Petit Goaves se convertía en santuario y madriguera de esa ralea de temerarios buscadores de fortuna, los gobernadores acrecentaban su fortuna y crecían en reputación. El capitán Davis la aceptó, pues la que tenía era ya vieja, habiéndola obtenido por herencia a la muerte del capitán Cook, quien a su vez la había recibido del capitán Tristán, junto con su barca. Pero el capitán Swan la rehusó diciendo que él tenía orden del duque de York de no agraviar a los españoles, ni dejarse agraviar por ellos, pero habiendo sido su víctima en Valdivia, (1) en donde le habían muerto a algunos hombres, y herido a otros más, él creía tener ya patente para actuar por cuenta propia. Yo nunca leí una de esas patentes de corso mientras anduve espumando en esos mares, ni tampoco les di importancia, pero de entonces para acá he logrado saber que su tenor es de libertad de pescar y de cazar. La razón de ellos es que la isla La Española, en donde está la guarnición de Petit Goaves, pertenece en parte a Francia y en parte a España; y en tiempos de paz se dan esas patentes a individuos de ambas partes para protegerse del bando contrario. Pero la verdad es que los franceses no limitan sus actividades al territorio y aguas de La Española, sino que extienden los derechos que les concede la patente a vendimiar en cualquier parte de América, sea en agua o en tierra.

Dispuesto ya lo conveniente con respecto a nuestros nuevos camaradas, nos aprestamos a tomar el rumbo del Golfo de San Miguel en busca del

(1) En Chile.

capitán Townley, a quien ya suponíamos navegando en nuestras mismas aguas. Por consiguiente, el 2 de marzo de 1685 enfilamos hacia allá. Este golfo queda unas 30 leguas al suroeste de la ciudad de Panamá. De Panamá se llega allí pasando entre el archipiélago de Las Perlas y tierra firme. Allí desaguan muchos grandes ríos. Al sur tiene a Punta Garachiné, situada en los 6 y 40' de latitud norte, y por el norte al cabo San Lorenzo. Y, a propósito, quiero corregir aquí un craso error que aparece en los mapas; no se le da ningún nombre al Cabo Sur, que sin embargo es el más notable, y es la verdadera Punta Garachiné, y dan ese nombre al Cabo Norte, que es insignificante, salvo para los que tienen negocios en el golfo; y el nombre San Lorenzo, que es el verdadero nombre de esta punta septentrional, lo omiten completamente; en su lugar ponen el nombre de la otra punta. Los principales ríos que desembocan en el golfo de San Miguel son: el Santa María, el Zambo y el Congo. El Congo, aquel que sugerí a nuestros camaradas que tomáramos para cruzar el istmo —según queda dicho en el Capítulo I— baja directamente del interior del país, se nutre de muchos riachuelos que le caen por sus dos bandas, y desemboca al lado norte del golfo, a una milla del cabo San Lorenzo. No es muy ancho, pero sí profundo, y practicable por algunas leguas. Sus riberas son arenosas, pero tiene un canal para la navegación. Los españoles no lo utilizan porque cerca de él está el río de Santa María, el cual navegan más por su cercanía a las minas de oro.

El Zambo parece ser un gran río por la fuerte marea de su boca, pero yo no puedo decir nada de él por no haber estado nunca allí. Este río desagua en el mar al lado sur del golfo, cerca de Punta Garachiné. Entre las bocas de estos dos ríos, el golfo se adentra en tierra estrechándose, y dentro de él hay cinco o seis islitas pobladas de árboles grandes de perpetuo verdor; buenos canales las entrecruzan. Más allá de ellas sigue el golfo estrechándose hasta formar dos puntas de manglares tan juntas una de otra que hacen un como estrecho de casi media milla de ancho. Esto forma una entrada a lo más interior del golfo, que es una bahía profunda, en cuyo extremo oriental están las bocas de varios ríos, el principal de los cuales es el de Santa María. Hay otros riachuelos en esta estrechura, pero ninguno es navegable. Es por esta razón que el guardacostas español de que hablé en el Capítulo I prefiere estacionarse entre estas dos puntas, pues cree que es el único lugar por donde intentaríamos pasar, ya que en verdad es la ruta generalmente preferida por los piratas, por ser la más corta entre el Mar del Sur y el Mar del Norte. El Santa María es el río más grande de este golfo. Es navegable por ocho o nueve leguas, que es hasta donde sube la marea. Más arriba se ramifica en muchos canales adecuados sólo para bongos. La marea sube y mengua en este río unos 18 pies.

A unas seis leguas de la boca, por su banda sur, hace 20 años cuando los españoles descubrieron las minas de oro allí, fundaron la ciudad de

Santa María, con el mismo nombre del río. Esta población fue tomada por los capitanes Coxon, Harris y Sharp; estaba entonces recién edificada; de aquellos días para acá ha crecido mucho, pues cuando el capitán Harris (sobrino del anteriormente mencionado) la tomó, halló en ella toda clase de tiendas de comercio atestadas de harina, vinos, barras o palancas de hierro, palas, piquetas y otros muchos utensilios de esos; eran instrumentos que los esclavos utilizan en sus trabajos de minería, pues además de las pepitas de oro que hallan en las arenas que zarandean, sacan guijarros enteros incrustados entre las rocas. Yo ví cantos rodados de oro del tamaño de un huevo de gallina traídos de allá por el capitán Harris (su botín fue de 120 libras), y me dijo que habían encontrado guijarros mucho más grandes todavía, pero para repartir equitativamente el botín habían tenido que trozarlos. Estos cantos rodados, a decir verdad, no son de puro oro, pues tienen en su interior burbujas y poros llenos de polvo o tierra. La población no está lejos de las minas, en donde los españoles mantienen un gran número de esclavos que trabajan en el verano; y sólo entonces, pues en el invierno, que es la estación lluviosa, el desborde de los ríos impide trabajar bien. Pero como las minas están cerca de las montañas, después que los ríos se llenan vuelven rápidamente a secarse; entonces es cuando se entresaca el oro de la arena. Y es que las corrientes que forman las lluvias acarrear el oro a los ríos, en cuyo fondo se asienta. Es en ese tiempo que los indios de las zonas auríferas recogen la mayor parte, y los españoles les compran mayor cantidad aún de la que los esclavos sacan con su laboreo. En los días que el capitán Gronet entraba en este mar, el capitán Townley labraba canoas en la población de Santa María que ya los españoles habían abandonado.

En la banda norte de la boca del río de Santa María hay un pueblo nuevo que se llama Escuchaderos. Como está en un paraje despejado circula allí el aire más libremente que en las minas, y hasta más aún que en la misma población de Santa María, en donde sus pobladores se sienten sofocados por la falta de aire puro.

En las inmediaciones de estos ríos, y especialmente en las cercanías del mar, las tierras son bajas, hondas y negras, y sus árboles gigantescos y muy gruesos. Y esto es todo lo que tengo que decir del golfo de San Miguel, hacia donde íbamos.

El dos de marzo, como ya dije, zarpamos de la isla de Perico, y la misma noche fondeamos otra vez en la de Pacheque. El tres salimos enfilando hacia el golfo. El capitán Swan emprendió la búsqueda del capitán Townley y de sus hombres. Por tal razón se fue costeano, pero el resto de los barcos se mantuvieron cerca del archipiélago de Las Perlas. El capitán Swan quiso ir por allí porque deseaba enviar con los indios, a través del istmo, cartas a Jamaica, cosa que hizo. A los indios mensajeros les ordenó

llevar sus cartas y entregarlas a cualquier barco inglés en el otro mar. A las dos de la tarde estábamos otra vez cerca del lugar en donde calafateamos los barcos. Allí vimos venir dos embarcaciones que resultaron ser del capitán Townley Venían del Río de la Noche, y habían apresado dos lanchas en ruta a Panamá; una llevaba harina, y la otra vinos, aguardiente, azúcar y aceite Los prisioneros que hizo le informaron que la flota de Lima estaba a punto de salir de allá Anclamos entre las islas del archipiélago de Las Perlas, y al otro día el capitán Swan regresó del río Santa María, habiendo sido enterado por los indios de que el capitán Townley llegaría al archipiélago de Las Perlas. En este lugar el capitán Townley descargó gran parte de las mercancías que llevaba para hacerles lugar en el barco a sus hombres. Repartió entre los barcos vinos y aguardiente para que los bebieran en seguida porque necesitaba las jarras vacías para llenarlas de agua. Los españoles de estos mares embotijan sus vinos, aguardiente y aceite en jarras de 7 a 8 galones Cuando quiera que recalán en Pisco, población situada unas 40 leguas al sur de Lima y famosa por el vino de ese nombre que produce, no fletan más que jarras de vino, y las arpillan de tal modo que nosotros no podríamos hacerlo sin romperlas Ellos no obstante, las acomodan en sus barcos en tal forma que pueden apilar de 1.500 a 2 000 jarras, sin romper una casi El 10 capturamos una lancha pequeña procedente de Guayaquil; no llevaba más que su lastre El 12 llegó una canoa de indios que venía del río Santa María y nos dio la noticia de que del Mar del Norte venían cruzando el istmo 300 piratas ingleses y franceses El 15 tomamos una lancha con cinco o seis ingleses a bordo, perteneciente al capitán Knight, quien llevaba cinco o seis meses de andar merodeando en el Mar del Sur, encontrándose al presente en la costa mexicana. Allí vió él esta lancha, pero no habiendo podido darle caza en su navío, destacó a esos cinco o seis hombres en una canoa que sí lograron apresarla, pero una vez hecho ésto la cerrazón de la noche que se les vino encima les impidió volver al barco. Esa era la razón por la cual se habían venido a la Bahía de Panamá pensando volverse al Mar del Norte, pero que dichosamente se habían encontrado con nosotros. El istmo de Darién era ya un camino trillado por los piratas que lo recorrían a su gusto y antojo de uno a otro mar Esta lancha del capitán Knight llevaba 40 ó 50 jarras de aguardiente; las capitaneaba Mr Henry More, pero el capitán Swan, queriendo ascender al capitán Harris, hizo que Mr. More se la entregara, argumentando que muy posiblemente esos hombres fueran desertores. Mr. More no se opuso y pasó al barco del capitán Swan como uno más de sus tripulantes.

Estábamos ya en la última parte del verano, y las fuentes de agua dulce que al llegar nosotros abundaban en el archipiélago de Las Perlas, estaban secas Nos vimos obligados entonces a ir a Punta Garachiné con el propósito de hacer aguada allí. El capitán Harris que ya era comandante de la nueva lancha, salió para el río de Santa María a ver si encontraba a los piratas ingleses que decían los indios; entre tanto, los demás barcos nos

dirigimos a Punta Garachiné, a donde arribamos el 21 y anclamos a dos millas de ella. Nos recibió un fuerte reflujo del río Zambo. Al día siguiente nos colocamos frente a la punta y fondeamos en dos brazas de profundidad. La marea sube aquí de ocho a nueve pies. Los indios del Zambo vinieron en sus canoas con plátanos y bananos. No sabían hablar ni entendían español, por lo que supongo no tratan con los españoles. Aquí tampoco había agua, así que cogimos el rumbo de Puerto Pinos, situado siete leguas al suroeste de ese lugar.

Puerto Pinos está en los 7º de latitud norte. Llámase así por los pinares que pueblan sus montañas. El terreno es bastante elevado, y va en ascenso hacia el interior. Las tierras costeras tienen montañas muy altas. Los terrenos colindantes con la bahía son bajos en el centro, pero altos y rocosos por ambos lados. En la boca de la bahía hay dos pequeñas islas elevadas, que más bien son peñones desnudos. En las cartas españolas de marear aparece como buena esa bahía, pero está abierta a todos los vientos del suroeste, que durante el invierno soplan allí frecuentemente. Además, la bahía en donde están las islas es pequeña, y su entrada estrecha. No sé qué profundidad tiene.

El 25 nos colocamos frente a la bahía de Puerto Pinos, pero no entramos por considerarla deficiente. Enviamos sí botes a tierra, y los marineros hallaron un manantial de excelente agua fluyendo hacia el mar; pero el oleaje de la rompiente era tan recio que no pudimos llenar los barriles que queríamos. El 26 partimos de regreso a Punta Garachiné. En la travesía nos apoderamos de un barquito cargado de cacao; venía de Guayaquil. El 29 arribamos a Punta Garachiné. Allí encontramos al capitán Harris que había ido al río Santa María, pero no halló a los hombres que buscábamos. No obstante, los indios le informaron que esa gente estaba labrando canoas en el río Santa María. Nos repartimos el cacao de que nos habíamos incautado.

Debido a que no pudimos llenar allí todos los barriles de agua, dispusimos regresar a la isla de Taboga en donde estábamos seguros de hallarla. Así, pues, el 30 partimos para allá los nueve barcos que éramos empujados por un vientecillo del sur-suroeste. El 1o. de abril, yendo por el canal que separa el archipiélago de Las Perlas de tierra firme, tuvimos un fuerte temporal con relámpagos y algo de lluvia. En la tarde despachamos cuatro canoas adelante a traer algunos prisioneros de la isla de Taboga para interrogarlos acerca de ciertas cosas que queríamos saber, y al día siguiente seguimos viaje. El 3 por la tarde fondeamos frente a la isla de Perico, y a la mañana siguiente proseguimos hacia Taboga; allí encontramos a las cuatro canoas. Habían llegado de noche y se habían apoderado de una canoa con un cargamento de plátanos consignado a Panamá. La tripulación cuatro indios y un mulato, quien por habernos dicho que era uno de

los del brulote que intentó pegarnos fuego, fue colgado incontinenti. Los prisioneros nos dijeron que un tal capitán Bond, inglés, había en un tiempo capitaneado la canoa.

Aquí hicimos aguada y rajamos leña. Luego despachamos cuatro canoas a tierra firme con uno de los indios tomados últimamente para que guiara a los hombres hasta un ingenio de azúcar, porque teniendo cacao la necesitábamos para hacer chocolate. Pero lo que más falta nos hacía eran ollas de cobre o hierro, pues que siendo ya tantos los hombres, las pocas ollas que teníamos no daban abasto para cocinar, de modo que tenían que estar continuamente en los fogones; dos o tres días después volvieron con tres ollas.

Durante nuestra permanencia en Taboga salió el capitán Davis en su lancha para la isla de Otoque. Esta es otra de las islas habitadas de la bahía de Panamá, no tan grande como la de Taboga, pero tiene platanares a cuyo cargo están unos cuantos negros. Estos hombres crían cerdos y gallinas para sus amos de Panamá; igual que en el archipiélago de Las Perlas. Por los cerdos y las gallinas fueron allá los hombres; pero por suerte encontraron también un correo expreso que iba en viaje a Panamá con la noticia de que la flota de Lima estaba en alta mar. La mayor parte de las cartas las habían arrojado al mar para que no las encontrara el capitán Davis, pero pudo apoderarse de algunas que decían positivamente que la flota venía con toda la fuerza que se había podido reunir en el Virreynato del Perú. Sin embargo, traía órdenes de no pelear con nosotros, si no se veía obligada a ello. Mas la flota buscó pelea después de haber desembarcado en Lavelia el tesoro que traía; antes, en Lima, los pilotos habían preguntado qué derrotero debían tomar para no toparse con nosotros.

Para satisfacción de los curiosos, inserto aquí la resolución tomada por el Comité de Pilotos, según nos la tradujo del español uno de nuestros camaradas. Son dos cartas; la primera dice así:

“Señor:

“Estando con Su Excelencia, y habiendo oído leer la carta del capitán Miguel Sánchez de Tena, en la cual dice que habrá una reunión de pilotos de Panamá en dicha ciudad, dicen que este no es aún el tiempo, poniendo como objeción las Islas Galápagos. A lo cual contesté que fue por temor al enemigo, y que bien podrían tomar esa ruta. Esto mismo se lo dije a Su Excelencia, quien me autorizó a escribir acerca del rumbo que debían tomar, y que es este:

“El día que tengan que salir deben seguir el derrotero oeste-suroeste; de allí al oeste hasta unas cuarenta leguas mar adentro; luego guardar la

misma distancia por el noroeste hasta llegar a la línea equinoccial, de donde el piloto debe rumbear en dirección a Morro de Puercos, y para la costa de Lavelia y Natá, en donde usted podrá hablar con la gente de allí, y conforme a la información que obtenga puede seguir el derrotero de Otoque, de allí a Taboga y luego a Panamá. Esto es lo referente al derrotero”.

La carta es oscura, pero al lector le toca sacar de ella lo que pueda. Las indicaciones dadas en la otra carta fueron estas:

“La más segura ruta para ir más adelante de Malabrigo es la siguiente: Rumbée usted por el oeste hacia el sur a fin de no ponerse a la vista de la Isla de Los Lobos; (1) y si a causa de los vientos no puede evitarlo cayendo por el sotavento de la latitud de Malabrigo, manténgase a favor del viento cuanto más tiempo pueda, y, de ser necesario, vire de bordo, y busque la costa. Luego cambie de bordada y manténgala asegurándose de no apartarse de su latitud; y cuando ya esté a 40 leguas al oeste de la Isla de Los Lobos, mantenga esa misma distancia hasta llegar a la línea equinoccial. Y después, si el viento lo empuja más lejos, ponga proa hacia el nor-noroeste hasta que llegue a los 3° de latitud norte. Y si acaso en esta latitud encuentra brisa, diríjase derechamente a la costa para llegar a Panamá. Y si en su derrotero llega usted a ver tierra antes de haber rebasado el cabo San Francisco, aléjese de allí para no ser visto por el enemigo”.

El 10 zarpamos de Taboga con destino al archipiélago de Las Perlas otra vez, porque los pilotos nos dijeron que esa era la ruta que siempre tomaba la flota del rey. El 11 anclamos en el lugar en que acostumbramos reparar y carenar. Aquí volvimos a encontrar al capitán Harris que ya había ido por segunda vez al río de Santa María, en donde encontró a los hombres aquellos que los indios había dicho, pero su número resultó menor que el dado por los indios. El 19 enviamos 250 hombres en 15 canoas al río Chepo con la misión de tomarse la población de ese mismo nombre. El 21 todos los barcos, exceptuando el del capitán Harris que se quedó reparándolo, partimos de allí. El 22 arribamos a la isla de Chepelio.

La isla de Chepelio es la más hermosa de todas las de la bahía de Panamá. Está a sólo siete leguas de esa ciudad, y a una de tierra firme. Su longitud es de más o menos una milla y su anchura casi igual; por el norte es baja, y sube gradualmente por el sur. Su tierra es amarilla, de cierta especie de arcilla. Su parte alta es pedregosa, en la baja cultivan sus habitantes toda clase de frutas, como zapotillos, aguacates, mameyes, sonzapotes, caimitos, Etc. En el centro de la isla hay platanares, que si bien la planta no es muy grande, su fruta es en cambio dulcísima

(1) Perteneciente al Perú

El zapotillo es un árbol como el peral, su fruto se parece al bergamoto, en color, forma y tamaño; pero algunos árboles dan un fruto un poquito más grande. Cuando la fruta está tierna recién cortada, el jugo es blanco y viscoso, casi tan pegajoso como la cola; luego la fruta se hace dura, pero después de dos o tres días de haber sido cortada, se vuelve blanda y jugosa, y su jugo es entonces claro como el agua y muy dulce; el interior de la fruta contiene dos o tres semillas negras y de más o menos el mismo tamaño de las de la calabazas. Es deliciosa.

El árbol del aguacate tiene la altura del peral. Su corteza es negra, y muy pulida; las hojas son grandes y ovaladas, y la fruta casi como un limón de gran tamaño. Su color, hasta que comienza a madurar, es verde, luego se torna amarillento. No se lo puede comer hasta dos o tres días después de cortado; entonces se suaviza y la cáscara se pela. Su pulpa es verde, o amarillenta, y blanda como la mantequilla. Contiene una semilla redonda del tamaño de la ciruela. La fruta en sí es insípida, por lo cual suele mezclársela con azúcar y jugo de limón y luego eso se bate en un tazón; el resultado es un plato exquisito. Pero el modo más común de comer el aguacate es poniéndole un poco de sal acompañándolo con plátano asado; para un hombre con hambre esto es un buen sustento. Pero, de cualquier modo que se le coma, es muy nutritivo. Dícese que excita la lujuria, razón por la cual los españoles lo tienen en mucho. Y creo que lo estiman de veras, pues he visto bastantes plantas en muchos lugares del Mar del Norte en donde se han establecido los españoles, como son la bahía de Campeche, la costa de Cartagena y en la de Caracas; y hay también algunos sembrados en Jamaica que se cultivan allí cuando la isla era posesión española.

El árbol del sonzapote es diferente del mamey de la isla de Taboga descrito en este capítulo. No es tan grueso ni tan alto como aquél, y tampoco la fruta es tan redonda ni grande. La cáscara de la fruta es delgada y quebradiza; su pulpa es roja, y contiene una semilla plana, rugosa y alargada. Su sabor es agradable, y es también nutritiva. No la he visto en Jamaica; pero hay sonzapotes en muchos lugares de las Antillas. Conozco otra clase de sonzapote: el silvestre. Su fruta no merece estimación, pero el árbol es recto, elevado y muy duro; se le usa principalmente para mástiles.

El árbol del caimito se parece mucho al membrillo, pero es más corpulento. Es muy frondoso, y su hoja es ancha y ovalada, de color verde-oscuro. La fruta tiene el tamaño de la manzana y está tan cubierta de hojas que es difícil verla. Dicen que es sabrosa; yo nunca la probé. He visto, sin embargo, árbol y fruta en muchos lugares de tierra firme, en el norte del continente y en Jamaica. Cuando los españoles eran dueños de esta isla plantaron allí éste y otros árboles frutales; y se les puede ver en Angles, y en Seven Mile-Walk. He visto allí estos árboles que dejaron los españoles, pero nunca he sabido que los ingleses hayan mejorado los sem-

brados, pues parecen tener poco interés en ellos. La entrada de los barcos a esta isla de Chepelio es por el norte, en donde hay un buen fondeadero a media milla de la playa. Por ese mismo lado hay un pozo cercano al mar, y antes hubo tres o cuatro casas vecinas al pozo, pero actualmente no existe ninguna. Esta isla yace en frente de la boca del río Chepo.

Este río nace en las montañas del norte del país, pero en su fluir hacia el sur lo detiene otra montaña que lo obliga a torcer al oeste quedando encerrado entre ellas, hasta que hallando salida por el suroeste hace como un semi círculo; y después de haber engrosado sus aguas con sus afluentes discurre mansamente hasta el mar desembocando a siete leguas de Panamá. Es un río muy profundo y tiene algo así como un cuarto de milla de ancho; sin embargo, en su boca hay una barra tan atorada de arena que los navíos no pueden salvarla, los bongos sí. A seis leguas tierra adentro hay un pueblo del nombre del río; se asienta en su margen derecha entrando por el mar. Este es el pueblo que ya dije el capitán La Sound intentó tomarse. Las tierras que lo circundan son excelentes, con muchas lomas enmontañadas; pero su mayor parte es llana. Por muchas leguas al sur del río la tierra es selvática. A ese fue el pueblo que enviamos los 250 hombres. El 24 volvieron del río, habiéndose tomado el pueblo sin encontrar oposición; mas tampoco hallaran nada en él. En su viaje allá capturaron un bongo, pero la mayoría de sus tripulantes escaparon hacia una de las islas del archipiélago de Las Perlas; en él andaba gente armada con el encargo de espíamos. El 25 el capitán Harris se nos juntó después de haber reparado su barco. El 26 salimos para Taboga; nuestra flota, incluyendo el barco del capitán Harris, consistía de diez embarcaciones. El 28 arribamos a Taboga, allí interrogamos a los prisioneros con relación a la fuerza militar de Panamá, pues ya nos sentíamos lo suficientemente capaces de asaltar esa ciudad. Eramos cerca de 1.000 hombres; de éstos podíamos desembarcar unos 900, pero los prisioneros nos desalentaron diciendo que allí se encontraban ahora todas las fuerzas del país, y que se esperaban refuerzos de Portobelo; contaban además con la cooperación de los civiles, lo que en total sumaba más que nosotros. Estos datos, añadidos a las defensas que habían levantado en la ciudad, como era su alta muralla, nos hicieron desistir del intento de asaltarla. Estando en Taboga algunos de nuestros hombres incendiaron el pueblo de la isla.

El 4 de mayo volvimos a zarpar de aquí para el archipiélago de Las Perlas, y continuamos merodeando en esas aguas pasando de unas a otras islas, hasta que el 22 los capitanes Davis y Gronet partieron hacia Pacheque, dejando el resto de la flota anclada frente a la isla de San José. De Pacheque enviamos dos canoas a la isla de Chepelio con la esperanza de coger un prisionero; el 25 regresaron con tres. Eran marineros de Panamá. Nos dijeron que los víveres escaseaban mucho y que sus precios eran exorbitantes, al extremo de que los pobres estaban a punto de morir de hambre;

que lo único con que contaban para comer eran los plátanos que ellos diariamente llevaban de las islas, especialmente de las de Chepelio y Taboga. El gobernador de Panamá, siguieron diciendo, había prohibido terminantemente que nadie fuera a traer plátanos a las islas, pero que la necesidad les obligaba a quebrantar la ley. A lo anterior agregaron que la flota de Lima era esperada de un día para otro, y que a la ciudad había llegado la noticia de que el rey Carlos III de Inglaterra había muerto, habiendo subido al trono el duque de York. El 27 llegaron también a Pacheque los capitanes Swan y Townley, pero el capitán Swan salió en su lancha para el archipiélago de Las Perlas en busca de plátanos. La isla de Pacheque es la más septentrional del archipiélago. Es una islita de tierras bajas que mide una legua de circunferencia. Al sur de ella hay unas dos o tres isletas, ninguna de las cuales tiene más de media milla de circunferencia. Entre la de Pacheque y las isletas hay un canalito de unos seis o siete pasos de ancho y una milla de longitud. A lo largo de él escapó audazmente el capitán Townley huyendo de los españoles durante una lucha de la que voy a hablar, sin saber él siquiera si el tal canalito era lo suficientemente hondo o no. En el costado oriental del dicho canalito nuestra flota acechaba a la de Lima en la esperanza de que pasara por allí.

El 28 por la mañana llovió mucho, pues había entrado ya el invierno que de ordinario comienza en mayo o junio. Hasta esa época habíamos tenido buen tiempo con vientos del norte-noroeste, pero desde entonces cambió a vientos del sur-suroeste.

A eso de las once de la mañana aclaró y avistamos desde la isla de Pacheque, como a tres leguas por el oeste-noroeste, a la tan largamente esperada flota española. Navegábamos a una legua del suroeste de la isla entre ella y tierra firme; sólo el capitán Gronet lo teníamos como a una milla al norte, cerca de la isla. Apenas él la vio tendió velas enderezando hacia tierra firme; nos quedamos esperando que virara para venir a juntarse con nosotros, pero sólo pensó en ponerse a salvo.

Los capitanes Swan y Townley subieron a bordo del barco del capitán Davis a fin de ponerse de acuerdo en la forma de hacerle frente al enemigo que venía derechamente a embestirnos. Eran ellos 14 barcos además de las piraguas impelidas por 12 y 14 remos cada una. Seis de sus barcos eran de mucha fuerza; la nave almirante contaba con 48 cañones y 450 hombres; la vicealmirante con 40 cañones y 400 hombres; la contralmirante con 36 cañones y 360 hombres; un navío de 24 cañones y 300 hombres; otro de 18 cañones y 250 hombres; y uno más con 8 cañones y 200 hombres; dos brulotes grandes, seis barcos con sólo armas de corto alcance, con dotación de 800 hombres; además de dos o trescientos hombres en piraguas. Estos datos los obtuvimos más tarde de parte del capitán Knight, quien yendo cierta vez a barlovento de la costa peruana hizo unos prisioneros que le

dieron esos informes, y quienes a su vez los habían obtenido en Lima. Además de esos hombres contaban con centenares más de españoles llegados especialmente de España a Portobelo, de donde partieron a Lavelia a juntarse con los que venían de Lima; y la fuerza que traían de allí era de 3 000 hombres, siendo ello todo lo que pudieron reunir en ese virreynato. Y para mayor seguridad habían dejado el tesoro en Lavelia.

La flota nuestra se componía de diez barcos. Primero el capitán Davis con 36 cañones y 156 hombres, en su mayoría ingleses; el capitán Swan con 16 cañones y 140 hombres, ingleses todos. Estos eran los únicos barcos bien artillados que llevábamos, pues en el resto no había más que armas de corto alcance. El capitán Townley tenía 110 hombres, todos ingleses. El capitán Gronet con 308 franceses. El capitán Harris con 100 hombres, ingleses en su mayoría. El capitán Branley con 36, algunos ingleses, otras franceses; Davis en su guardacostas con 8 hombres; Swan en otro guardacostas con 8 también; Townley con 80 en una lancha; y una lanchita de 30 toneladas que era brulote, con tripulación de una canoa. Hacíamos un total de 960 hombres. Pero al capitán Gronet no lo volvimos a ver sino hasta cuando todo había terminado. Con todo y eso no nos agallinamos, dispuestos como estábamos todos a pelear, y eso que estando a barlovento del enemigo pudimos haber escogido si pelear o no. Eran las tres de la tarde cuando enfilamos en derechura al enemigo que venía a toparnos: en eso la noche se puso en medio sin que ocurriera más que el intercambio de unos cuantos cañonazos. En la oscuridad la nave almirante española apagó un fanal, indicando a su flota que debían anclar. Vimos el fanal en la cofa alumbrar por una media hora, y luego lo bajaron. Poco después lo vimos otra vez arriba, y estando nosotros a barlovento seguimos navegando en la creencia de que el fanal seguía en la cofa de la misma nave; pero era una estratagemata, pues el fanal lo habían trasladado a la cofa de una de sus lanchas, que estaba a sotavento, con lo que nos engañaron, ya que supusimos que la luz seguía en la nave almirante, y por tanto creíamos que seguíamos a barlovento de ellos.

Al amanecer, contrario a lo que esperábamos, nos encontramos con que se habían colocado a barlovento de nosotros, y se nos venían encima a toda vela. No nos quedó, pues, más que hacerles frente, y después de un pelear en retirada todo el día, a lo largo de la curva de casi toda la bahía de Panamá, volvimos a anclar en la isla de Pacheque, en el mismísimo lugar de donde habíamos zarpado en la mañana.

Así terminó la jornada de ese día después de cinco o seis meses de espera, cuando en vez de adueñarnos de la flota española y del tesoro del rey, nos vimos obligados a escapar, y gracias —en gran parte— a que no tuvo el enemigo valor suficiente para sacar más ventaja de su superioridad.

UN NUEVO VIAJE

El 30 por la mañana vimos a sotavento anclada flota española a tres leguas de nosotros. Sopló un viento flojo hasta las diez, y después levantó del sur una brisa suave que aprovechó la flota enemiga para partir rumbo a Panamá. Qué pérdidas tuvieron ellos nunca lo supe; nosotros perdimos sólo un hombre. Después de reunirnos en consejo resolvimos irnos a las islas de Quibo o Cobaya en busca del capitán Harris, quien durante la pelea tuvo que separarse de nosotros; allí era nuestro lugar de reunión para en caso de un percance como el ocurrido. En cuanto a Gronet, nos dijo que sus hombres se habían negado a acuerparnos en la lucha. Pero su excusa no nos satisfizo; así que nos fuimos con él a la isla de Quibo en donde lo degradamos por cobarde. Algunos querían quitarle el barco que le habíamos dado, pero al fin se lo dejamos con todos sus hombres, y lo despachamos a otra parte.

Capítulo VIII

Salen los piratas de Taboga. Isla de Chuche. Morro de Puercos. (1) La costa occidental de la bahía de Panamá. Las islas de Quibo, Jicarón y Ranchería. El árbol de palma-maría. Las islas de Canales y Contreras. Labran canoas para una nueva expedición, y se toman Puebla Nueva. (2) Se les junta el capitán Knight. Cómo se hace una canoa. La costa y los vientos entre Quibo y Nicoya. (3) Otra vez el volcán El Viejo. Temporales. La bahía de El Realejo; (4) el pueblo y artículos de comercio; la guayaba. Rescate pagado bajo palabra. Incendio del poblado. El capitán Davis y otros zarpan hacia la costa del sur. Peste en El Realejo. Chubasco huracanado. El volcán de Guatemala; (5) valiosos artículos de comercio de ese país: añil, achiote y cochinilla. Desechos arrastrados por la corriente; piedra pómez. La costa de más al noroeste. Infructuosa expedición del capitán Townley a Tehuantepec. La isla de Tangola y el continente. Puerto de Guatulco. (6) El Bufador. Ruinas del pueblo de Guatulco. La costa vecina. Marcha del capitán Townley al río Capalita. Las tortugas de Guatulco. Poblado indígena. La vainilla.

En conformidad con la resolución tomada, zarpamos el 1o. de junio de 1685, pasando entre Punta Garachiné y el archipiélago de Las Perlas. El viento soplabá del sur-suroeste con tiempo lluvioso, entre relámpagos y chubascos. El 3 rebasamos la isla de Chuche, la última de las de la bahía de Panamá. Es una isla pequeña, baja, de forma circular, montañosa y despoblada que queda cuatro leguas al sur-suroeste de la de Pacheque.

-
- (1) En Panamá.
 - (2) En Panamá.
 - (3) En Costa Rica
 - (4) En Nicaragua
 - (5) Volcán de Agua
 - (6) En México.

En la travesía a Quibo, el capitán Branly perdió su palo mayor, por lo que con sus hombres tuvo que abandonar la lancha, y pasarse al barco del capitán Davis. Al capitán Swan también se les desprendió el mastelero mayor, y tuvo que hacerse otro; pero mientras lo hacía lo perdimos de vista —muy a nuestro pesar— cuando nos encontrábamos al norte de la bahía, ruta de todas las embarcaciones que zarpan de Panamá, sea que vayan a la costa de México o a la del Perú. El 10 pasamos frente a Morro de Puercos, nombre que no sé por qué se lo dieron. Es un alto promontorio circular de la costa de Lavelia.

La bahía de Panamá corre por el occidente hasta la isla de Quibo. Hay en esta costa muchos ríos y simples riachuelos, pero ninguno tan grande como los del sur de la bahía. Esta costa es en parte montañosa, en parte baja y muy montuosa a la orilla del mar; pero unas pocas leguas tierra adentro es en su mayor parte llanuras en donde pasta ganado cimarrón. Las arenas de los ríos de por aquí contienen algún oro, mas no son tan ricas como las de los ríos del otro lado de la bahía. La costa está escasamente poblada, porque con la excepción de los ríos que llevan a los pueblos de Natá y Lavelia, no sé que haya otra población entre Panamá y Puebla Nueva. Los españoles pueden viajar por tierra desde Panamá hasta el virreynato de México cruzando llanuras; pero no pueden ir hacia el Perú más allá de Chepo, ya que allí hay tantas tupidas montañas y tantos grandes ríos y riachuelos, que ni los mismos indios, nativos de esas tierras, pueden cruzarlos si no es con enormes dificultades.

En la travesía a Quibo tuvimos tiempo muy lluvioso, y los vientos del sur-suroeste y a veces del suroeste retardaron nuestro viaje. Era el 15 de junio cuando llegamos a Quibo, en donde encontramos al capitán Harris, en cuya búsqueda andábamos. La isla de Quibo está en los 7° 14' de latitud norte. Su longitud es de seis o siete leguas, y su anchura de tres o cuatro. La tierra es baja, salvo en su extremo noroeste. Por donde quiera tiene muchos y grandes árboles frondosos de diversas clases, y por sus lados este y noreste hay agua de buena calidad. Aquí también se encuentran venados y grandes monos negros de carne dulce y substanciosa, además de algunas culebras. No supe que hubiera allí otros animales. Hay un bajío que de punta suroeste de la isla se adentra media milla en el mar; y una legua al norte de este bajío, por el este, emerge un peñón a una milla de la costa, que en el último cuarto de la bajamar sobresale del agua. Fuera de esos dos no hay otro punto peligroso por ese lado, pero los barcos pueden acercarse a un cuarto de milla del bajío y anclar en 6, 8, 10 ó 12 brazas.

Hay muchas otras islas que quedan por el suroeste, y otras más al norte y noreste de esta isla. Entre ellas están la de Jicarón, isla grande al suroeste de Quibo, y al norte yace la de Ranchería, en donde hay muchos árboles de palma-maria. Este es recto y alto, de copa pequeña, pero muy

distinto a la palmera, pese a su nombre. Mucho se le usa para mástiles, pues es muy duro y tiene buena altura; ya que su fibra no corre directamente a lo largo, sino que gradualmente en espiral. De este árbol hay en muchos lugares de las Indias Occidentales, y españoles e ingleses lo utilizan para lo dicho. Las islas Canales y Contreras son pequeñas y quedan al noroeste de la de Ranchería. Todas tienen canales para pasar entre ellas, y buen anclaje. Desde alta mar parecen ser parte integrante de tierra firme. La isla de Quibo es la más grande y conocida, pues aunque las restantes tienen nombre, no han sido exploradas; a éstas, y el resto del grupo, conocido como cayos de Quibo, el capitán Swan les puso los nombres de los comerciantes y caballeros ingleses dueños del barco que capitaneaba.

El 16 de junio el capitán Swan vino a anclar junto a nosotros. Luego fueron convocados todos los capitanes para ver la manera de cómo mejorar de fortuna, y visto que en el mar ya no se podía hacer nada, resolvieron aventurarse en tierra. Preguntaron a los pilotos a qué pueblos de la costa centroamericana podía llevarnos. Entre todas las ciudades fue escogida la de León, (1) por ser la principal de las que teníamos cerca, aunque estaba bastante adentro. Pero no contando con canoas para desembarcar a la gente, no nos quedó más remedio que dedicarnos a cortar árboles y labrar las más que pudiéramos; por suerte había muchos en las islas vecinas. Y mientras unos nos aplicábamos a ese trabajo enviamos 150 hombres a tomarse Puebla Nueva para hacer acopio de víveres. Fue en la toma de esa población en 1680 que el capitán Sawkins fue muerto, y en su lugar quedó el capitán Sharp. La población fue tomada sin gran dificultad, aun cuando había más fuerzas españolas que cuando Sawkins la atacó. Volvieron el 24, pero ya no encontraron provisiones. En el viaje allá se apoderaron de una lancha que se trajeron.

El 5 de julio se reunió con nosotros el capitán Knight, mencionado en el capítulo anterior. Había andado pirateando bastante al oeste, pero sólo logró hacer presa de un buen barco. De allí tomó al sur hasta ponerse a la altura de la bahía de Guayaquil, en cuyas aguas abordó una lancha española con cargamento de harina, vinos, aceite, aguardiente, azúcar, jabón, cueros de res y de cabra; de todo tomó un poco y luego dejó la embarcación en libertad. El patrón de ella le dijo que la flota del rey había zarpado de Lima para Panamá; que por temor a nosotros sólo llevaba la mitad del tesoro, aun cuando para protegerlo disponían los españoles de toda la potencia naval de ese virreynato. A lo anterior añadió que los patrones de todos los barcos mercantes estaban en Payta (2) esperando órdenes. El capitán Knight, con los pocos hombres que llevaba, no se atrevió a ir allá, en donde, de haber tenido más gente, se hubiera apoderado de todos esos barcos. Pero como pudo llegó a la bahía de Panamá creyendo

(1) En Nicaragua.

(2) En Perú.

UN NUEVO VIAJE

encontrarnos allí muy ricos con los despojos de la flota de Lima; mas al llegar a la Isla del Rey, o San Miguel, supo de boca de un prisionero que habiendo nosotros peleado con la flota habíamos sido derrotados huyendo hacia el oeste, a donde había llegado a buscarnos. En seguida puso a sus hombres a labrar canoas; cuando había que meter una al mar, todos ayudaban, y a veces había que arrastrarlas desde una milla

La manera de labrar una canoa es la siguiente: Se corta un árbol de los más grandes y gruesos, se aplanan las partes que ha de ser las bordas, en seguida se lo voltea boca abajo para darle forma a lo que será la quilla. Luego lo voltean otra vez para cavarlo, y al mismo tiempo taladran en tres puntos el fondo, uno en la delantera, otro en medio y otro atrás, con el fin de medir el espesor que va adquiriendo el fondo, y evitar así que quede más delgado de lo conveniente. Por lo común dejamos a las canoas un fondo de tres pulgadas y los costados de dos pulgadas en la parte baja y una y media en la superior. Le afilamos uno de los dos extremos, el que ha de ser la proa.

El capitán Davis se hizo dos canoas muy grandes, una de 36 pies de largo por cinco o seis de ancho, la otra media 32 pies, y era casi tan ancha como la otra. Al cabo de un mes habíamos terminado la obra, y estábamos listos para lanzarnos al mar. Aquí el capitán Harris resolvió varar su barco para carenarlo, pero estaba ya tan viejo que al sólo tocarlo se hizo añicos. Entonces él y todos sus hombres pasaron a los barcos de los capitanes Swan y Davis. Allí mismo cogíamos tortugas todos los días, pues las había en abundancia. Cuando las hay menos es entre los meses de agosto y marzo. El 18 de julio John Rose, francés, junto con 14 hombres que habían sido del capitán Gronet, se presentaron ante el capitán Davis pidiéndole enrolarlos en sus filas; Davis los aceptó porque tenían canoa hecha por ellos mismos.

El 20 de julio de 1685 salimos de Quibo con destino a El Realejo, puerto de León, ciudad que íbamos a saquear. Éramos en total 640 hombres a bordo de 8 embarcaciones mandadas por los capitanes Davis, Swan, Townley y Knight, más un brulote y tres escampavías, estos últimos no tenían tripulación fija. Pasamos entre la boca del río Quibo y la isla de Ranchería, dejando las islas de Quibo y Jicarón a babor, y la de Ranchería y demás islas, y tierra firme, a estribor. El viento sopló primero del sur-suroeste. Costeamos el litoral pasando por el Golfo Dulce, la península de Nicoya y la isla del Caño. Toda esta costa es baja y selvática; sus habitantes son poquísimos. Navegando rumbo al oeste encontramos vientos variables, algunas veces del oeste-suroeste y otras del este-noroeste, pero más comúnmente del suroeste, y una o dos borrascas todos los días; las tardes y las noches soplaban vientos terrales del nor-noroeste.

WILLIAM DAMPIER

El 8 de agosto, estando en los 11° 20' de latitud norte, avistamos por el noroeste un cerro alto en forma de pilón de azúcar. Pensamos si sería o no el volcán El Viejo, hito famoso que indica la entrada a la bahía de El Realejo. Cuando lo tuvimos al noroeste preparamos las canoas para echarlas al agua al día siguiente.

El 9 por la mañana, estando a 8 leguas de la costa, dejamos los barcos resguardados por unos pocos hombres, y 520 nos embarcamos en 31 canoas, remando hacia la bahía de El Realejo. Hasta las dos de la tarde tuvimos buen tiempo y viento leve, luego nos azotó un chubasco terral con muchos truenos, relámpagos y lluvia, y tan recios ventarrones que temimos naufragar. Ante el peligro nos acomodamos al viento, esforzándose todo mundo en ver cómo sortear la amenaza. Las canoas pequeñas, más livianas y boyantes, brincaban airosamente sobre el lomo de las olas, mientras que las más pesadas se movían como trozas que ya parecía se las iba a tragar el rebullente mar. En algunas, medio llenas de agua, dos hombres se ocupaban constantemente en achicarlas. La furia del viento duró media hora, para después amainar, y a medida que el temporal iba aflojando, la rabia del mar disminuía. Pues en todos los países tropicales, según he observado, el viento encabrista al mar, y tan pronto como cesa, vuelve el mar a sosegar. De ahí el dicho mariner: "Viento recio, mar bravío; viento flojo, mar sereno". A las siete de la noche había calmado el viento y el mar estaba como de aceite. Tratamos de llegar hasta la playa, pero viendo que no podríamos lograrlo sino hasta de mañana, resolvimos regresar para que no nos vieran. Se hizo de día, estábamos a cinco leguas de tierra; prudente distancia para esperar allí hasta el anochecer, pero a eso de las tres de la tarde tuvimos otro chubasco peor que el del día anterior. Nos vimos en inminente peligro de perder la vida, pero no duró tanto como aquél. Apenas hubo pasado remamos buscando tierra y entramos de noche en la bahía. El riachuelo que lleva a León queda al suroeste de la bahía. El práctico que llevábamos, gran conocedor del lugar, nos condujo hasta la desembocadura, pero no quiso llevarnos más allá, para esperar que amaneciera, pues el riachuelo es pequeño y hay otros más que de noche pueden ronzar a cualquiera. Con las primeras luces remamos sobre el riachuelo, que es muy angosto; son tan bajas sus márgenes que se inundan cada vez que sube la marea. En estos terrenos abundan los manglares, y son tan intrincados que es imposible caminar entre ellos. Al otro lado de los manglares, en tierra firme pero siempre cerca del estero, los españoles tienen un retén destinado a impedir el desembarque de enemigos; cuando lo vimos remamos con toda el alma para llegar a tierra. El ruido de los remos alarmó a los indios que hacían de vigías. Apenas nos vieron salieron en carrera en dirección a León a dar la voz de alarma. Desembarcamos apresuradamente y a 470 hombres se les mandó marchar sobre León; yo quedé al mando de 59 resguardando las canoas hasta que regresaran.

UN NUEVO VIAJE

La ciudad de León queda unas 20 millas adentro. El terreno es parejo y muy fecundo, con altos pastizales pringados de árboles elevados. A unas cinco millas del desembarcadero hay un ingenio de azúcar, y tres millas más allá otro; y luego, dos millas más adelante, se vadea un hermoso río no muy hondo, única vena de agua que se encuentra en el camino, hasta llegar a un pueblo indígena situado dos millas antes de la ciudad. De allí en adelante el camino es recto, arenoso y atractivo. La ciudad se asienta en una planicie no lejos de un altivo volcán que de rato en rato lanza desde su cráter bocanadas de llamas y de humo. Se le ve desde el mar, y le llaman volcán de León. (1) Las casas de León no son altas, pero grandes y sólidas sí, y con jardines. Tienen paredes de piedra y son entejadas. Hay en la ciudad tres iglesias y una catedral. Nuestro campatriota Mr. Thomas Gage, que anduvo por estas tierras, dice de este lugar que es el más ameno de toda América, y tanto así que lo adjetiva "Paraíso de Mahoma". Y la verdad es que, vista su posición, sobrepasa a la mayoría de otros lugares de América en cuanto a salubridad y atractivos, ya que siendo su suelo arenoso absorbe pronto el agua de las lluvias que aquí son frecuentísimas. Rodean la ciudad llanuras que permiten a la brisa invadir libremente la ciudad; a todo ello se debe su salubridad. No es León un emporio comercial, de ahí que no haya allí mucho dinero. Su riqueza está en su ganadería y en sus ingenios de azúcar. Dícese que sus habitantes hacen mecates de cabuya, pero yo no vi nada de eso allí.

Y hacia allá iban nuestros hombres. Salieron de las canoas a eso de las ocho de la mañana. El capitán Townley, con 80 de los más sueltos, marchaba a la vanguardia; le seguía el capitán Swan con 100, el capitán Davis atrás con 170; y el capitán Knight con el resto en la retaguardia. El capitán Townley que iba como dos millas adelante topó con un piquete de 70 hombres de caballería cuatro millas antes de llegar a la ciudad, pero esos no resistieron el empuje de los nuestros. A las tres, más o menos, Townley, con sólo sus 80, entró en la ciudad, y en una calle ancha aguantó la arremetida de 170 ó 200 montados que, al ver caer a dos o tres de sus jefes, huyeron en desbandada. La infantería española se componía de unos 500 soldados que esperaban formados en cuadro en la plaza mayor, pues es bien sabido que toda población española, sea grande o pequeña, tiene una plaza en el centro. La iglesia, por lo general, ocupa un costado de ella, y en los otros tres costados los caballeros y las gentes principales edifican sus casas con soportales. Pero la infantería, viendo retroceder a la caballería, puso también de por medio dejando la ciudad en manos del capitán Townley. El capitán Swan llegó como a las cuatro, el capitán Davis y su gente a las cinco, y el capitán Knight, con todos los que pudo hacer llegar, entró a las seis; pero en el camino se le quedaron cansados muchos. Como suele suceder en casos semejantes, aparecieron después los rezagados de uno en uno o de dos en dos, como iban pudiendo. El día siguiente por

(1) En El Salvador

la mañana los españoles mataron a uno de los nuestros que encontraron cansado en el camino; era un anciano de pelo nevoso con 84 años encima que había militado en las filas de Oliver Cromwell cuando la rebelión de Irlanda (1) Después de eso apareció en Jamaica, en donde se hizo pirata. Rehusó quedarse conmigo al cuidado de las canoas, diciendo que iría hasta donde fuera el mejor de sus compañeros, y cuando lo rodearon los españoles se negó a rendirse, disparándoles su mosquete, y mantuvo montado su pistólón listo a soltarle un tiro al primero que se le acercara; los españoles entonces lo mataron desde lejos. Se apellidaba Swan; era un viejito muy alegre y animoso que vivía diciendo él nunca pediría cuartel a nadie. Y por cansado también apresaron a Mr. Smith, un comerciante del grupo del capitán Swan. Lo llevaron ante el gobernador de León y allí fue reconocido por una mulata que había sido criada suya. Mr. Smith había vivido muchos años en las Islas Canarias y podía hablar y escribir español muy bien; de aquellos días lo recordaba la mulata. Habiendo sido interrogado, dijo que a la ciudad habían entrado 1 000 hombres y que 500 más estaban resguardando las canoas; lo que fue bueno para nosotros pues fácilmente pudimos haber sido exterminados. Esto acorbarló de tal modo al gobernador que no se atrevió a atacarnos, y eso que tenía más de 1.000 hombres, según calculó Mr. Smith. A medio día envió un parlamentario con pretensiones de redimir la ciudad, para que no la incendiáramos; pero nuestros capitanes pidieron 300 000 piezas de a ocho de rescate, y de provisiones lo suficiente para el sustento de 1.000 hombres durante cuatro meses, más el canje de Mr. Smith por algunos prisioneros que teníamos. Pero los españoles no daban señales de redimir inmediatamente la ciudad, limitándose a prometer capitular de un día para otro, con la oculta esperanza de reunir más gente para contraatacarnos. Nuestros capitanes entonces, considerando lo lejos que estaban de las canoas, resolvieron volverse. El 14 en la mañana dieron orden de pegarle fuego a León, y la orden fue ejecutada; en seguida emprendieron el regreso. Pero les llevó más tiempo su viaje de vuelta que el de ida. En la mañana del 15 los españoles nos devolvieron a Mr. Smith a cambio de una dama de alcuñia. Luego los capitanes enviaron una carta al gobernador haciéndole saber que de allí iban para El Realejo, en donde esperaban verle. Dejaron también en libertad a un caballero bajo palabra de entregarles por su rescate 150 reses que enviaría a El Realejo; y ese mismo día tuvimos a nuestros camaradas de regreso a las canoas. Vivaquamos allí esa noche y al siguiente día nos reembarcamos y llegamos a la bahía; en la tarde los barcos fondearon allí también.

El río que pasa por El Realejo baja del norte y desemboca en el noroeste de la bahía. De la isla que está en la boca de la bahía hasta el pueblo median dos leguas; dos terceras partes de este trecho tienen buena anchura, luego se entra en un agosto y hondo riachuelo con riberas bordeadas de tupidos manglares cuyas ramas casi llegan de orilla a orilla. A

(1) En 1649

una milla de su boca este riachuelo tuerce al oeste. Allí tenían los españoles una sólida empalizada o trinchera con 100 hombres para impedir el desembarque de enemigos, y 20 yardas abajo de la empalizada había un gran rrimero de árboles tumbados sobre el río, de tal modo que con todo ello 10 hombres bien pudieran contener el asalto de 500, y hasta de 1.000.

Al divisar la empalizada les disparamos dos tiros. Eso bastó para que los defensores echaran a correr. Pasamos en seguida cerca de media hora desembarazando el cúmulo de árboles caídos. Desembarcamos y seguimos directamente al pueblo de El Realejo, que de allí dista una milla más o menos. Queda en una planicie a la orilla de un pequeño río. Es un pueblo grande con tres iglesias, y un hospital con un bellissimo jardín, y además de eso muchas buenas casas bastante separadas entre sí, todas con huertos. El pueblo es tan insalubre que creo bien necesita el hospital que tiene, y está tan cerca de los esterros y cenagales que perennemente se sienten sus fétidas y nocivas emanaciones. El terreno circundante es barro amarillo; pero el suelo del propio pueblo parece ser arenoso. Aquí se dan varias frutas como son la guayaba, las piñas, los melones, la tuna y otras; las piñas y los melones son muy conocidos.

La guayaba la da un árbol coyundoso y achaparrado, cuya corteza es lisa, lustiosa y blanquecina, con ramas largas, torcidas y delgadas; sus hojas son semejantes a las del avellano, la fruta es muy parecida a la pera con cáscara delgada; tiene muchas semillitas duras, y se la puede comer aún estando verde, cosa por cierto es rara en las Indias Occidentales, pues en ambas Indias, las Occidentales y las Orientales las frutas contienen un zumo viscoso, blanco e insípido cuando están verdes, pero ya maduras su jugo es sabroso. Se la cuece tan bien como la pera, y cociéndola a fuego lento se hacen ricos pasteles.

Hay varias clases de guayaba, de forma, sabor y colores diferentes. La pulpa de unas es amarilla, y roja la de otras. Cuando se la come verde es compacta, y madura es esponjosa.

Hay en los campos cercanos muchos ingenios de azúcar, y haciendas de ganado. Y abundan las resinas, el alquitrán y la cabuya para hacer mecates, siendo este último su principal producto comercial. Entramos en el pueblo sin oposición, y no hallamos más que casas vacías. Entre lo que no pudieron o no quisieron llevarse los vecinos encontramos 500 bultos de harina, algo de alquitrán, resinas y cabuya. De todo esto teníamos necesidad, así que lo llevamos a bordo. Aquí recibimos las 150 reses que nos había prometido el caballero aquel que soltamos viniendo de León; además, todos los días íbamos a las haciendas de ganado, y a los ingenios en grupos de 20 ó 30 y cada quien volvía con su carga al hombro, pues no había caballo, y aunque los hubiera habido el camino era tan malo y con

tantos lodazales que de nada nos hubieran servido. Estuvimos allí desde el 17 al 24, cuando algunos vándalos de nuestro bando pegaron fuego a las casas. No sé por orden de quién, sólo que al salir las dejamos ardiendo. En la empalizada nos reembarcamos en las canoas y regresamos a los barcos.

El 25 los capitanes Davis y Swan se disociaron definitivamente, pues Davis quería volver a la costa del Perú, y Swan decía que fuéramos más al oeste todavía. Yo hasta entonces iba con el capitán Davis, pero opté por seguir a Swan. No porque malquisiera a mi viejo capitán, sino porque Swan estaba decidido a ir por ese rumbo lo más lejos que pudiera, para por allí llegar a las Indias Orientales; y eso colmaba mis aspiraciones. El capitán Townley, con sus dos lanchas, resolvió acompañarnos, pero los capitanes Knight y Harris siguieron a Davis. El 27 en la mañana el capitán Davis y sus barcos zarparon de la bahía con viento terral fresco; iban cuatro barcos, incluyendo el brulote. El capitán Swan los despidió con salva de 15 cañonazos.

Nos quedamos un cierto tiempo llenando los barriles de agua y rajando leña, pero la gente que hasta entonces había gozado de buena salud, comenzó a enfermarse de calenturas. No supimos si eso era efecto de la mala calidad del agua, o insalubridad del lugar, pero de las dos opciones me inclino a creer que fue algún morbo que contrajimos en El Realejo, pues se dijo que el pueblo estaba infestado de una enfermedad perniciosa que había obligado a muchas personas a abandonarlo; y aunque la peste había pasado ya, tal vez las casas y los diversos enseres retenían aún la infección que los nuestros habían cogido.

Yo más creo esto último, porque después se propagó mucho, y no sólo entre los de nuestra compañía, sino también entre la gente del capitán Davis y hasta él mismo, según me dijo cuando andando el tiempo me lo encontré en Inglaterra. El se vio al borde de la muerte, y varios de los suyos y de los nuestros murieron de eso. El 3 de septiembre soltamos a todos los prisioneros, y también a los pilotos que teníamos, pues ninguno de ellos conocía la costa occidental que íbamos a recorrer. Y es que los españoles de esas latitudes sólo llegan comerciando por agua, y eso muy poco, hasta un poquito más allá del río Lempa.

A eso de las diez de la mañana, del mismo 3, desplegamos las velas rumbo hacia el oeste. Eramos 4 barcos, a saber: El del capitán Swan y su lancha, y el del capitán Townley y la suya, con un total de 340 hombres.

Tuvimos mar de fondo a lo largo de la costa. Raro fue el día que no nos azotaron una o dos fuertes borrascas acompañadas de terrificos rayos y relámpagos con sus consabidos truenos; ni antes ni después viví cosa

semejante. Venían comúnmente las borrascas del noroeste, y si bien los ventarrones no duraban mucho, sí bufaban con violencia temerosa. Cuando calmaban quedaba soplando viento del noroeste

Navegamos sin ver tierra hasta el 14 de septiembre. Luego, estando en 12° 50' de latitud norte, irrumpió a nuestra vista el volcán de Guatemala. (1) Es muy elevado y tiene dos picachos que hincan el cielo como pilones de azúcar. De entre ellos salen a veces llamaradas y columnas de humo; y ésto, según informes de los españoles, ocurre más frecuentemente cuando el tiempo es borrascoso. Le han dado el mismo nombre de la ciudad de Guatemala, cerca de la cual está, y queda como a ocho leguas del Mar del Sur, y, según dicen, a 40 ó 50 leguas de la bahía de Amatique, en el Golfo de Honduras, en el Mar del Norte. La ciudad es famosa por los muchos valiosos artículos que produce (algunos de los cuales son propios del país) y que anualmente exporta a Europa, sobresaliendo entre ellos el añil, la cochinilla y el achiote

El añil es un colorante producto de una hierba que crece algo así como un pie y medio o dos de alto, con muchas ramas pequeñas y muy hojosas. Esta hierba o arbustillo la cortan y la echan en una pila grande, llena hasta la mitad de agua. Los rabillos de la hierba permanecen dentro del agua hasta que las hojas y la cáscara se desprenden por descomposición orgánica; pero si las hojas se pegan las desprenden a costa de mucho trabajo, agitando y golpeando los manojos de hierba en el agua hasta disolver la substancia pulposa. Luego se saca la hierba, que ya ha soltado la substancia, y el agua, que para entonces parece tinta, ya sin la hierba, se asienta, y el añil cae al fondo de la pila convertido en una materia legamosa. Una vez asentado, extraen el agua y llevan la materia a secarla al sol; allí se endurece, y es así como lo vemos en Europa.

El achiote es un colorante de color rojo. Lo produce una flor colorada que da un arbusto de 7 a 8 pies de alto. Se le echa en una pila de agua, igual que el añil, pero con la diferencia de que no se echan los rabillos o pedúnculos, solamente la flor que se arranca del tallo y se deja en el agua hasta que por descomposición se disuelve a fuerza de revolverla, como el añil. Una vez que se ha asentado, y extraída el agua, del limo o lègamo se hacen panecillos que se llevan a secar al sol. Yo sólo los ví hacer en Los Angeles, allá en Jamaica, en la propiedad de Sir Thomas Muddiford, hará unos 20 años; pero luego esos sembrados de achiote fueron rozados y reemplazados con otros cultivos. No creo que haya achiote en ninguna otra parte de Jamaica, y fueron probablemente los españoles, cuando eran dueños de la isla, quienes lo introdujeron allí. El añil es común en Jamaica, en

(1) Se trata del volcán de Agua, y la ciudad de Guatemala a la que se refiere Dampier es hoy Antigua Guatemala, ya que el pirata anduvo por esas latitudes mucho antes de que el tal volcán destruyera la ciudad en 1773

donde lo siembran en tierras arenosas, según lo ví. Lo cultivan en grandes cantidades, y su cosecha es anual; pero nunca ví las semillas que da. En todas las islas del Mar Caribe y en tierra firme hay plantíos de añil, pero en ninguna otra parte de tierra firme se produce tanto achiote y añil como en la provincia de Guatemala. (1) Creo que actualmente sólo los españoles siembran achiote, pues desde que destruyeron los sembrados de Los Angeles, en Jamaica, no he sabido que mis compatriotas lo cultiven en ninguna otra parte, como lo hicieron los españoles en aquella isla. No sé cuánto de achiote y de añil producen Cuba y La Española, pero en donde nuestras chalupas de Jamaica compraban más de eso era en Puerto Rico, a razón de tres reales la libra de añil, y a cuatro la de achiote, lo que viene a ser dos chelines y tres peniques de nuestra moneda; y, al mismo tiempo, en Jamaica se vendía el achiote a cinco chelines la libra, y a tres chelines y seis peniques la de añil, y este precio se pagaba en mercaderías, con lo cual obtenían los comerciantes una utilidad del 50 al 60 por ciento. Nuestros comerciantes no habían encontrado aún el modo de tratar con los españoles del Golfo de Honduras, pero el capitán Coxon fue allá (me parece) a comienzos de 1679, so pretexto de cortar madera, y entró hasta lo más profundo de la curva de la bahía de Matica. Allí desembarcó en sus canoas y se apoderó de una bodega repleta de añil y achiote empacados en zurrones, apilados en varios lotes, y marcados con diferentes distintivos listos para ser embarcados en dos navíos surtos en el puerto, pero que, por tener mucho calado, no podían acercarse más a la costa. Coxon abrió unos cuantos zurrones de añil, y suponiendo que los demás eran de la misma clase, ordenó a sus hombres llevarlos a las canoas. Comenzaron ellos a trabajar llevándose primero los que más a mano tenían; y habiendo terminado con el primer lote, empezaron con el segundo que era muy grande y tenía una marca diferente de los otros. En esto un caballero español que tenían prisionero, viendo que allí había más zurrones de los que podían llevarse los piratas, les pidió que sólo cogieran lo que pertenecía a los comerciantes (cuya marca les enseñó) y dejaran los de esa misma marca que estaban en el lote grande que empezaban a acarrear, pues esos zurrones, les explicó, pertenecían a los capitanes de los barcos que por ser también como ellos hombres de mar, le parecía justo que respetaran. Y los piratas accedieron a la petición; pero cuando en Jamaica los hombres de Coxon abrieron los zurrones para vender el contenido, se dieron cuenta de que el taimado español les había hecho comer gato por liebre; pues los pocos zurrones que habían tomado de una misma marca del lote grande eran de achiote, de mucho más valor que los otros, cuando pudieron haber llenado las bodegas de sus barcos con solo achiote, y no añil.

La cochinilla es un insecto que se cría en una fruta muy semejante a la tuna. El arbusto que la aloja tiene una altura de más o menos cinco

(1) La Provincia de Guatemala estaba constituida en aquella época por las cinco repúblicas de la América Central.

pies, y es también espinoso como el nopal, aunque sus hojas no son tan grandes, pero en cambio la fruta sí es más grande que la tuna. En el extremo superior de la fruta brota la flor. Esta, cuando la fruta está madura, cae sobre la parte superior de la fruta que entonces comienza a abrirse y la cubre de tal manera que no le entran la lluvia ni el sereno. El día siguiente, o dos días después de haber caído la flor chamuscada por los rayos del sol, la fruta se abre como una olla, y ya para entonces su interior hierve en pequeños insectos colorados, con curiosas alitas delgadas. Y siendo que allí nacieron, allí también morirían por falta de alimento, y se pudrirían en sus hollejos, (puesto que ya habrían devorado a su madre-fruta) si no fuera que los indios cuando ven la flor abierta, se los sacan. Para hacer esto extienden bajo el arbusto un lienzo blanco y grande, y con palos sacuden las ramas, y de tal modo espantan a los insectos que los pobres alzan vuelo, pero sólo para revolotear un rato sobre la copa del arbusto, ya que el ardor del sol los enloquece a tal grado que caen muertos en el lienzo, en donde los indios los dejan por dos o tres días hasta que se secan. Cuando alzarón vuelo eran rojos, al caer se vuelven negros, y cuando primero están completamente secos son tan blancos como el lienzo en que yacen, aunque poco después cambian de color. Estos insectos producen la muy preciada grana. Los españoles llaman tuna a la fruta del nopal. Lo siembran en Guatemala, Chiapas y Oaxaca, en el virreynato de México. El "silvestre" es un grano colorado que se da en una fruta muy parecida a la tuna; como también es parecido al arbusto que la da. Del primero brota una flor amarilla, después nace una fruta que es más larga que la tuna. Cuando la fruta madura se abre mucho también. Dentro guarda muchas semillas diminutas que se desgajan al menor toque o la más leve sacudida. Los indios, para recogerlas, llevan una batea que colocan debajo de la fruta que luego sacuden. Estos arbustos crecen silvestres, y diez u once de esas frutas dan una onza de semillas; pero tres o cuatro tunas dan una onza de insectos. El "silvestre" produce un colorante casi tan bueno como el que da la cochinilla; y a eso se debe que la gente suela confundirlos, pero su precio es mucho menor. Muchas veces pregunté cómo crecen el "silvestre" y el de la cochinilla, mas nunca quedé satisfecho con las explicaciones que me dieron, hasta que conocí a un caballero español que había residido 30 años en las Antillas, y parte de ese tiempo en tierras donde esas plantas vegetan, y fue gracias a él que obtuve estos informes. Era una persona inteligente, y decía ser gran conocedor de la bahía de Campeche. Para comprobar su aserto le hice muchas preguntas relacionadas con esa región, y sus respuestas fueron todas correctas, así que puedo confiar en lo que me dijo acerca de lo anterior.

Calculo que cuando tuvimos a la vista el volcán de Agua, estaríamos a unas 25 leguas de él. A medida que íbamos acercándonos lo veíamos más alto y más preciso, pero ninguna llama, sólo un penacho de humo que salía de su cráter. Las tierras del litoral, si bien algo altas, son bajas en

WILLIAM DAMPIER

comparación con las del interior. . A unas ocho o diez leguas de la costa estaba el mar lleno de troncos de árboles y de otros residuos flotantes que arrastran las corrientes (en otras partes he visto mucho de eso mismo, pero no tanto como aquí), y también piedras pómez arrojadas sin duda por volcanes en actividad, y que las lluvias, muy fuertes y frecuentes allá, llevan hasta el mar.

El 24 nos encontrábamos en 14° 30' de latitud norte Los temporales habían calmado. En aquel día el capitán Townley se embarcó en nueve canoas con 106 hombres tomando rumbo oeste donde pensaba desembarcar y saquear pueblos costeros para dar de comer a los que traíamos enfermos, que eran casi la mitad, y ya muchos habían muerto desde la salida de El Realejo. Quedamos en el barco recogida la gavia pero no la vela mayor ese día y el siguiente, a fin de que el capitán Townley pudiera ir siempre a la delantera.

El 26 volvimos a desplegar las velas siempre costeando al oeste, con viento norte y buen tiempo. Bordeamos un trecho de tierras altas que del este se internan hasta donde no alcanza la vista; y ese mismo panorama nos acompañó por unas diez leguas hasta terminar en declive gradual hacia el oeste.

Es un paisaje hermoso de tierras bajas alfombradas de ricos pastizales. Vefanse las verdes sabanas jaspeadas de árboles hojosos. Lomas de arena a lo largo de la costa protegen esas tierras del embate de las olas que allí revientan con furor, haciendo en las playas imposibles el desembarque. Así que seguimos bojeando por ocho o nueve leguas más esa costa baja, manteniéndonos a la vista de tierra para no salirnos de la ruta que llevaba el capitán Townley Nos quedamos al paio durante la noche, y al amanecer volvimos a desplegar las velas.

El 2 de octubre subió a bordo el capitán Townley. Había bordeado en sus canoas la costa en busca de un lugar para desembarcar, y no encontró ninguno. Por fin, sin esperanzas ya de hallar una ensenada, río o riachuelo en donde saltar a tierra, se resolvió por una playa arenosa en donde se le volcaron todas las canoas y se ahogó un hombre, varios perdieron sus armas, y algunos que no habían encerado sus cartucheras se les mojó la pólvora. Tras de muchísimo trabajo pudo Townley llevar sus canoas a tierra; los hombres recogieron sus cartucheras y sacaron de sus mosquetes la pólvora mojada. En seguida se adentraron en la tierra, pero toparon con ríos impasables viéndose obligados a volver a las canoas. En la noche encendieron fogatas para calentarse; a la mañana siguiente los atacaron 200 espafioles e indios a quienes rechazaron haciéndolos huir desordenadamente. Townley los persiguió, pero no fue muy lejos para no alejarse de sus canoas. Los atacantes habian llegado de Tehuantepec, ciudad a la que el capitán quería

ir, porque en los libros españoles se habla de un gran río cerca de allí; pero si el tal río se trasladó a otro lugar, o Townley y sus hombres fueron miopes, es cosa que no sé; lo que sí puedo decir es que no pudieron dar con él.

De nuevo ya el capitán Townley con nosotros, continuamos costeando hacia el oeste con viento del este-noroeste, buen tiempo y viento vivo. Ibamos costeando a dos millas de la costa al tiempo que sondeábamos; y notamos que a seis millas de tierra había 19 brazas; a ocho millas 21 brazas, con fondo de arena ordinaria. Pero no viendo un solo punto en donde poder desembarcar, seguimos 20 leguas más adelante hasta llegar a la isleta de Tangola que tiene buen fondeadero. Tiene agua regular y algo de madera, y queda como a una legua de la costa. La tierra de enfrente es una llanura muy fértil, pero dos o tres leguas es alta y muy boscosa.

Costeamos una legua más y entramos a Guatulco. Este puerto está en los 15° 30' de latitud norte y es uno de los mejores de todo el virreynato de México. Cerca de una milla de la boca de la bahía, por el este, hay una isleta cercana a tierra; al oeste de la bahía se alza una gran roca agujereada que con el incesante embate de las olas produce un ruido tan grande que puede oírse desde muy lejos. Al estrellarse contra ella una ola, surge arriba el agua pasando por la estrechez del agujero y se eleva semejante al chorro que expulsa al aire la ballena; con eso lo comparan también los españoles. A este peñón lo llaman ellos El Bufador. Aun cuando el mar está en calma las olas baten contra él produciendo el dicho surtidor; eso es un buen hito para encontrar la bahía. Esta mide unas tres millas de su punto de entrada a lo más recóndito de ella, por una de ancho; a los barcos pequeños les conviene más entrar por el lado occidental, pues está defendido por la tierra, mientras que otras partes quedan expuestas a los vientos del suroeste que allí soplan con frecuencia. Su fondo es limpio, y el sondeo fue gradual de 16 a 6 brazas. La playa es arenosa y muy buena para desembarcar, y tiene una hermosa corriente de agua que desemboca en el mar. Aquí hubo antes un pueblito que saqueó Sir Francis Drake; pero ahora no queda de él más que una ermita perdida entre los árboles, a unos 200 pasos de la playa. La bahía tiene en lo más profundo de su curva pequeñas cordilleras escalonadas que corren paralelas a la costa; las más lejanas son más altas que las cercanas a la playa, y todas están cubiertas de altos árboles frondosos. El paisaje que esto ofrece es una delicia mirarlo a distancia. En ninguna otra parte he visto nada parecido.

El capitán Swan que había estado enfermo, los otros enfermos, y también el médico de a bordo, bajaron a tierra. El capitán Townley volvió a tomar una partida de hombres y se internó en tierra en busca de indios, españoles, casas, ranchos o lo que fuera. Cogió rumbo al este y llegó al río Capalita, de corriente rápida, profundo en las cercanías de su desemboca-

dura, y está como a una legua de Guatulco Dos hombres lo cruzaron a nado y capturaron a tres indios apostados allí para espiar nuestra llegada. Ninguno hablaba español, pero por señas les hicieron comprender que querían saber si no había por ahí alguna ciudad o pueblo. Por señas también contestaron que podían llevarlos a un poblado, pero no pudieron explicar si era de indios o españoles, ni tampoco si estaba cerca o lejos Trajeron a los indios a bordo y al siguiente día, que era 6 de octubre, el capitán Townley con 140 hombres (uno de los cuales era yo) saltó otra vez a tierra llevando de guía a uno de los indios que debía conducirnos al poblado. Los nuestros que se quedaron se dedicaron a llenar de agua los barriles, a rajar leña y a remendar las velas Los miskitos arponearon diariamente tres o cuatro tortugas. Eran pequeñas y de carne no muy dulce, mas muy apreciadas porque en mucho tiempo no habíamos probado carne de ninguna especie El 8 regresamos de la jira habiendo caminado 14 millas tierra adentro para llegar al poblado. Era un pueblito indígena en donde hallamos gran cantidad de vainilla secándose al sol.

La vainilla es una planta que da un fruto capsular lleno de semillas negras Mide el fruto unas cuatro o cinco pulgadas de longitud, y cuando se seca parece más bien venas de la hoja del tabaco. Por serlo así ha ocurrido que los piratas las hayan tirado al suelo extrañados de que los españoles aprecien los desechos del tabaco La vainilla es una planta trepadora que da una flor amarilla, que después produce el fruto Este es primero verde, y cuando madura se torna amarillo; luego los indios lo cortan para vendérselo barato a los españoles) y lo ponen a secar al sol, que lo ablanda. Con la asoleada se vuelve de color marrón Entonces comienzan los indios a aplanar la cápsula con los dedos. No sé qué más le hacen; he visto sí a los españoles untarla de aceite.

La vainilla abunda en Bocas del Toro, en donde la recogí y traté de curarla, pero no pude; lo cual me hace pensar si no será que los indios tengan algún secreto Muchas veces he preguntado a los españoles cómo es que la curan, pero jamás nadie pudo decirme nada Conocí a un Mr. Cree, hombre muy curioso que hablaba bien español y había sido pirata toda su vida, y que además había vivido siete años preso entre españoles de Cartagena y Portobelo, y él tampoco pudo ilustrarme. Si hubiéramos aprendido el oficio, año tras año habríamos ido en el verano a Bocas del Toro a curar vainilla y embarcarla; allí también hubiéramos tenido tortugas para comer, y, desde luego, vainilla en abundancia En Caihooca, pueblo del Golfo de Campeche, o cerca de allí, hay también vainilla. En las boticas españolas de las Antillas venden la cápsula, o vaina, a tres peniques; la compran para aromar el chocolate, y hay quienes la mezclan con el tabaco para darle fragancia más delicada. Nunca supe que la vainilla se diera más que en este país, en Caihooca y en Bocas del Toro.

UN NUEVO VIAJE

Los indios del pueblito hablaban poco español. Parecían ser gente sencilla y pobre. Nos dijeron que pocos españoles vivían por esos lados; pero que todos los indios están bajo su dominio. Toda la tierra comprendida entre el mar y ese poblado es negra, mezclada a trechos con pedregales. El camino está poblado de árboles robustos.

El 10 de octubre de 1685 despachamos las canoas rumbo al oeste con órdenes de esperarnos en Puerto Angeles. Pensábamos que sus tripulantes harían algunos prisioneros de quienes podríamos obtener más datos de los que teníamos de esas tierras; nosotros los seguíamos en los barcos. Todos los enfermos habían sanado de las calenturas contraídas en El Realejo.